

Victor Hugo

**ÚLTIMO DÍA DE UN
CONDENADO
A MUERTE**



Biblioteca Omegalfa
2021

Víctor Hugo
Último día de un condenado a muerte
Le Dernier jour d'un condamné
1829

Traducción:
Juan Gabriel Vásquez

Maquetación:
Demófilo
2021

Libros libres
Cultura Libre



Biblioteca Virtual
OMEGALFA
2021

VÍCTOR HUGO

Último día de un
condenado a muerte



The iron tongue of midnight hath told twelve:
Lovers, to bed; 'tis almost fairy time.
I fear we shall out-sleep the coming morn
As much as we this night have overwatch'd.

WILLIAM SHAKESPEARE

Prefacio

a la primera edición

1829

Hay dos maneras de explicar la existencia de este libro. O hubo, en efecto, un fajo de hojas amarillas de tamaño desigual en las que se encontraban, registrados uno por uno, los últimos pensamientos de algún desventurado; o existió un hombre, un soñador, que se dedicó a observar la naturaleza en provecho del arte, un filósofo, un poeta, qué sé yo, cuya fantasía fue la presente idea, y que lo atrapó o, más bien, se dejó atrapar por ella, y que sólo pudo desembarazarse de ésta vertiéndola en un libro. De estas dos explicaciones, que el lector elija la que quiera.

I

Bicêtre [1]

¡Condenado a muerte!

Hace cinco semanas que vivo con este pensamiento, siempre a solas con él, paralizado siempre por su presencia, encorvado siempre bajo su peso.

En otra época, pues me parece que han pasado años más que semanas, yo era un hombre como cualquier otro hombre. Cada día, cada hora, cada minuto tenía su propio sentido. Mi mente, joven y rica, estaba llena de fantasías. Se entretenía presentándomelas unas tras otras, sin orden ni objetivo, bordando con arabescos inextinguibles el tejido tosco y ligero de la vida. Muchachas, espléndidas capas de obispo, batallas ganadas, teatros llenos de ruido y de luz, y luego muchachas de nuevo y caminatas oscuras en la noche bajo los largos brazos de los castaños. Mi imaginación siempre estaba de fiesta. Yo podía pensar en lo que quisiera, yo era libre.

Ahora estoy preso. Mi cuerpo está encadenado dentro de un calabozo, mi mente está en prisión dentro de una idea. ¡Una

¹ El Castillo de Bicêtre fue construido en 1632 por orden del cardenal Richelieu sobre una antigua fortaleza del siglo XV con el objeto de albergar a los soldados lisiados. En la época de Victor Hugo funcionó al mismo tiempo como hospital y presidio. Ésa es la razón por la que aparece la inscripción «Hospicio de la vejez» en el capítulo XXII o se hace referencia a los locos en el IV. La fortaleza acoge a los condenados a trabajos forzados y a los de la pena capital, que permanecían entre sus muros hasta el mismo día de su ejecución. (*N. del E.*)

idea horrible, sangrienta, implacable! No tengo más que un pensamiento, una convicción, una certidumbre: ¡condenado a muerte!

Haga lo que haga, este pensamiento infernal permanece ahí, a mi lado, como un espectro de plomo, solitario y celoso, expulsando toda distracción, enfrentándome cara a cara con el miserable que soy, sacudiéndome con sus manos de hielo cuando quiero mirar hacia otro lado o cerrar los ojos. Se desliza bajo todas las formas que mi mente busca para huir, se mezcla como un horrible estribillo en cuantas palabras me dirigen, se agarra conmigo a las rejas espantosas de mi calabozo; me obsesiona durante la vigilia, espía mi dormitar convulsivo, y reaparece en mis sueños con la forma de un cuchillo.

Acabo de despertarme entre sobresaltos, perseguido por él y diciendo: «¡Ah! ¡Sólo es un sueño!». Pues bien, antes incluso de que mis ojos pesados hayan tenido tiempo de entreabrirse lo suficiente para ver este pensamiento fatal escrito en la horrible realidad que me rodea, sobre las losas húmedas y rezumantes de mi celda, en los pálidos rayos de mi lámpara de noche, en la trama grosera de la tela de mi ropa, bajo la sombría figura del soldado de guardia cuya cartuchera brilla a través de la reja del calabozo, me ha parecido como si una voz me hubiera murmurado al oído: «¡Condenado a muerte!».

II

Era una bella mañana de agosto. Hacía tres días que se había entablado mi proceso, hacía tres días que mi nombre y mi crimen convocaban, todas las mañanas, a una bandada de espectadores que venían a tumbarse sobre los bancos de la sala de Audiencias como cuervos alrededor de un cadáver, hacía tres días que toda aquella fantasmagoría de jueces, testigos, abogados, procuradores del rey, pasaba y volvía a pasar frente a mí, a veces grotesca, a veces sangrienta, siempre sombría y fatal. Las dos primeras noches la inquietud y el terror me impidieron dormir; la tercera, me dormí de aburrimiento y de cansancio. A medianoche había dejado al jurado deliberando. Me habían vuelto a traer a la paja de mi calabozo, y caí de inmediato en un sueño profundo, un sueño de olvido. Eran las primeras horas de reposo después de muchos días.

Todavía me encontraba en lo más profundo de este profundo sueño cuando vinieron a despertarme. Esta vez no bastó con el paso metálico de los zapatos con herrajes del carcelero, ni con el tintineo de su llavero, ni con el ronco chirrido de las cerraduras; para sacarme de mi letargo; hizo falta su bronca voz en mi oreja y su mano bronca sobre mi brazo.

—¡Levántese!

Abrí los ojos y me incorporé, asustado. En ese instante, a través de la ventana alta y estrecha de mi celda, vi, en el techo del corredor vecino —único cielo que me estaba permitido entrever— ese reflejo amarillo en el cual los ojos acostumbrados a las tinieblas saben reconocer el brillo del sol. Me gusta el sol.

—Hace un buen día —le dije al carcelero.

Permaneció un instante sin responderme, como si no estuviera seguro de que valiera la pena gastar una sola palabra; al fin murmuró bruscamente, y sin esfuerzo alguno:

—Puede ser.

Permanecí inmóvil, la mente medio dormida, la boca sonriente, los ojos fijos en aquella dulce reverberación dorada que jaspeaba el techo.

—Qué día más bello —repetí.

—Sí —contestó el hombre—. Le están esperando.

Estas breves palabras, como el hilo que rompe el vuelo del insecto, me devolvieron violentamente a la realidad. De nuevo vi, como en la luz de un relámpago, la sala sombría del tribunal, la hilera de los jueces cargados de harapos ensangrentados, los tres rangos de testigos con sus expresiones estúpidas, los dos gendarmes en los dos extremos de mi banco, y vi las túnicas negras agitarse, y las cabezas de la multitud hormiguar entre las sombras del fondo, y cómo se detenía sobre mí la mirada fija de esos doce miembros del jurado que habían permanecido despiertos mientras yo dormía.

Me levanté; me castañeteaban los dientes, las manos me temblaban y no sabían encontrar mi ropa, mis piernas se sentían débiles. Al primer paso tropecé como un mozo de cuerda demasiado cargado. Sin embargo, seguí al carcelero.

Los dos gendarmes me esperaban tras el umbral de la celda. Volvieron a ponerme las esposas. Tenían una pequeña cerradura complicada que los gendarmes cerraron con cuidado. Les dejé hacer: aquello era una máquina puesta sobre una máquina.

Cruzamos un patio interior. El aire fresco de la mañana me

reanimó. Miré hacia arriba. El cielo era azul, y los rayos cálidos del sol, cortados por las largas chimeneas, trazaban grandes ángulos de luz sobre los remates de los muros altos y sombríos de la prisión. En efecto, hacía un buen día.

Subimos por una escalera de caracol; atravesamos un corredor, después otro, después un tercero; a continuación una puerta baja se abrió. Un aire caliente mezclado con ruido me golpeó el rostro; era el soplo de la multitud en la sala de Audiencias. Entré.

En el momento de mi aparición hubo un rumor de armas y de voces. Los bancos se desplazaron ruidosamente. Los tabiques crujieron; y, mientras recorría la larga sala entre dos masas de gente emparedadas entre soldados, me pareció ser el eje al cual se ataban los hilos que movían todas aquellas caras inanimadas y torcidas.

En este instante me percaté de que ya no llevaba esposas; pero no pude recordar dónde ni cuándo me las habían quitado.

Entonces se hizo un gran silencio. Había llegado a mi lugar en la sala. Cuando el tumulto cesó en la multitud, cesó también en mis ideas. Comprendí de golpe y con claridad lo que hasta entonces sólo había entrevisto confusamente: que el momento decisivo había llegado, y que me encontraba allí para escuchar mi sentencia.

Que lo explique quien pueda: esta idea, de la forma en que me vino, no me causó terror alguno. Las ventanas estaban abiertas; el aire y el ruido de la ciudad llegaban libremente del exterior; la sala estaba iluminada como para una boda; los alegres rayos de sol trazaban aquí y allá la figura luminosa de las ventanas, a veces alargada sobre el suelo, a veces extendida sobre las mesas, a veces rota en la esquina de las paredes, y

desde los rombos luminosos de las ventanas cada rayo dibujaba en el aire un gran prisma de polvo dorado.

Los jueces, al fondo de la sala, tenían un aire satisfecho, probablemente debido a la satisfacción de estar cerca de terminar. El rostro del presidente, dulcemente iluminado por el reflejo de un vidrio, tenía algo de calmado y bueno, y un joven asesor charlaba casi alegremente, arrugándose la golilla, con una bella dama con sombrero rosa, sentada por suerte detrás de él.

Sólo los miembros del jurado^[2] se veían pálidos y abatidos, pero al parecer eso se debía al cansancio de haber pasado la noche en vela. Algunos de ellos bostezaban. Nada en su aspecto revelaba a unos hombres que acaban de pronunciar una sentencia de muerte; en las facciones de estos buenos señores yo no adivinaba más que unas vehementes ganas de dormir.

Frente a mí, una ventana estaba abierta de par en par. Podía oír risas que venían del muelle de las Flores; y, al borde de la ventana, una bella plantita amarilla, iluminada por un rayo de sol, jugaba con el viento en una hendidura de la piedra.

¿Cómo hubiera podido brotar una idea siniestra entre tantas sensaciones agradables? Inundado como estaba de aire y de sol, me resultó imposible pensar en algo distinto a la libertad; la esperanza vino a reverberar en mí como el día a mi alrededor; y, confiado, esperé mi sentencia como se esperan la liberación y la vida.

Mientras tanto, mi abogado entró en la sala. Lo esperaban. Acababa de desayunar copiosamente y con buen apetito.

² Tras la Revolución se implantó en Francia el jurado popular, constituido por ciudadanos elegidos al azar. (*N. del E.*)

Cuando llegó a su puesto, se inclinó hacia mí con una sonrisa.

—Tengo esperanzas —me dijo.

—¿De veras? —respondí, ligero y también sonriente.

—Sí —continuó—. Todavía no sé nada de su veredicto, pero sin duda habrán descartado la premeditación, y entonces será cosa de trabajos forzados a perpetuidad, nada más.

—Pero ¿qué dice, señor? —repliqué indignado—. ¡Prefiero cien veces la muerte!

¡Sí, la muerte! «Y además —repetía no sé qué voz en mi interior—, ¿qué riesgo corro al decirlo? ¿Acaso una sentencia de muerte no se ha pronunciado siempre a medianoche, bajo la luz de las antorchas, en una sala sombría y negra, en noches frías de lluvia y de invierno? Pero durante el mes de agosto, a las ocho de la mañana, en un día tan bello, con unos jurados tan buenos... ¡Imposible!». Y mis ojos volvían a fijarse en la bella flor amarilla iluminada por el sol.

De súbito, el presidente, que sólo esperaba al abogado, me invitó a levantarme. La tropa presentó las armas; como empujada por un movimiento eléctrico, toda la asamblea se puso en pie al mismo tiempo. Una figura insignificante y nula, situada en una mesa debajo del tribunal —el escribano, creo que era—, tomó la palabra y leyó el veredicto que los jurados habían pronunciado en mi ausencia. Un sudor frío brotó de todos mis miembros; me apoyé contra la pared para no caer.

—Abogado, ¿tiene usted algo que decir sobre la aplicación de la pena? —preguntó el presidente.

Yo habría tenido mucho que decir, pero nada me vino a la boca. La lengua se me quedó pegada al paladar.

El defensor se levantó.

Comprendí que intentaba atenuar el veredicto del jurado y sustituirlo por la otra pena, esa que tanto me había molestado oírle pronunciar hacía unos momentos.

La indignación habría tenido que ser muy fuerte para abrirse camino a través de las mil emociones que se disputaban mi pensamiento. Quise repetir en voz alta lo que ya le había dicho: «¡Prefiero cien veces la muerte!». Pero me faltó el aliento, y no pude más que tomarlo bruscamente del brazo, gritando con una fuerza convulsiva: «¡No!».

El procurador general combatió los argumentos del abogado, y yo lo escuché con una satisfacción estúpida. Después los jueces salieron, luego volvieron a entrar, y el presidente leyó la sentencia.

—¡Condenado a muerte! —dijo la multitud; y, mientras me sacaban de allí, toda esa gente se precipitó sobre mí con el estruendo de un edificio al ser demolido. Yo seguía caminando, ebrio y estupefacto. Una revolución acaba de producirse dentro de mí. Hasta el decreto de muerte, me había sentido respirar, palpar, vivir en el mismo mundo que los otros hombres; ahora distinguía claramente una valla entre ese mundo y yo. Nada se me aparecía con el mismo aspecto de antes. Esas amplias ventanas luminosas, ese bello sol, ese cielo puro, esa hermosa flor, todo era blanco y pálido, del color de una mortaja. A esos hombres, esas mujeres, esos niños que se apiñaban a mi paso, les atribuía aspecto de fantasmas.

En lo bajo de la escalera, un carruaje con rejas^[3], negro y

³ La *voiture grillé*, predecesora de los actuales furgones celulares, era un vehículo para transportar a los condenados a muerte, de hierro o madera,

sucio, me esperaba. En el momento de subir, eché una mirada, al azar, sobre la plaza.

—¡Un condenado a muerte! —gritaban los transeúntes, corriendo hacia el carruaje.

A través de la nube que sentía interpuesta entre las cosas y yo, distinguí a dos jovencitas que me seguían con ojos ávidos.

—Bueno —dijo la más joven—, ¡será dentro de seis semanas!

III

¡Condenado a muerte!

Pues bien, ¿por qué no? «Los hombres —recuerdo haber leído en no sé qué libro carente por lo demás de interés—, los hombres son todos condenados a muerte con sentencias suspendidas indefinidamente»^[4]. Así pues, ¿qué es lo que tanto ha cambiado en mi situación?

Desde la hora en que se pronunció mi sentencia, ¡cuántos han muerto habiendo hecho planes para una larga vida! ¡Cuántos se me han adelantado, jóvenes, libres y sanos que contaban con ir tal día a la plaza de la Grève^[5] para ver mi decapitación!

tirado por caballos, en el que también solían viajar el confesor y el verdugo, y cuya visión estremecía especialmente a Victor Hugo. (*N. del E.*)

⁴ La novela a la que se hace referencia aquí es *Han de Islandia*. (*N. del E.*)

⁵ Place de la Grève o Plaza del Arenal. Se trata de la actual Plaza del Ayuntamiento de París, lugar elegido para las ejecuciones públicas hasta 1830. Le viene el nombre del arenal que descendía desde allí en una suave

De aquí a ese momento, ¡cuántos que caminan y respiran despreocupadamente, y entran y salen como les place, se me adelantarán también!

Además, ¿qué tiene esta vida para que su pérdida sea tan dolorosa para mí? En verdad, el día oscuro y el pan negro del calabozo, la ración escasa de caldo bebida de la cubeta de los presidiarios, esos maltratos con que me atormentan, a mí, que he recibido una educación refinada, la brutalidad de los carceleros y los cabos de vara, ese no poder contemplar a un solo ser humano que quiera dirigirme unas palabras y a quien yo pueda responderle, ese estremecerme sin cesar por lo que he hecho y por lo que me harán: he aquí, más o menos, los únicos bienes que podrá quitarme el verdugo.

¡Ah, pero qué importa, esto es horrible!

IV

El carruaje negro me transportó aquí, a este Bicêtre espantoso.

Visto de lejos, este edificio tiene cierta majestad. Se despliega sobre el horizonte, al frente de una colina, y guarda a distancia algo de su antiguo esplendor, un aire de castillo real.

pendiente hacia el Sena. La guillotina fue utilizada por primera vez precisamente en ese lugar, el 25 de abril de 1792. Anteriormente, las ejecuciones diferían según el rango social y el tipo de crimen: horca para la plebe, hacha o espada para los caballeros, hoguera para los herejes, descuartizamiento para los acusados de lesa majestad. (*N. del E.*)

Pero a medida que uno se acerca, el palacio se transforma en una casa en ruinas. Los aguilonos degradados hieren la mirada. Un no sé qué de vergonzoso y de empobrecido ensucia estas fachadas reales, es como si los muros sufrieran de lepra. Nada de vidrieras, nada de cristales en las ventanas, tan sólo macizas barras de hierro entrecruzadas a las cuales se adhiere aquí y allá la pálida figura de un carcelero o de un loco.

Así es la vida vista de cerca.

V

Apenas llegué, unas manos de hierro se apoderaron de mí. Las precauciones se multiplicaron; nada de cuchillos, nada de tenedores para mis comidas; la *camisa de fuerza*, una especie de saco de lona, aprisionó mis brazos; aquí respondían por mi vida. Yo había recurrido en casación. Este oneroso asunto podía tardar seis o siete semanas, y era importante conservarme sano y salvo para la plaza de la Grève.

Los primeros días me trataron con una suavidad que me parecía horrible. Las atenciones de un carcelero huelen a cadalso. Felizmente, a los pocos días la costumbre se impuso; me confundieron con los otros prisioneros en una brutalidad común, y prescindieron de esos inusuales gestos de amabilidad que me hacían pensar una y otra vez en el verdugo. No fue ésta la única mejora. Mi juventud, mi docilidad, los cuidados del capellán de la prisión, y, sobre todo, algunas palabras en latín^[6] que le

⁶ En el siglo XIX tanto la burguesía como la nobleza seguían recibiendo

dirigí al conserje, que no las comprendió, me dieron derecho a pasear una vez por semana con los otros detenidos, e hicieron desaparecer la camisa que me tenía paralizado. También, después de mucho dudar, me dieron tinta y papel, plumas y una lámpara de noche.

Todos los domingos, después de la misa, a la hora del recreo, me sueltan en el patio. Allí charlo con los detenidos: es necesario que lo haga. Son buena gente, esos miserables. Me relatan sus hazañas; es para horrorizarse, pero sé que se vanaglorian de ellas. Me enseñan a hablar el argot, a «rajar del mazo», como dicen. Es toda una lengua injertada en la lengua general como una especie de excrescencia espantosa, como una verruga. A veces tiene una energía singular, un pintoresquismo pavoroso: *hay arroje sobre la carretera* (sangre sobre el camino), *casarse con la viuda* (morir ahorcado), como si la cuerda de la horca fuera la viuda de todos los ahorcados. La cabeza de un ladrón tiene dos nombres: *la sorbona*, cuando medita, razona y aconseja el crimen; *el tronco*, cuando la corta el verdugo. A veces, esa lengua adquiere un espíritu de vodevil: *una cachemira de mimbre* (un cuévano de trapero), *la mentirosa* (la lengua); así, por todas partes, a cada momento, palabras curiosas, misteriosas, feas y sórdidas, venidas de no se sabe dónde: *el chirona* (el verdugo), *la veleta* (la muerte), *la encartelada* (la plaza de ejecuciones). Sapos y arañas, se podría decir. Cuando uno oye hablar esta lengua, siente el efecto de algo sucio y podrido, como si le hubieran lanzado al rostro un rebujo de harapos malolientes.

Al menos, estos hombres me compadecen, y son los

enseñanza en lengua latina. El hecho de que el acusado hable latín nos pone en la pista de su origen social. (*N. del E.*)

únicos. Los carceleros, los guardianes, los llaveros —no se lo reprocho— conversan y ríen, y hablan de mí, delante de mí, como de una cosa.

VI

Me dije:

«Puesto que tengo los medios para escribir, ¿por qué no habría de hacerlo?». Pero ¿qué escribir? Preso entre cuatro murallas de piedra desnuda y fría, sin libertad para mis pasos, sin horizonte para mis ojos, ocupado durante el día entero, como única distracción, en seguir la lenta marcha de ese cuadrado blancuzco que la mirilla de mi puerta dibuja sobre la oscura pared de enfrente, y, como decía hace un momento, totalmente solo con una idea, una idea de crimen y castigo, de asesinato y de muerte. ¿Puedo tener algo que decir, yo que ya nada tengo que hacer en este mundo? Y ¿qué encontraré en este cerebro marchito y vacío que valga la pena de ser escrito?

¿Por qué no? Si bien a mi alrededor todo es monótono y descolorido, ¿no hay en mí una tempestad, una lucha, una tragedia? Esta idea fija que me posee, ¿no se me presenta a cada hora, a cada instante, bajo una forma nueva, cada vez más horrible y más sangrienta a medida que se acerca el día? ¿Por qué no habría de intentar decirme a mí mismo todo lo que encuentro de violento y de desconocido en la situación abandonada en que me hallo? En verdad, la materia es rica; y, aunque mi vida haya sido abreviada, aún habrá en las angustias, en los terrores, en las torturas que la llenarán hasta la última hora, con qué

gastar esta pluma y secar este tintero. Además, la única manera de sufrir menos estas angustias es observarlas, y describirlas me distraerá.

Por otra parte, tal vez lo que pretendo escribir no sea inútil. Este diario de mis sufrimientos, hora tras hora, minuto tras minuto, suplicio tras suplicio, si encuentro las fuerzas para llevarlo hasta el instante en que me sea físicamente imposible continuar, esta historia de mis sensaciones, necesariamente inacabada pero tan completa como sea posible, ¿no llevará consigo una enseñanza grande y profunda? ¿No habrá, en el atestado de mi pensamiento agonizante, en esta progresión de dolores siempre creciente, en esta especie de autopsia intelectual de un condenado, más de una lección para los que condenan? ¿Podrá quizá esta lectura volver menos ligera la mano cuando de nuevo se trate de hacer rodar una cabeza que piensa, una cabeza de hombre, en eso que llaman la balanza de la justicia? ¿Será posible que estos infelices no hayan reflexionado nunca acerca de la lenta sucesión de torturas que encierra la expeditiva fórmula de una sentencia de muerte? ¿Acaso se han detenido jamás en esta poderosa idea: que hay en el hombre que suprimen una inteligencia, una inteligencia que había contado con la vida, un alma que no se había dispuesto para la muerte? No. No ven ellos en todo esto más que la caída vertical de una cuchilla triangular, y piensan sin duda que para el condenado no hay nada antes, nada después.

Estas páginas los desengañarán. Si un día son publicadas, harán que su mente se detenga algunos instantes sobre los sufrimientos del espíritu; pues son éstos los que ellos no llegan a sospechar. Se sienten triunfantes de poder matar casi sin que el cuerpo sufra. ¡Porque es de eso de lo que se trata! ¡Qué cosa es el dolor físico junto al dolor moral! ¡Horror y piedad, leyes

hechas así! El día vendrá, y quizá estas memorias, los últimos confidentes de un miserable, habrán contribuido a ello...

A no ser que después de mi muerte el viento del patio juegue con estos trozos de papel ensuciados de barro, o que vayan a pudrirse bajo la lluvia, pegados como estrellas a la ventana rota de un carcelero.

VII

Que lo que aquí escribo pueda ser útil a otros algún día, que detenga al juez preparado para juzgar, que salve a los infelices, inocentes o culpables, de la agonía a la cual estoy condenado, ¿para qué? ¿De qué sirve? ¿Qué importa? Cuando me hayan cortado la cabeza, ¿qué más me da que corten otras? ¿Será posible que se me hayan ocurrido realmente estas locuras? ¡Echar abajo el cadalso después de haber subido en él! Os pregunto qué beneficio puedo sacar de ello.

El sol, la primavera, los campos llenos de flores, los pájaros que se despiertan al amanecer, las nubes, los árboles, la naturaleza, la libertad, la vida, ¡nada de esto me pertenece ya!

¡Ah! ¡Es a mí a quien habría que salvar! ¿Será cierto que eso es imposible, que habré de morir mañana, quizá hoy mismo, que eso es así? ¡Dios mío! ¡Qué horrible idea! ¡Es para romperse la cabeza contra el muro del calabozo!

VIII

Hagamos la cuenta de lo que me queda:

Tres días de aplazamiento después del fallo pronunciado en el recurso de casación.

Ocho días de olvido en el estrado de la sala de Audiencias, después de los cuales las «piezas de autos», como las llaman, son enviadas al ministerio.

Quince días de espera en el despacho del ministro, que no sabe ni siquiera que las piezas existen, y que se supone, sin embargo, que debe transmitir las, después de examinarlas, a la corte de casación.

Allí, clasificación, numeración, registro; pues la guillotina está saturada, y nadie debe pasar antes de que sea su turno.

Quince días para vigilar que no haya atropellos.

Al fin la corte se reúne, de ordinario un jueves, rechaza veinte recursos en conjunto, y lo devuelve todo al ministro, que lo devuelve al procurador general, que lo devuelve al verdugo. Tres días.

A la mañana del cuarto día, el sustituto del procurador general se dice, mientras se pone la corbata:

—De cualquier forma, hay que ponerle un final a este asunto.

Entonces, si el sustituto del escribano no tiene ninguna comida de amigos que se lo impida, la minuta de la orden de ejecución es redactada, pasada a limpio, expedida, y a la mañana siguiente, a partir del alba, se oye el martilleo sobre una

armazón, y en las esquinas los gritos de viva voz de los voceadores enronquecidos.

En total, seis semanas. La jovencita tenía razón.

Pues bien, hace al menos cinco semanas, tal vez seis, ya no me atrevo a contarlas, que estoy en este calabozo de Bicêtre, y me parece que hace tres días era jueves.

IX

Acabo de hacer mi testamento.

¿De qué sirve? Estoy condenado a pagar las costas, y todo lo que tengo apenas me alcanzará para ello. La guillotina es muy cara.

Dejo una madre, dejo una mujer, dejo una hija.

Una niña de tres años, dulce, sonrosada, frágil, con grandes ojos negros y largos cabellos castaños.

Tenía dos años y un mes cuando la vi por última vez.

Así, tras mi muerte, tres mujeres, sin hijo, sin marido, sin padre; tres huérfanas de distinta especie; tres viudas a causa de la ley.

Admito que justamente se me castigue, pero ¿qué han hecho estas inocentes? Poco importa; serán deshonradas, serán arruinadas. Así es la justicia. No es que me preocupe mi pobre madre vieja; tiene sesenta y cuatro años, morirá en cualquier momento. O si todavía sobrevive unos días más, mientras tenga hasta el último momento un poco de ceniza caliente en

su brasero, no dirá nada.

Mi mujer tampoco me preocupa; tiene ya mala salud y es débil de carácter. También ella morirá.

A menos que enloquezca. Dicen que eso alarga la vida; pero al menos la inteligencia no sufre; la inteligencia duerme, está como muerta^[7].

Pero mi hija, mi niña, mi pobrecita Marie, que ríe, que juega, que a estas horas canta sin pensar en nada, ¡es ella la que me hace sufrir!

X

He aquí lo que es mi calabozo:

Ocho pies cuadrados. Cuatro muros de piedra tallada que se apoyan en ángulo recto sobre un adoquinado de losas elevado un grado sobre el corredor exterior.

Entrando, a la derecha de la puerta, una especie de hundi-miento que forma una alcoba de escarnio. Ahí han colocado una paca de paja donde se supone que duerme y descansa el prisionero, vestido con un pantalón de tela y una chaqueta de dril tanto en invierno como en verano.

⁷ El asociar la imagen del loco con el de un muerto viviente es una idea recurrente en la obra de Victor Hugo y que remite sin duda a su experiencia personal. Su hermano Eugène fue internado en un hospital psiquiátrico. Posteriormente, su hija Adèle también correría una suerte similar. (*N. del E.*)

Sobre mi cabeza, a guisa de cielo, una bóveda negra «ojival» —así es como se le llama— de la cual cuelgan como jirones espesas telarañas.

Por lo demás, nada de ventanas, ni un tragaluz siquiera. Una puerta de madera cubierta de hierro.

Me equivoco; en el centro de la puerta, hacia la parte superior, una apertura de nueve pulgares cuadrados, cortada por una reja en forma de cruz, que el carcelero puede cerrar por las noches.

Fuera, un corredor bastante largo, iluminado, aireado mediante estrechos tragaluces que hay en lo alto de la pared, y dividido en compartimentos de mampostería que se comunican entre sí por una serie de puertas cimbradas y bajas; cada uno de estos compartimentos sirve de algún modo como antecámara de un calabozo parecido al mío. En estos calabozos se mete a los presidiarios condenados por el director de la prisión a penas disciplinarias. Los tres primeros calabozos están reservados para los condenados a muerte, puesto que, al estar más cerca de la cárcel, resultan más cómodos para el carcelero.

Estos calabozos son todo lo que queda del antiguo castillo de Bicêtre tal como fue construido en el siglo XV por el cardenal de Winchester, el mismo que mandó quemar a Juana de Arco. Todo esto se lo oí decir a unos curiosos que el otro día vinieron para verme en mi cabaña, y que me miraban a distancia como a una fiera de exhibición. El carcelero recibió unas cuantas monedas.

Me olvidaba de decir que de día y de noche hay en la puerta de mi calabozo un centinela de guardia, y que mis ojos no pueden elevarse hacia la ventanilla sin encontrarse con los suyos, fijos y siempre abiertos.

Por lo demás, se supone que hay aire y luz en esta caja de piedra.

XI

Puesto que el día aún no aparece, ¿qué hacer de la noche? Se me ha ocurrido una idea. Me he levantado y he paseado mi lámpara sobre las cuatro paredes de mi celda. Están cubiertas de escrituras, de dibujos, de figuras raras, de nombres que se mezclan y se borran los unos a los otros. Parece que cada condenado haya querido dejar su marca, por lo menos aquí. Lápiz, tiza, carbón, letras negras, blancas, grises, a menudo cortes profundos en la piedra, aquí y allá, letras enmohecidas que parecen escritas con sangre. Por supuesto que si mi mente se sintiera más libre, podría interesarme este extraño libro que se desarrolla página a página frente a mis ojos sobre las piedras de este calabozo. Me gustaría recomponer un todo con estos fragmentos de pensamiento esparcidos sobre las losas; encontrar al hombre bajo el nombre; dar sentido y vida a estas inscripciones mutiladas, a estas frases desmembradas, a estas palabras truncadas, cuerpos sin cabeza como los que las han escrito.

A la altura de mi cabecera hay dos corazones inflamados y atravesados por una flecha, y sobre ellos: «Amor por la vida». El infeliz no se comprometía a largo plazo.

Al lado, una especie de sombrero de tres picos con una pequeña figura burdamente dibujada sobre estas palabras: «¡Viva

el Emperador! 1824»^[8].

Más corazones inflamados, con esta inscripción, característica de las prisiones: «Amo y adoro a Mathieu Danvin. JACQUES».

Sobre la pared opuesta se lee este nombre: «Papavoine»^[9]. La «P» mayúscula está bordada de arabescos y adornada con esmero.

Una estrofa de una canción obscena.

Un gorro frigio esculpido con bastante profundidad en la piedra, con esto encima: «Bories. La república». Era uno de los cuatro suboficiales de La Rochelle^[10].

¡Pobre muchacho! ¡Qué horribles son sus presuntas obligaciones políticas! ¡Por una idea, por un sueño, por una abstracción, esta horrible realidad que llaman guillotina! ¡Y yo que me quejaba, yo, miserable, que he cometido un crimen verdadero, que he derramado sangre!

No iré más lejos en esta búsqueda. Acabo de ver, dibujada en blanco en la esquina de la pared, una imagen espantosa, la figura de ese cadalso que, tal vez a esta misma hora, está siendo

⁸ Se trata de Napoleón I. En 1824 hace tres años que está muerto. (*N. del E.*)

⁹ Papavoine fue un célebre criminal ejecutado el 25 de marzo de 1825. Había acuchillado a dos niños en el bosque de Vincennes en presencia de su madre. Victor Hugo hace también alusión al personaje en *Los miserables* (III, I, 7). Su crimen es para el autor probablemente el colmo de la barbarie. (*N. del E.*)

¹⁰ El 21 de septiembre de 1822, cuatro sargentos de La Rochelle son ejecutados en la Grève acusados de conspirar contra la república. Su jefe era Bories. Un amigo de infancia de Victor Hugo, Édouard Delon, es igualmente condenado a muerte por rebeldía. El escritor asistió a algunas sesiones de aquel célebre proceso. (*N. del E.*)

levantado para mí. Poco ha faltado para que la lámpara se me cayera de las manos.

XII

He vuelto precipitadamente a sentarme sobre mi camastro de paja con la cabeza entre las rodillas. Enseguida mi miedo infantil se ha disipado, y me ha embargado una extraña necesidad de seguir la lectura de mis muros.

De donde estaba el nombre de Papavoine he arrancado una enorme telaraña, espesada por el polvo y extendida sobre la esquina del muro. Bajo esta telaraña había cuatro o cinco nombres perfectamente legibles junto a otros de los cuales no queda más que una mancha en la pared. DAUTUN, 1815. POULAIN, 1818. JEAN MARTIN, 1821. CASTAING, 1823. He leído esos nombres, y lúgubres recuerdos me han venido a la memoria: Dautun, el que cortó a su hermano en cuatro, que por la noche se paseó por París y tiró la cabeza en una fuente y el tronco en una cloaca; Poulain, el que asesinó a su mujer; Jean Martin, el que disparó con su pistola a su padre en el momento en que el viejo abría una ventana; Castaing, aquel médico que envenenó a su amigo, y que, mientras lo atendía en esa última enfermedad que él mismo le había provocado, en lugar de remedios volvía a darle veneno; y junto a ellos, Papavoine, el horrible loco que mataba a los niños a golpes de cuchillo en la cabeza.

«He aquí», me decía, y un escalofrío de fiebre me subía por los riñones. «He aquí los que me han antecedido como huéspedes de esta celda. ¡Es aquí, sobre la misma losa que ocupo

ahora, donde estos hombres de sangre y crimen pensaron sus últimos pensamientos! Es alrededor de este muro, en este cuarto estrecho, que sus últimos pasos dieron vueltas como los de una bestia feroz». Se han sucedido a intervalos muy breves; parece que este calabozo se mantiene lleno. Han calentado el puesto, y es para mí que lo han hecho. Yo iré a mi vez a reunirme con ellos en el cementerio de Clamart, donde tan bien crece la hierba^[11].

No soy ni visionario ni supersticioso. Era probable que estas ideas me dieran un acceso de fiebre; pero mientras así soñaba me ha parecido de repente que estos nombres fatales habían sido escritos con fuego sobre la pared negra; un zumbido cada vez más intenso ha estallado en mis oídos; un brillo escarlata ha llenado mis ojos; y después me ha parecido que el calabozo estaba poblado de hombres, hombres extraños que llevaban su cabeza en su mano izquierda, y la llevaban de la boca, porque no tenían pelo. Todos, salvo el parricida, me enseñaban el puño^[12].

He cerrado los ojos con horror, y entonces lo he visto todo con más claridad.

Sueño, visión o realidad, me habría vuelto loco si una impresión brusca no me hubiera despertado a tiempo. Estaba a punto de caerme de espaldas cuando he sentido que sobre mi pie desnudo se arrastraba un vientre frío y unas patas velludas;

¹¹ Victor Hugo hace aquí referencia a la leyenda que dice que la hierba crece mejor bajo la horca y, por extensión, en todos aquellos lugares donde haya cadáveres de criminales. El cementerio de Clamart es el camposanto de los pobres de París, donde se encuentra la fosa común. (*N. del E.*)

¹² A los parricidas se les cortaba la mano asesina antes de decapitarlos. (*N. del E.*)

era la araña a la que había molestado y que ahora huía.

Eso me ha liberado del hechizo. ¡Oh, espantosos espectros! No, era humo apenas, una imaginación de mi cerebro vacío y convulso. ¡Una quimera al estilo Macbeth! Los muertos, muertos están, sobre todo aquéllos. Están bien encerrados en el sepulcro; no es ésta una prisión de la cual uno pueda escapar. Entonces, ¿cómo es que me han atenazado estos temores?

La puerta de una tumba no se abre desde dentro.

XIII

He visto, en estos días pasados, una cosa horrible.

Acababa de amanecer, y la prisión estaba llena de ruido. Se oía el abrir y cerrar de puertas pesadas, el rechinar de los cerrojos y las cadenas de hierro, el repicar de los manojos de llaves entrechocando en el cinturón de los carceleros, el temblor de las escaleras bajo los pasos precipitados, y se oían voces llamándose y contestándose de un extremo al otro de los largos corredores. Mis vecinos de calabozo, los presidiarios castigados, estaban más alegres que de costumbre. Todo Bicêtre parecía reír, cantar, correr, bailar.

Yo, el único mudo en ese jaleo, el único inmóvil en ese tumulto, escuchaba. Pasó un carcelero. Me atreví a llamarlo para preguntarle si había una fiesta en la prisión.

—¡Si a eso le llama usted fiesta! —respondió—. Hoy herrarán a los galeotes que deberán partir mañana hacia

Toulon^[13]. ¿Quiere usted verlo? Se divertirá.

En efecto, para un recluso solitario, un espectáculo, por odioso que fuera, era una fortuna. Acepté el entretenimiento.

El carcelero tomó las precauciones usuales para controlarme, y enseguida me condujo a una pequeña celda vacía y absolutamente desamoblada que tenía una ventana con reja, pero una ventana de verdad, a la altura del pecho, y a través la cual se veía realmente el cielo.

—Tenga —me dijo—. Desde aquí podrá ver y oír. Aquí estará solo en sus habitaciones, como el rey.

Entonces salió y me encerró con cerraduras, cadenas y pestillos.

La ventana daba a un patio cuadrado bastante grande, alrededor del cual se elevaba, por los cuatro lados, como una muralla, un gran edificio de piedra tallada de seis pisos. Nada más degradado, nada más desnudo, nada más miserable al ojo que esta cuádruple fachada agujereada por ventanas con sus rejas, a las cuales se adhería, de abajo arriba, una muchedumbre de rostros delgados y pálidos, apiñados los unos sobre los otros, como las piedras de un muro, y todos, por así decirlo, enmarcados en los entrecruzamientos de los barrotes de hierro. Eran los prisioneros, espectadores de la ceremonia mientras llegaba el día en que les tocaría ser actores. Parecían almas en pena en los tragaluces que desde el purgatorio dan al infierno.

Todos miraban en silencio hacia el patio todavía vacío.

¹³ En la mediterránea ciudad de Toulon se encuentra uno de los presidios, junto con el de la Isla de Re, más célebres de Francia. Desde allí, los condenados a trabajos forzados podían ser embarcados hacia la Guyana o Nueva Caledonia. (*N. del E.*)

Esperaban. Entre esas figuras apagadas y taciturnas, aquí y allá brillaban algunos ojos agudos y vivos como blancos de tiro.

El cuadrilátero de prisiones que envuelve el patio no se cierra sobre sí mismo. Una de las cuatro caras del edificio (la que da al este) está cortada por el medio, y no se une a la cara vecina más que por una cancela de hierro. Esta puerta se abre sobre un segundo patio, más pequeño que el primero, y, como éste, tapiado por muros y aguilonos negruzcos.

Alrededor del patio principal hay bancos de piedra adosados a la muralla. En el centro se levanta una caña de hierro curvada, destinada a sostener un farol.

Llegó el mediodía. Una gran puerta cochera escondida bajo un hundimiento se abrió bruscamente. Una carreta escoltada por una especie de soldados sucios y vergonzosos, en uniformes azules con hombreras rojas y bandoleras amarillas, entró pesadamente en el patio haciendo un ruido de chatarra. Era la chusma con las cadenas.

En el mismo instante, como si ese ruido hubiera despertado todo el ruido de la prisión, los espectadores de las ventanas, hasta entonces silenciosos e inmóviles, estallaron en gritos de júbilo, en canciones, en amenazas, en imprecaciones mezcladas con carcajadas angustiosas de oír. Parecían máscaras diabólicas. Sobre cada rostro apareció una mueca, todos los puños salieron de los barrotes, todas las voces aullaron, todos los ojos llamearon, y me espantó ver tantas chispas reaparecer en aquellas cenizas.

Mientras tanto, los sotacabos^[14], entre los cuales podía distinguirse, por sus limpias vestimentas y su aspecto

¹⁴ Oficiales de las galerías. (*N. del E.*)

aterrorizado, a unos pocos curiosos venidos de París, se pusieron tranquilamente manos a la obra. Uno de ellos subió a la carreta y arrojó a sus camaradas las cadenas, los «collares de viaje» y los atados de pantalones de tela. Entonces se dividieron el trabajo; unos fueron a extender en una esquina del patio las largas cadenas que en su argot llamaban «hilos»; los otros desplegaron sobre el adoquinado «los tafetanes», las camisas y los pantalones; mientras que los más sagaces examinaban, bajo la mirada de su capitán, un viejito achaparrado, los collares de hierro, que enseguida probaban, haciéndolos centellear sobre el adoquinado. Y todo bajo las aclamaciones burlonas de los reclusos, cuya voz sólo era dominada por las risas ruidosas de los galeotes para quienes todo aquello se preparaba, y que se veían relegados a las ventanas de la vieja prisión que da al patio pequeño.

Cuando terminaron estos preparativos, un hombre adornado de plata al que llamaban «señor inspector» dio una orden al director de la prisión; y un momento después, dos o tres puertas bajas vomitaron casi al mismo tiempo y como a bocanadas una nube de hombres horribles, vociferantes y andrajosos. Eran los galeotes.

Con su entrada, se redobló el júbilo en las ventanas. Algunos de ellos, los grandes nombres del presidio, fueron saludados con aclamaciones y aplausos que recibían con una orgullosa modestia. La mayor parte llevaba una especie de sombreros tejidos por sus propias manos con la paja del calabozo, y siempre de formas extrañas, hechos para que en las ciudades por donde pasaran llamaran la atención sobre el rostro. Éstos fueron aún más aplaudidos. Uno, sobre todo, provocó arrebatos de entusiasmo: un muchacho de diecisiete años que tenía rostro de muchacha. Salía del calabozo, donde había

permanecido, en secreto, durante ocho días; con su manojo de paja se había hecho un vestido que lo envolvía de la cabeza a los pies, y entró al patio haciendo la rueda sobre sí mismo con la agilidad de una serpiente. Era un saltimbanqui condenado por robo. Hubo un estallido de aplausos y de gritos de júbilo. Los condenados respondían, y era algo horrible este intercambio de aclamaciones entre los galeotes titulados y los galeotes aspirantes. Por mucho que la sociedad estuviera allí presente, representada por los carceleros y los curiosos asustados, el crimen se le mofaba en la cara, y hacía, de aquel horrible castigo, una fiesta de familia.

A medida que llegaban eran empujados, entre dos hileras de cabos de vara, al pequeño patio enrejado, donde los esperaba la visita de los médicos. Era allí donde todos hacían un último esfuerzo por evitar el viaje, alegando alguna excusa de salud, los ojos enfermos, la pierna coja, la mano mutilada. Pero casi siempre se les daba por buenos para las galeras; y entonces cada uno se resignaba con despreocupación, olvidando en pocos minutos la pretendida enfermedad de toda una vida.

La puerta del patio pequeño volvió a abrirse. Un guarda hizo el llamado por orden alfabético; y entonces salieron uno por uno, y cada galeote fue a ponerse en fila, de pie, en una esquina del patio grande, junto a un compañero dado por el azar de la letra inicial de su nombre. Así, cada uno se ve reducido a sí mismo; cada uno lleva su propia cadena, hombro a hombro con un desconocido; y si por casualidad un galeote tiene un amigo, la cadena lo separa de él. ¡La última de las miserias!

Cuando más o menos una treintena de galeotes hubo salido, se cerró la puerta. Un sotacabo los alineó con su garrote,

delante de cada uno arrojó una camisa, una chaqueta y un pantalón de talla grande, luego hizo un gesto y todos comenzaron a desvestirse. Y luego, como si hubiera escogido el momento oportuno, un incidente inesperado vino a transformar la humillación en tortura.

Hasta entonces el tiempo había sido bastante bueno, y, si la brisa de octubre enfriaba el aire, de vez en cuando también abría aquí y allá, en las brumas grises del cielo, una grieta por donde caía un rayo de sol. Pero tan pronto como los galeotes se despojaron de sus harapos de prisión, en el momento en que se ofrecían desnudos y erguidos a la vista suspicaz de los guardias, y a las miradas curiosas de los extraños que giraban a su alrededor para examinar sus hombros, el cielo se volvió negro, una fría tormenta de otoño estalló bruscamente y se descargó a torrentes sobre el patio, sobre las cabezas descubiertas, sobre los miembros desnudos de los condenados, sobre sus miserables sayos extendidos en el adoquinado.

En un abrir y cerrar de ojos, el patio se vació de todo lo que no fuera sotacabo o galeote. Los curiosos de París fueron a abrigarse bajo los tejadillos de las puertas.

Mientras tanto, la lluvia caía a raudales. En el patio no se veían más que los galeotes desnudos y chorreando sobre los adoquines del suelo inundado. Un silencio sombrío había sucedido a sus bravatas escandalosas. Tiritaban, les castañeteaban los dientes; sus piernas delgadas, sus rodillas sarmentosas se entrechocaban; y daba lástima verlos cubrirse los miembros azules con esas camisas empapadas, esas chaquetas, esos pantalones que chorreaban lluvia. La desnudez hubiera sido mejor.

Uno solo, un viejo, había conservado cierta alegría. Exclamó, mientras se secaba con una camisa mojada, que «esto

no estaba en el programa»; y luego se puso a reír, levantando el puño hacia el cielo.

Cuando se hubieron puesto los trajes de camino, los galeotes fueron llevados en grupos de veinte o treinta a la otra esquina del patio, donde los esperaban los cordones extendidos sobre el suelo. Estos cordones son largas y fuertes cadenas cortadas transversalmente cada dos pies por otras cadenas más cortas, a cuyo extremo se adhiere un collar cuadrado que se abre por medio de una bisagra en uno de los ángulos y se cierra en el ángulo opuesto mediante un perno de hierro, remachado para todo el viaje sobre el cuello del presidiario. Cuando estos cordones son desenrollados sobre el suelo, representan bastante bien una espina de pescado.

Los condenados fueron obligados a sentarse en el barro, sobre los adoquines inundados; se les probaron los collares; luego, dos herreros de la chusma, armados con yunques portátiles, los remacharon en frío a mazazos metálicos. Es un momento horroroso, en el cual empalidecen hasta los más audaces. Cada golpe de martillo, asestado sobre el yunque apoyado en su espalda, hace temblar el mentón del paciente; el menor movimiento de delante atrás le haría saltar el cráneo como una cáscara de nuez.

Después de esta operación los galeotes se volvieron taciturnos. No se oía más que el tintineo de las cadenas y, cada cierto tiempo, un grito y el ruido sordo del garrote de los cabos de vara sobre los miembros de los recalcitrantes. Algunos lloraban; los viejos se estremecían y se mordían los labios. Yo observaba con terror aquellos perfiles siniestros en sus marcos de hierro.

Así, tras la visita de los médicos, la visita de los carceleros;

y tras la visita de los carceleros, el herraje. Un espectáculo en tres actos.

Un rayo de sol reapareció. Daba la impresión de que hubiera prendido fuego a todos los cerebros. Los galeotes se levantaron a la vez, como empujados por un movimiento convulsivo. Los cinco cordones se sujetaban por las manos, y de repente se formó una ronda inmensa alrededor de la rama del farol. Daban tantas vueltas que cansaba verlos. Cantaban una canción de galeras, un romance en argot, en un aire ya quejumbroso, ya furioso y alegre; se oían, a intervalos, gritos agudos, risas desgarradas y jadeantes mezcladas con palabras misteriosas y luego con aclamaciones furibundas; y la cadencia de las cadenas que entrechocaban servía de orquesta a este canto más ronco que su ruido. Si hubiera estado buscando la imagen de un aquelarre, no habría podido encontrar otra ni mejor ni peor.

Trajeron al patio una gran tina. Los cabos de vara rompieron el baile de los condenados a golpes de garrote, y los condujeron a esa tina, en la cual nadaban no sé qué hierbas en no sé qué líquido humeante y sucio. Comieron.

Enseguida, después de comer, derramaron sobre el adoquinado lo que quedaba de su sopa y de su pan moreno, y se pusieron de nuevo a cantar y a bailar. Parece que se les permite esta libertad el día del herraje y la noche que le sigue.

Observaba yo este extraño espectáculo con una curiosidad tan ávida, tan palpitante, tan atenta, que me había olvidado de mí mismo. Un profundo sentimiento de piedad me removió las entrañas: las risas de aquellos hombres me hacían llorar.

De repente, a través de la profunda ensoñación en que había caído, vi que la ronda aulladora se detenía y callaba. Entonces, todos los ojos se volvieron hacia la ventana que yo ocupaba.

—¡El condenado! ¡El condenado! —gritaron todos, señalándome con el dedo; y se repitieron las expresiones de júbilo.

Me quedé petrificado.

Ignoro de qué me conocían y cómo me habían reconocido.

—¡Buenos días! ¡Buenas noches! —me gritaban con su atroz socarronería. Uno de los más jóvenes, condenado a galeras perpetuas, de rostro reluciente y plomizo, me miró con expresión de envidia, diciendo:

—¡Qué afortunado es! ¡A éste lo *recortarán!* ¡Adiós, camarada!

No puedo explicar lo que ocurría en mí. Yo era, en efecto, su camarada. La Grève es hermana de Toulon. Yo estaba situado incluso a un nivel más bajo que ellos: ellos me honraban. Me estremecí.

¡Sí, su camarada! Y unos días más tarde, también yo habría podido ser un espectáculo para ellos.

Había permanecido en la ventana, inmóvil, tullido, paralizado. Pero cuando vi que los cinco cordones avanzaban, que se precipitaban hacia mí con palabras de una cordialidad infernal; cuando escuché el tumultuoso estrépito de sus cadenas, de sus clamores, de sus pasos, al pie del muro, me pareció que esta nube de demonios escalaba hacia mi celda miserable; solté un grito, me arrojé sobre la puerta con tanta violencia como para echarla abajo, pero no había manera de huir. Los cerrojos estaban asegurados desde fuera. Embestía la puerta, llamaba rabiosamente; y entonces me pareció escuchar todavía más de cerca las espantosas voces de los galeotes. Creí ver sus cabezas horribles aparecer sobre el borde de mi ventana, solté un segundo grito de angustia, y caí desmayado.

XIV

Cuando volví en mí, era ya de noche. Estaba acostado en un camastro; el farol que vacilaba en el techo me permitió ver otros camastros alineados a ambos lados. Comprendí que me habían trasladado a la enfermería.

Permanecí despierto unos instantes, pero sin pensamientos ni recuerdos, consagrado a la felicidad de encontrarme en una cama. En otro tiempo, desde luego, esta cama de hospital me hubiera hecho retroceder de asco y de lástima; pero yo no era ya el hombre que había sido. Las sábanas eran grises y toscas al tacto; la manta, escuálida y agujereada; se sentía la paja a través del colchón; ¡qué importa! Mis miembros podían desentumecerse a placer entre esas sábanas burdas, y bajo esa manta, aun siendo tan delgada, sentí disiparse poco a poco ese horrible frío de la médula de los huesos al cual ya me había acostumbrado. Y volví a dormir.

Un fuerte ruido me despertó; amanecía. El ruido venía de fuera, mi cama estaba junto a la ventana, me incorporé para ver de qué se trataba.

La ventana daba al patio principal de Bicêtre. El patio estaba repleto de gente; dos hileras de veteranos se esforzaban por mantener despejado, en medio de la multitud, un camino estrecho que atravesaba el patio. En medio de aquella doble fila de soldados, avanzaban lentamente, dando tumbos con cada adoquín, cinco largas carretas repletas de hombres; eran los galeotes, que partían.

Las carretas iban descubiertas. Cada cordón ocupaba una de ellas. Los galeotes estaban sentados de lado sobre cada uno

de los bordes, recostados los unos en los otros, separados por la cadena común que se extendía a lo largo del carruaje, y en el extremo de la cual un sotacabo erguido, con el fusil cargado, se sostenía en pie. Se oía el zumbido de sus hierros, y, a cada sacudida del carruaje, se veían saltar sus cabezas y balancearse sus piernas colgantes.

Una lluvia fina y penetrante enfriaba el aire, y adhería a sus rodillas la tela de esos pantalones que habían sido grises y ahora eran negros. Sus largas barbas, sus cabellos cortos, chorreaban; sus rostros eran de color violeta; se les veía tiritar, y sus dientes rechinaban de rabia y de frío. Por lo demás, no podían moverse en absoluto. Una vez clavado a esta cadena, uno no es más que una fracción de ese detestable todo que llaman «cordón», y que se mueve como un solo hombre. La inteligencia debe abdicar, el collar de las galeras la condena a muerte; y en cuanto al animal, no debe ya tener necesidades ni apetito más que a horas fijas. Así, inmóviles, la mayor parte medio desnudos, sus cabezas descubiertas y sus pies colgantes, comenzaban su viaje de veinticinco días, cargados por las mismas carretas, vestidos con las mismas vestimentas para el sol de plomo de julio y para las frías lluvias de noviembre. Es como si los hombres quisieran ir a medias con el cielo en su oficio de verdugos.

Se había establecido entre la multitud y las carretas un diálogo espantoso: injurias de un lado, bravatas del otro, imprecaciones de ambos; pero, a una señal del capitán, vi golpes de garrote llover al azar en las carretas, sobre hombros o sobre cabezas, y todo regresó a esa especie de calma exterior que llaman «orden». Pero los ojos estaban llenos de venganza, y los puños de los miserables se crispaban sobre sus rodillas.

Las cinco carretas, escoltadas por gendarmes a caballo y sotacabos a pie, desaparecieron sucesivamente bajo la puerta elevada de Bicêtre; una sexta las seguía: en ella se bamboleaban en desorden las calderas, las escudillas de cuero y las cadenas de recambio. Algunos cabos de vara que se habían demorado en la cantina salieron corriendo para alcanzar a su cuadrilla. La multitud se retiró. Todo este espectáculo se desvaneció como una fantasmagoría. En el aire se atenuó poco a poco el ruido pesado de las ruedas y de los cascos de los caballos sobre la carretera adoquinada de Fontainebleau, el chasquido de los látigos, el tintineo de las cadenas y los aullidos del pueblo, que deseaba todo tipo de desgracias a los galeotes en su viaje.

¡Y para ellos es apenas el comienzo!

¿Qué me decía el abogado? ¡Las galeras! ¡Ah, sí, mil veces antes la muerte! ¡Antes el cadalso que los baños, antes la nada que el infierno; antes entregar mi cuello a la cuchilla de Guillotin que al collar de la chusma! Las galeras, ¡cielo santo!

XV

Desgraciadamente, no estaba enfermo. Al día siguiente tuve que salir de la enfermería. El calabozo me recuperó.

¡No estaba enfermo! En efecto, soy joven, sano y fuerte. La sangre corre libremente por mis venas; todos mis miembros obedecen a todos mis caprichos; soy robusto de cuerpo y de espíritu, estoy hecho para una larga vida; sí, todo esto es cierto;

y sin embargo, tengo una enfermedad, una enfermedad mortal, una enfermedad hecha por la mano del hombre.

Desde que salí de la enfermería, se me ha ocurrido una poderosa idea, una idea para volverme loco, y es que habría podido escapar si me hubieran dejado solo. Esos médicos, esas hermanas de la caridad, parecían interesarse por mí. ¡Morir tan joven, y de semejante muerte! Se hubiera dicho que me compadecían, tan afanosos se mostraban alrededor de la cabecera de mi cama. ¡Bah! ¡Curiosidad! Además, esta gente que sana puede sanar una fiebre, pero no una sentencia de muerte. ¡Y sin embargo, sería tan fácil! ¡Una puerta abierta! ¿Qué más les da a ellos?

¡Pero ya no es posible! Mi apelación será rechazada, porque todo está en regla: los testigos han testificado, los litigantes han litigado, los jueces han juzgado. No cuento con ello, a menos que... ¡No, insensato! ¡Ya no hay esperanza! La apelación es una cuerda que nos mantiene suspendidos sobre el abismo, y que oímos crujir a cada instante hasta romperse. Es como si la cuchilla de la guillotina tardara seis semanas en caer.

Y ¿si obtuviera el indulto? ¡Obtener el indulto! ¿De quién? Y ¿por qué? Y ¿cómo? Es imposible que me lo otorguen. ¡El ejemplo!, como dicen.

No me quedan más que tres pasos por dar: Bicêtre, la Conserjería^[15], la Grève.

¹⁵ *La Conciergerie* está situada en un ala del Palacio de Justicia de París. Durante la Revolución fue una de las prisiones más temibles. Allí pasaban su última noche los condenados bajo la custodia del verdugo. Funcionó como penal hasta 1914. (*N. del E.*)

XVI

Durante las pocas horas que pasé en la enfermería, me senté cerca de una ventana, al sol —que había vuelto a salir, o, al menos, recibiendo tanto sol como lo permitían las rejas de la ventana.

Estaba allí, con la pesada cabeza entre mis manos, que apenas podían con ella, los codos sobre las rodillas, los pies sobre los barrotes de la silla, pues el abatimiento hace que me curve y me repliegue sobre mí mismo como si ya no tuviera huesos en los miembros ni músculos en la carne.

El olor asfixiante de la prisión me sofocaba más que nunca, en mis oídos llevaba todavía el ruido de las cadenas de los galeotes, Bicêtre me producía un inmenso hastío. Me parecía que Dios misericordioso debería apiadarse de mí y enviarme al menos un pajarito para que cantara allí, enfrente de mí, sobre el borde del techo.

No sé si fue Dios misericordioso o el demonio quien me atendió; pero casi al instante puede oír cómo una voz se elevaba bajo mi ventana, no la de un pájaro, sino mucho mejor: la voz pura, fresca, aterciopelada, de una jovencita de quince años. Como presa de un sobresalto, levanté la cabeza, y escuché con avidez la canción que entonaba. Era un aire lento y lánguido, una especie de arrullo triste y dolorido; he aquí las palabras:

*Es en la calle del Mazo
donde me han trincado,
maluró,*

*los tres pasmas de turno,
malurín malureta,
con las manos en la masa,
malurín maluró.*

No sabría explicar cuán amargo fue mi desengaño. La voz continuó:

*Con las manos en la masa,
maluró.*

*Me han puesto los gritos,
malurín malureta,
se ha descolgado el Gran Jefe,
malurín maluró.*

*En la nevera encuentro,
malurín malureta,
un ratero del barrio,
malurín maluró.*

*Un ratero del barrio,
maluró.*

*Ve a decirle a mi costilla,
malurín malureta,
que me han enchironado,
malurín maluró,
la costilla enfurecida,
malurín malureta,
me dice: «¿Qué te has afanado?»,
malurín maluró.*

*Me dice: «¿Qué te has afanado?»,
maluró.*

Me he cepillado a un tío,

*malurín malureta,
toda la pasta le he birlado,
malurín maluró,
la pasta y el reloj,
malurín malureta,
y los gemelos de oro,
malurín maluró.
Y los gemelos de oro,
maluró.
La costilla va a Versalles,
malurín malureta,
al pie de su Majestad,
malurín maluró,
y le suelta una charla,
malurín malureta,
para sacarme de aquí,
malurín maluró.
Para sacarme de aquí,
maluró.
¡Ah! Si de aquí me saca,
malurín malureta,
a la costilla volveré,
malurín maluró,
haré que le lleven vestidos,
malurín malureta,
y zapatos de piel,
malurín maluró.
Y zapatos de piel,
maluró.
Pero el gran tío se pone furioso,
malurín malureta.*

*Dice: «Por mi coronilla,
malurín maluró,
le haré bailar el baile,
malurín malureta,
donde no hay tablado,
malurín maluró».*

No oí más ni hubiera podido hacerlo. El sentido de aquella horrible queja, entendido a medias y a medias oculto, esa lucha del pillo contra la patrulla, ese ladrón que el pillo encuentra y que envía a su mujer, y ese mensaje espantoso: he asesinado a un hombre y estoy preso, «me he cepillado a un tío y me han enchironado», esa mujer que corre hacia Versalles con una petición, y esa Majestad que, indignada, amenaza al culpable con hacerle bailar «el baile donde no hay tablado», y todo ello cantado en la más dulce melodía y por la voz más dulce que jamás arrulló a oído humano... Me quedé afligido, paralizado, aniquilado. Era repugnante oír palabras tan monstruosas de esa boca fresca y colorada.

No podría explicar lo que sentí; las palabras me herían y, a la vez, me acariciaban. La jerga de la caverna y de las galeras, esa lengua ensangrentada y grotesca, ese argot repelente aliado a una voz de muchacha, transición graciosa entre la voz de la niña y la de la mujer... ¡Aquellas palabras deformes y defectuosas, cantadas, acompasadas, perladas!

¡Ah! ¡Qué cosa tan infame es una prisión! Hay en ella un veneno que todo lo ensucia. Todo en él se marchita, aun la canción de una muchacha de quince años. Si encuentras un pájaro, tendrá lodo sobre su ala; si recoges una flor, su perfume apesatará.

XVII

¡Oh! Si pudiera escapar, ¡cómo correría por los campos!

No, sería mejor no correr. Correr atrae miradas, sospechas. Al contrario: caminar lentamente, la cabeza en alto, cantando. Tratar de llevar un viejo blusón azul con dibujos rojos. Eso disimula bastante bien. Es lo que llevan los campesinos de los alrededores.

Conozco cerca de Arcueil un bosquecillo junto a un pantano; solía ir allí todos los jueves a pescar ranas con mis compañeros del colegio. Es allí donde me escondería hasta la noche.

Una vez hubiera oscurecido, emprendería el viaje. Iría a Vincennes. No, el río me lo impediría. Iría a Arpajon... más valdría tomar por el camino de Saint- Germain, ir al Havre, embarcarme hacia Inglaterra... ¡Qué más da! Llego a Longjumeau. Un gendarme pasa; me pide mi pasaporte... ¡Estoy perdido!

¡Ah! ¡Infeliz soñador, comienza por romper el muro de tres pies de espesura que te encierra! ¡La muerte! ¡La muerte!

¡Cuando pienso que, de niño, vine a Bicêtre para ver los pozos^[16] y los locos!

¹⁶ La fortaleza de Bicêtre era famosa por los pozos que alimentaban el complejo de edificios, que tenían sesenta metros de profundidad y cinco de diámetro. Hasta 1858, los condenados y luego los «locos», eran los encargados de hacer subir el agua haciendo girar una rueda. El espectáculo atraía a numerosos curiosos. (*N. del E.*)

XVIII

Mientras escribía todo esto, mi lámpara ha palidecido, ha llegado el día, el reloj de la capilla ha anunciado las seis.

¿Qué significa esto? El carcelero de guardia acaba de entrar en mi calabozo, se ha quitado la gorra, me ha saludado, se ha disculpado por molestarme, y me ha preguntado, suavizando en lo posible el tono rudo de su voz, qué desearía desayunar.

Me ha embargado un escalofrío. ¿Acaso habrá llegado el día?

XIX

¡El día ha llegado!

El director de la prisión en persona acaba de visitarme. Me ha preguntado cómo podría atenderme o servirme, ha expresado el deseo de que no tenga yo quejas acerca de él o sus subordinados, se ha informado con interés sobre mi salud y la manera en que pasé la noche; ¡al despedirse, me ha llamado «señor»!

¡El día ha llegado!

XX

No cree posible, este carcelero, que tenga yo quejas acerca de él y de sus subalternos. Tiene razón. No estaría bien que me quejase; esta gente ha hecho su trabajo; me han vigilado; y han sido corteses a mi llegada y a mi partida. ¿No debo estar contento?

Este amable carcelero, con su sonrisa benigna, sus palabras cariñosas, su mirada que halaga y espía, sus manos grandes y gruesas, es la prisión encarnada, es Bicêtre hecho hombre. A mi alrededor, todo es prisión; veo la prisión bajo todas las formas, bajo la forma humana igual que bajo la forma de la puerta o del cerrojo. Esta pared es la prisión en piedra; esta puerta es la prisión en madera; estos carceleros son la prisión en carne y hueso. La prisión es una especie de ser horrible y entero, indivisible, mitad hombre, mitad edificio. Soy su presa; ella me cobija, me abraza con todos sus pliegues. Me encierra en sus murallas de granito, me encadena bajo sus cerraduras de hierro, me vigila con sus ojos de carcelero.

¡Ah, miserable! ¿Qué será de mí? ¿Qué harán conmigo?

XXI

Ahora estoy tranquilo. Todo ha terminado, y terminado bien. He salido de la ansiedad horrible en la cual me había sumido la visita del director. Lo confieso: aún tenía esperanzas. Ahora, gracias a Dios, ya no las tengo.

He aquí lo que acaba de suceder:

En el instante en que sonaban las seis y media —no, eran las siete menos cuarto—, la puerta de mi calabozo se ha abierto de nuevo. Ha entrado un viejo de pelo cano, vestido con un redingote oscuro. Se ha abierto a medias el redingote. He visto una sotana, un collarín. Era un sacerdote.

Este sacerdote no era el capellán de la prisión. Todo era siniestro.

Se ha sentado frente a mí con una sonrisa benévola; enseguida ha sacudido la cabeza y ha levantado los ojos al cielo, es decir, a la bóveda del calabozo. Entonces lo he comprendido.

—Hijo mío —me ha dicho—, ¿estás preparado? Le he contestado con voz débil.

—No estoy preparado, pero estoy listo.

Sin embargo, se me ha nublado la vista, un sudor frío ha brotado de todos mis miembros a la vez, he sentido que se me hinchaban las sienes, y un zumbido ha llenado mis oídos.

Mientras vacilaba en mi silla, como adormecido, el amable viejo seguía hablando. Eso es, al menos, lo que me parecía, y creo recordar que he visto sus labios moverse, sus manos agitarse, relucir sus ojos.

La puerta se ha abierto una segunda vez. El ruido de las cerraduras me ha arrancado a mí de mi estupor, y a él de su discurso. Una especie de señor en traje negro, acompañado por el director de la prisión, se ha presentado y me ha saludado solemnemente. Tenía sobre su rostro algo de la tristeza oficial de los empleados de pompas fúnebres. Llevaba un rollo de papel en la mano.

—Señor —me ha dicho con una sonrisa de cortesía—, soy ujier de la corte real de París. Tengo el honor de traerle un mensaje de parte del señor procurador general.

La primera sacudida había pasado. Enseguida he recuperado mi presencia de ánimo.

—¿Fue el señor procurador general quien pidió de forma tan instantánea mi cabeza? Qué gran honor me hace al escribirme. Espero que mi muerte sea de su gusto, pues sería duro para mí pensar que la haya solicitado con tanto fervor y que luego le sea indiferente.

Todo eso le he dicho, y he continuado con voz firme:

—¡Lea, señor!

Se ha puesto a leer un texto largo, cantando al final de cada línea y dudando a la mitad de cada palabra. Era el rechazo de mi apelación.

—La condena será ejecutada hoy en la plaza de la Grève —ha añadido después de terminar, sin levantar los ojos de su papel sellado—. Partiremos exactamente a las siete y media hacia la Conserjería. Mi estimado señor, ¿tendría usted la amabilidad de seguirme?

Yo había dejado de escucharlo instantes antes. El director charlaba con el sacerdote; él seguía con la mirada fija sobre el papel; yo miraba la puerta, que se había quedado entreabierta... ¡Ah, miseria! ¡Cuatro fusileros en el corredor!

El ujier ha repetido la pregunta, esta vez mirándome.

—Cuando usted quiera —le he contestado—. ¡Como guste! Se ha despedido diciendo:

—Tendré el honor de venir a buscarlo dentro de media

hora. Entonces me han dejado solo.

¡Una forma de huir, Dios mío! ¡Una forma cualquiera! ¡Es preciso que me evada! ¡Lo es! ¡De inmediato! ¡Por las puertas, por las ventanas, por el armazón del techo! ¡Dejar, por lo menos, algo de mi carne entre las vigas!

¡Oh, furia! ¡Demonios! ¡Maldición! ¡Necesitaría meses para atravesar este muro con las herramientas adecuadas, y no tengo ni un punzón, ni una hora!

XXII

En la Conserjería

Heme aquí, «transferido», como dice el acta. Pero merece la pena contar el viaje.

Sonaban las siete y media cuando el ujier se ha presentado de nuevo en mi calabozo.

—Señor —me ha dicho—, le estoy esperando.

¡Ay! ¡No es el único!

Me he levantado, he dado un paso; me ha parecido que no podría dar otro, de tanto que me pesaba la cabeza, tan débiles como estaban mis piernas. Sin embargo, me he repuesto y, con aire firme, he continuado. Antes de salir del calabozo, he echado una última mirada alrededor —me había encariñado con mi calabozo—. Además lo he dejado vacío y abierto, lo cual da a un calabozo un aspecto singular.

De otro lado, no será por mucho tiempo. Esperamos a alguien para esta noche, dijeron los llaveros, un condenado que la sala de lo criminal está juzgando en estos mismos instantes.

A la vuelta del corredor, nos ha alcanzado el capellán. Acababa de desayunar.

Al salir de la cárcel, el director me ha cogido la mano afectuosamente, y ha reforzado mi escolta de cuatro veteranos.

Frente a la puerta de la enfermería, un viejo moribundo me ha gritado:

«¡Hasta luego!».

Enseguida hemos llegado al patio. He respirado; eso me ha sentado bien.

No ha sido mucho lo que hemos caminado al aire libre. Un carruaje enganchado a unos caballos de posta^[17] estaba estacionado en el primer patio; era el mismo carruaje que me había traído; una especie de cabriolé oblongo dividido en dos secciones por una reja transversal de alambre de hierro tan espesa que parecía un tejido de punto. Cada una de las dos secciones tiene una puerta, una delante, la otra detrás de la carreta. El conjunto es tan sucio, tan negro, tan polvoriento, que el coche fúnebre de los pobres, comparado con él, parece una carroza de coronación.

Antes de enterrarme en aquella tumba de dos ruedas, he echado una última mirada al patio, una de esas miradas de desesperación frente a las cuales parece que los muros deberían desmoronarse. El patio, esa especie de pequeña plaza adornada

¹⁷ Caballos utilizados por el servicio de correos por su especial resistencia.
(N. del E.)

de árboles, estaba más atestado de espectadores que para los galeotes.

¡Vaya una multitud!

Igual que el día en que partió la cadena, caía una lluvia de temporada, una lluvia helada y fina que sigue cayendo ahora, mientras escribo, una lluvia que sin duda caerá todo el día, que durará más que yo mismo.

Los caminos se habían hundido, el patio estaba lleno de agua y de fango. Me ha agradado ver a la multitud metida en el barro.

El ujier y un gendarme se han montado en el compartimiento delantero; el sacerdote, un gendarme y yo, en el otro. Cuatro gendarmes a caballo alrededor del carruaje. Así, sin contar al postillón, había ocho hombres para uno solo.

Mientras subía al carruaje, he visto a una vieja de ojos grises que decía:

—Esto me gusta aún más que la cadena.

Lo comprendo muy bien. Es un espectáculo que puede abarcarse más fácilmente de una mirada, se le ve más pronto. Es tan bello como el otro, y más cómodo. No hay distracciones. Sólo hay un hombre, y, sobre este hombre, tanta miseria como sobre todos los galeotes a la vez. Simplemente, hay menos dispersión; se trata de un licor concentrado, mucho más sabroso.

El carruaje se ha sacudido. Ha soltado un ruido sordo al pasar bajo la bóveda de la puerta grande, después ha desembocado en la avenida, y las pesadas puertas de Bicêtre han vuelto a cerrarse tras él. En mi estupor, yo sentía que me transportaban como un hombre caído en un letargo que no puede ni

moverse ni gritar, pero comprende que lo entierran. Vagamente escuchaba la cadencia hiposa de los racimos de campanas colgados al cuello de los caballos de posta; el susurro de las ruedas herradas sobre el adoquinado o el choque con la carrocería al cambiar de carril; el galope sonoro de los gendarmes alrededor de la carroza; el látigo fatigoso del postillón. Todo aquello era como un torbellino que se apoderaba de mí.

A través de la reja de una mirilla abierta frente a mí, mis ojos se han fijado automáticamente en la inscripción grabada en letra gruesa encima de la puerta grande de Bicêtre:

HOSPICIO DE LA VEJEZ.

«Vaya —me he dicho—, parece que en ese lugar hay quienes llegan a viejos».

Y, como suele hacerse entre la vigilia y el sueño, mi espíritu entumecido de dolor le ha dado la vuelta a esta idea en todos los sentidos. De golpe, la carroza, pasando de la avenida a la carretera principal, ha cambiado el punto de vista del tragaluz. Las torres de Notre-Dame han quedado entonces enmarcadas en él, azules y medio borrosas tras la bruma parisina. De inmediato ha cambiado también el punto de vista de mi ánimo. Me he transformado en una máquina como el carruaje. A la idea de Bicêtre sucedió la idea de Notre-Dame. Los que estén sobre la torre de la bandera tendrán buena vista, me he dicho con una sonrisa estúpida.

Creo que ha sido en ese momento cuando el sacerdote se ha puesto a hablarme. Pacientemente, lo he dejado hacer. En mi oído estaba ya el sonido de las ruedas, el galope de los caballos, el látigo del postillón. El suyo era apenas un ruido más.

Escuchaba en silencio aquella lluvia de monótonas palabras

que adormilaban mi pensamiento como el murmullo de una fuente, y que pasaban frente a mí, siempre diversas y siempre las mismas, como los olmos torcidos de la carretera principal, cuando la voz breve y entrecortada del ujier, ubicada en el puesto delantero, ha venido súbitamente a sacudirme.

—Y bien, señor abate —decía con acento casi alegre—, ¿qué sabe usted de nuevo?

Era al sacerdote a quien se dirigía de esta manera.

El capellán, que me hablaba sin descanso, ensordecido por el carruaje, no ha contestado.

—¡Eh! ¡Eh! —ha insistido el ujier, levantando la voz para imponerse al sonido de las ruedas—. ¡Endemoniado carruaje!

En efecto: ¡endemoniado! Enseguida ha dicho:

—Sin duda es cosa del traqueteo. No puede uno oír nada. ¿Qué estaba diciendo? ¡Hágame el favor de recordarme lo que estaba diciendo, señor abate! ¡Ah, sí! ¿Se ha enterado usted de la gran noticia de hoy en París?

Me he estremecido, como si estuviera hablando de mí.

—No —ha dicho el sacerdote, que por fin le había oído—. No he tenido tiempo de leer los periódicos esta mañana. Me enteraré esta noche. Cuando estoy ocupado durante todo el día, como es el caso ahora, le pido a mi portero que me guarde los periódicos, y los leo al volver a casa.

—¡Bah! —ha continuado el ujier—. Es imposible que no lo sepa usted. ¡La noticia de París! ¡La noticia de esta mañana!

He tomado la palabra:

—Yo creo saberla.

El ujier me ha mirado.

—¡Usted! ¡En serio! En ese caso, ¿qué opina usted?

—¡Qué curioso es usted! —le he dicho.

—¿Por qué, señor? —ha replicado el ujier—. Cada uno tiene sus opiniones políticas. Lo aprecio demasiado para creer que no pueda usted tener la suya. En lo que a mí respecta, estoy totalmente de acuerdo con el restablecimiento de la guardia nacional^[18]. Fui sargento de mi compañía, y a fe mía que era muy agradable.

Lo he interrumpido.

—No creí que se tratara de eso.

—Y ¿de qué, entonces? Decía usted saber la noticia...

—Hablabas de otra, de la cual París se ocupa hoy también. El imbécil no entendía; su curiosidad se había despertado.

—¿Otra noticia? ¿Dónde diablos ha podido usted enterarse de otra noticia? Por favor, señor, ¿cuál es? ¿Sabe usted de qué se trata, señor abate? ¿Está usted más al corriente que yo? Póngame al día, se lo ruego. ¿De qué se trata? Verá usted, me apasionan las noticias. Se las cuento al señor presidente, y eso le divierte.

Y otras mil pamplinas. El ujier se giraba alternativamente entre el sacerdote y yo; yo no respondía más que levantando los hombros.

—Y bien —me ha dicho—, ¿en qué está pensando?

¹⁸ La guardia nacional fue la milicia burguesa creada bajo la revolución y disuelta en abril de 1827. Su restablecimiento será discutido por la Cámara en julio de 1828. (*N. del E.*)

—Pienso —le he contestado— que no pensaré más por esta noche.

—¡Ah! ¡Pues muy bien! —ha replicado—. ¡Vamos, está usted demasiado triste! —replicaba el señor Castaing.

Después, tras un silencio:

—Yo llevé al señor Papavoine; tenía puesta su gorra de nutria y fumaba su cigarro. En cuanto a los jóvenes de La Rochelle, sólo hablaban entre ellos. Pero hablaban.

Ha hecho una pausa más y enseguida ha continuado:

—¡Locos! ¡Entusiastas! Parecían despreciar al mundo entero. En lo que a usted respecta, joven, lo encuentro verdaderamente pensativo.

—¡Joven! —le he dicho—. Soy más viejo que usted; cada cuarto de hora que pasa me envejece un año.

Se ha girado, me ha observado unos minutos con necia sorpresa, y enseguida se ha puesto a reír con una risa socarrona y pesada.

—Vamos, está usted de broma, ¡más viejo que yo! Yo podría ser su abuelo.

—No bromeo —le he contestado con gravedad.

El ujier ha abierto su tabaquera.

—Tenga, mi querido señor, no se enoje usted; tome un poco de tabaco y no me guarde rencor.

—No tenga miedo. No se lo guardaré por mucho tiempo.

En este momento, la tabaquera que el ujier me tendía ha chocado contra la reja que nos separaba. Un hueco la ha hecho estrellarse violentamente, y ha caído abierta bajo los pies del

gendarme.

—¡Maldita reja! —ha gritado el ujier. Se ha vuelto hacia mí.

—¡Pues bien! ¿No es esto una desgracia? ¡He perdido todo mi tabaco!

—Yo pierdo más que usted —le he contestado sonriendo.

El ujier ha tratado de recoger su tabaco, rumiando entre dientes:

—¡Más que yo! Es fácil decirlo. ¡Sin tabaco hasta París! ¡Es terrible!

El capellán le ha dirigido entonces algunas palabras de consuelo, y no sé si eran prejuicios míos, pero me ha parecido que eran la continuación del discurso que me había correspondido a mí al principio. Poco a poco el sacerdote y el ujier han trabado conversación; los he dejado hablar por su lado, y yo, por el mío, me he puesto a pensar.

Al llegar a la barrera^[19], sin duda por mis persistentes prejuicios, me ha parecido que en París había más ruido que de costumbre.

El carruaje se ha detenido un momento delante de la Oficina de Arbitrios. Los aduaneros lo han inspeccionado. Si se hubiera tratado de un cordero o un buey que llevásemos a la carnicería, habría sido necesario dejar una bolsa de dinero; pero una cabeza humana no paga impuesto alguno. Nos han dejado pasar.

¹⁹ El término *barrière* se refiere aquí a la puerta que cierra la entrada a una ciudad. Bicêtre estaba situado a las afueras de París. El coche debe franquear, pues, la barrera y una aduana. (*N. del E.*)

Franqueado el bulevar, la carroza avanzaba al trote por las viejas calles tortuosas del suburbio de Saint-Marceau y de la Cité, las cuales serpentean y se entrecortan como los mil caminos de un hormiguero. Sobre el adoquinado de estas calles estrechas, el rodar del carruaje se ha hecho tan ruidoso y tan veloz que ya no podía oír nada del ruido exterior. Cuando echaba una mirada por el pequeño tragaluz cuadrado, me parecía que la ola de caminantes se detenía para observar el carruaje, y que pandillas de niños corrían tras su estela. Me ha parecido también ver de vez en cuando, en este cruce o en aquél, a un hombre o una vieja en harapos, a veces los dos al mismo tiempo; tenían en la mano un atado de hojas impresas que los caminantes se disputaban abriendo la boca como para lanzar un grito.

Sonaban las ocho y media en el reloj de París^[20] en el momento en que hemos llegado al patio de la Conserjería. La visión de esta inmensa escalera, de esta oscura capilla, de estas cárceles siniestras, me ha paralizado. Cuando el carruaje se ha detenido, he creído que los latidos de mi corazón se detendrían también.

He hecho acopio de fuerzas; la puerta se ha abierto con la rapidez de un relámpago; he saltado fuera del calabozo rodante, y he echado a andar a pasos agigantados bajo la bóveda y entre dos filas de soldados. A mi paso se había formado ya una multitud.

²⁰ Se hace referencia aquí al edificio recaudador de los impuestos a las mercancías que entraban en la ciudad. (*N. del E.*)

XXIII

Mientras caminaba por las galerías públicas del Palacio de Justicia, me he sentido casi libre y a gusto; pero mi ánimo resuelto me ha abandonado tan pronto como se han abierto frente a mí esas puertas bajas, escaleras secretas, corredores interiores, largos corredores asfixiantes y sordos donde sólo entran quienes condenan o quienes son condenados.

El ujier me acompañaba todo el tiempo. El sacerdote me había dejado, y volvería en un par de horas: tenía cosas que hacer.

Me han conducido al despacho del director, en cuyas manos me ha dejado el ujier. Ha sido un intercambio. El director le ha rogado esperar un instante, anunciándole que tenía una «presa» que entregarle, y que debería conducirla de inmediato a Bicêtre en el viaje de vuelta del carruaje. Se trataba sin duda del condenado de hoy, el mismo que esta noche se acostará sobre el manajo de paja que yo no he tenido tiempo de gastar.

—Está bien —ha dicho el ujier al director—, esperaré un momento; viene bien, haremos las dos actas al mismo tiempo.

Mientras tanto me han depositado en un pequeño despacho adjunto al del director. Allí me han dejado solo y bien encerrado.

No sé en qué pensaba, ni cuánto tiempo había pasado allí, cuando una carcajada violenta y brusca junto a mi oreja me ha arrancado de mi ensueño.

Estremecido, he mirado hacia arriba. Ya no me encontraba solo en la celda. Un hombre estaba conmigo, un hombre de

unos treinta y cinco años y de estatura mediana; arrugado, encorvado, encanecido; de miembros rechonchos; de ojos grises y mirada bizca, y, sobre su rostro, una risa amarga; sucio, andrajoso, medio desnudo, repugnante a la vista.

Parecía que la puerta se hubiese abierto, lo hubiese vomitado y se hubiese cerrado sin que yo me percatara. ¡Si la muerte pudiera venir así!

Nos hemos mirado fijamente unos segundos, este hombre y yo; él, prolongando esa risa parecida a un estertor; yo, medio sorprendido, medio asustado.

—¿Quién es usted? —le he dicho al fin.

—¡Qué pregunta! —ha contestado—. Soy un pinta.

—¡Un pinta! Y ¿qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir —ha exclamado entre carcajadas— que el chirona jugará a la canasta con mi sorbona dentro de seis meses, igual que hará con tu tronco dentro de seis horas. ¡Ja! Parece que ahora sí me entiendes.

En efecto, me he quedado pálido y se me han puesto los pelos de punta. Era el otro condenado, el condenado del día, aquel que ya esperaban en Bicêtre, mi heredero.

El hombre ha continuado:

—Y ¿qué querías? Ésta es mi historia. Soy hijo de un buen ratero; es una lástima que Charlot^[21] se haya tomado el trabajo de retorcerle el pescuezo. Eso era cuando reinaba la potencia, por la gracia de Dios. A los seis años, ya no tenía padre ni madre; en verano hacía malabares en el polvo al borde de los

²¹ El verdugo. (*N. del T.*)

caminos para que me tirasen una moneda entre las cortinas de las sillas de posta; en invierno, me iba descalzo por el barro, soplándome los dedos rojos; se me veían las piernas a través del pantalón. A los nueve años, comencé a servirme de mis cacillos^[22], de vez en cuando vaciaba una matrona^[23], me zumbaba un gabán^[24]; a los diez años, ya era un guindón^[25]. Después hice amigos; a los diecisiete, ya era un trollista^[26]. Forzaba una petaca, falseaba una vueltera^[27]. Me agarraron. Como ya tenía edad, me mandaron a remar en la marinita^[28]. Las galeras son cosa dura; acostarse sobre una tabla, beber agua clara, comer pan negro, arrastrar unos hierros que no sirven para nada; golpes de bastón, golpes de sol. Y por si fuera poco lo trasquilan a uno, ¡y yo que tenía una bella cabellera de color castaño! ¡Qué más da! Cumplí el tiempo que me tocaba. ¡Quince años vuelan! Tenía treinta y dos. Una bella mañana me dieron un salvoconducto y sesenta y seis francos que había acumulado a lo largo de mis quince años de galeras, trabajando dieciséis horas al día, treinta días al mes, doce meses al año. Daba igual: quería convertirme en un hombre honrado con mis sesenta y seis francos, y tenía mejores sentimientos bajo mis harapos que los que hay bajo el delantal de un cuervo^[29]. Pero ¡condenado pasaporte! Era amarillo, y encima habían puesto «galeote liberado». Había que mostrarlo por donde pasara y

²² Manos. (*N. del T.*)

²³ Bolsillo. (*N. del T.*)

²⁴ Robaba un abrigo. (*N. del T.*)

²⁵ Rufián. (*N. del T.*)

²⁶ Ladrón. (*N. del T.*)

²⁷ Forzaba un almacén, falsificaba una llave. (*N. del T.*)

²⁸ A galeras. (*N. del T.*)

²⁹ Una sotana de abate. (*N. del T.*)

presentarlo cada ocho días al alcalde del pueblo en el que me obligaban a echar nido^[30]. ¡Bonita recomendación! ¡Un ga-leote! Les daba miedo, los niños se largaban al verme, me cerraban las puertas. Nadie quería darme trabajo. Los sesenta y seis francos me los comí. Después, tuve que vivir. Mostraba mis brazos, buenos para el trabajo, y me cerraban las puertas. Me ofrecí para trabajar por jornales de quince cuartos, de diez, de cinco. Y nada. ¿Qué hacer? Un día, tenía hambre. Di un codazo en el escaparate de un panadero; le eché el guante a un pan^[31] y el panadero me echó el guante a mí; no me comí el pan, y en cambio me condenaron a galeras perpetuas, con tres letras de fuego en la espalda^[32]. Te las mostraré si quieres. A esta justicia la llaman «la reincidente». Así que caballo que vuelve^[33]. . . Me devolvieron a Toulon; esta vez con los gorras verdes^[34]. Había que escapar. Para ello no tenía más que atravesar tres muros y cortar dos cadenas, y tenía un punzón. Me evadí. Dispararon el cañón de alerta; pues nosotros vamos como los cardenales de Roma, vestidos de rojo, y cuando nos marchamos, suenan los cañones. Gastaron pólvora en gallinazos. Y esta vez, nada de pasaporte amarillo, pero nada de dinero tampoco. Conocí a unos camaradas que también habían hecho tiempo o que habían cortado los hilos. El baranda^[35] me

³⁰ A vivir. (*N. del T.*)

³¹ Jean Valjean, uno de los personajes de *Los miserables*, será enviado a presidio por la misma razón. (*N. del E.*)

³² A los condenados a trabajos forzados les marcaban en la espalda las iniciales «T. F. P.» que se correspondían con Trabajos Forzados a Perpetuidad. (*N. del E.*)

³³ De vuelta a las galeras. (*N. del T.*)

³⁴ Condenados a cadena perpetua. (*N. del T.*)

³⁵ El jefe. (*N. del T.*)

propuso ser uno de los suyos, apiolaban en las trochas^[36]. Acepté, y me puse a matar para vivir. A veces era una diligencia, a veces una silla de posta, a veces un vendedor de bueyes a caballo. Tomábamos el dinero, soltábamos al azar el animal o el carruaje y enterrábamos al hombre bajo un árbol, cuidando que no se le salieran los pies; y después bailábamos sobre la fosa para que la tierra no pareciera recién removida. Así envejecí, acostándome en la maleza, durmiendo bajo las estrellas, acorralado de bosque en bosque, pero al menos libre y dueño de mí. Todo tiene un final, y da igual éste o el otro. Una bella noche, los cordoneros^[37] nos agarraron del cuello. Mis guri-pas^[38] se salvaron; pero yo, que era el más viejo, me quedé en las garras de esos gatos con sombreros galoneados. Aquí me trajeron. Ya había pasado por todos los escalones de la escala, salvo uno. A partir de ahora, robar un pañuelo o matar a un hombre era lo mismo para mí; aún había una reincidente que aplicarme. Sólo me faltaba pasar por el de la guadaña^[39]. Fue cosa rápida. A fe mía que comenzaba ya a volverme viejo y a no servir para nada. Mi padre se casó con la viuda^[40], y yo me retiro a la abadía del Monte de los Lamentos^[41]. Eso es todo, camarada.

Escuchándolo, me había quedado estupefacto. El hombre se ha puesto a reír con más fuerza todavía que al comenzar, y

³⁶ Mataban en los caminos. (*N. del T.*)

³⁷ Los gendarmes. (*N. del T.*)

³⁸ Camaradas. (*N. del T.*) << [39] El verdugo. (*N. del T.*) << [40] Fue colgado. (*N. del T.*)

³⁹] El verdugo. (*N. del T.*)

⁴⁰ Fue colgado. (*N. del T.*)

⁴¹ La guillotina. (*N. del T.*)

ha querido tomarme de la mano. Yo he retrocedido con horror.

—Amigo —me ha dicho—, no pareces muy valiente. No hagas el bragazas delante de la carlina^[42]. Mira, hay un momento difícil que uno tiene que pasar sobre la encartelada^[43]; pero ¡se va enseguida! Me gustaría estar allí para enseñarte la voltereta. ¡Por todos los dioses! Me dan ganas de no apelar si quieren pasarme por la guadaña hoy mismo, contigo. El mismo sacerdote nos servirá a los dos; no me importa quedarme con tus sobras. Ya ves que soy un buen muchacho. ¡Eh! Dime, ¿qué te parece? ¡Amistad!

Ha dado un paso más para acercarse a mí.

—Señor —le he contestado, rechazándolo—, se lo agradezco mucho. Nuevas carcajadas ante mi respuesta.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Señor, su majestad es marqués! ¡Un marqués! Lo he interrumpido:

—Amigo mío, necesito un instante de recogimiento, déjeme usted.

La gravedad de mis palabras lo ha tornado súbitamente pensativo. Ha sacudido su cabeza gris y casi calva; después, rascándose con las uñas el pecho velludo que se ofrecía desnudo bajo la camisa abierta, ha respondido:

—Comprendo —ha murmurado entre dientes—; en realidad, el jabalí^[44]... Después, tras algunos minutos de silencio:

—Mire usted —ha dicho casi con timidez—, es usted marqués, y eso está muy bien; pero ahí tiene un bello redingote que

⁴² El cobarde frente a la muerte. (*N. del T.*)

⁴³ Plaza de la Grève. (*N. del T.*)

⁴⁴ El sacerdote. (*N. del T.*)

ya no le servirá de nada. El chirona se lo quedará. Démelo, lo venderé para comprar tabaco.

Me he quitado mi redingote y se lo he entregado. Se ha puesto a aplaudir con una alegría infantil. Entonces, viendo que yo me había quedado en camisa y que tiritaba, ha dicho:

—Tiene frío, señor, póngase esto; llueve; se mojará usted. Además, en la carreta hay que ir bien vestido.

Mientras lo decía se quitaba su grueso vestido de lana y me lo ponía en los brazos. Lo he dejado hacer.

Entonces he ido a apoyarme contra el muro; no sabría explicar el efecto que me causaba este hombre. Se había puesto a examinar el redingote que le había dado, y lanzaba a cada instante gritos de alegría.

—¡Los bolsillos están nuevos! ¡El cuello no está gastado! Me darán al menos quince francos^[45]. ¡Qué felicidad! ¡Tabaco para mis seis semanas!

La puerta ha vuelto a abrirse. Venían a buscarnos a ambos; a mí, para conducirme a la habitación en la cual el condenado espera su hora; a él, para llevarlo a Bicêtre. Riendo, el hombre se ha puesto en medio del piquete que debía acompañarlo, y decía a los gendarmes:

—Eso sí, ¡no se equivoquen! El señor y yo hemos cambiado de forro, pero no me tomen por él. ¡Diablos! ¡No me gustaría nada ahora que tengo con qué comprar tabaco!

⁴⁵ Un hombre del pueblo ganaba entonces entre uno y cinco francos por día. (N. del E.)

XXIV

Ese viejo malvado se ha llevado mi redingote, pues no he sido yo quien se lo ha dado, y a cambio me ha dejado este harapo, su chaqueta infame. ¿Quién pensarán que soy?

No ha sido por descuido o caridad que le he dejado llevarse mi redingote. No; ha sido porque él era más fuerte que yo. Si me hubiera negado, el hombre me habría golpeado con sus grandes puños.

¡Ah, caridad! ¡Cómo no! Me sentía lleno de malos sentimientos. Hubiera querido poder estrangularlo con las manos, ¡viejo ladrón! ¡Aplastarlo con los pies!

Siento el corazón lleno de furia y de amargura. Creo que la bolsa de hiel se me ha reventado. La muerte nos vuelve malvados.

XXV

Me han traído a una celda donde no hay más que las cuatro paredes, con muchos barrotes en la ventana y, ni que decir tiene, muchas cerraduras en la puerta.

He pedido una mesa, una silla y útiles para escribir. Me lo han traído todo.

Después he pedido una cama. El carcelero me ha mirado con esa mirada sorprendida que quiere decir: «¿De qué te sirve ya?».

Y sin embargo, han armado un catre de tijera en la esquina.

Pero al mismo tiempo un gendarme ha venido a instalarse en lo que llaman «mi recámara».

¿Acaso tienen miedo de que me ahorque con el colchón?

XXVI

Son las diez.

¡Pobre hijita mía! Seis horas más y estaré muerto. Seré algo repugnante que dará tumbos sobre la mesa fría de los anfiteatros; una cabeza que molerán de un lado, un tronco que disecarán del otro; con lo que quede después llenarán un ataúd y lo enviarán a Clamart.

Eso es lo que harán con tu padre estos hombres, que no me odian, que me compadecen todos y podrían salvarme. Me van a matar. ¿Lo comprendes, Marie? ¡Me matarán a sangre fría, en una ceremonia, por el bien de todos! ¡Ah, Dios mío!

¡Pobre pequeña! ¡Tu padre que tanto te quería, tu padre que besaba tu cuello blanco y perfumado, que sin cesar pasaba la mano por los bucles de tu pelo como si fueran de seda, que tomaba en sus manos tu bella carita redonda, que te hacía saltar sobre sus rodillas, y en la noche unía tus manos pequeñas para rezarle a Dios!

¿Quién te hará todo eso en adelante? ¿Quién te querrá? Todos los niños de tu edad tendrán un padre, excepto tú. ¿Cómo te acostumbrarás a prescindir, mi niña, del día de Año Nuevo, de los estrenos, de los bellos juguetes, de los dulces y los besos? ¿Cómo te acostumbrarás a prescindir, huérfana

desgraciada, de beber y de comer?

¡Oh! ¡Si al menos hubieran visto los jurados a mi bella, mi pequeña Marie! Habrían comprendido que no hay que matar al padre de una niña de tres años.

Y cuando sea mayor, si llega a serlo, ¿en qué se convertirá? Su padre será uno de los recuerdos del pueblo de París. Se avergonzará de mí y de mi nombre; será despreciada, rechazada, será vil por culpa mía, yo que la quiero con toda la ternura y con todo el corazón. ¡Oh, Marie adorada! ¿En verdad sentirás vergüenza y horror de mí?

¡Miserable! ¡Qué crimen cometí, y qué crimen hago cometer a la sociedad!

¡Oh! ¿Seré yo en verdad? Ese ruido sordo de gritos que oigo venir de fuera, esas oleadas de gente alegre que caminan con prisa hacia los muelles, esos gendarmes que se preparan en sus cuarteles, ese sacerdote con hábito negro, ese otro hombre de manos rojas, ¡existen por mí! ¡Soy yo quien va a morir! Yo, el mismo que está aquí, que vive, que se mueve, que respira, que está sentado frente a esta mesa, la cual se parece a otra mesa, y podría por tanto estar en otra parte; ¡yo, en fin, este yo que toco y siento, y cuyo vestido forma los pliegues que aquí veo!

XXVII

¡Si cuando menos supiera cómo ocurre todo, de qué manera muere uno allá arriba! Pero es horrible: no lo sé.

El nombre de aquella cosa es espantoso, y no comprendo

cómo he podido hasta ahora escribirlo y pronunciarlo.

La combinación de estas diez letras, su aspecto, su fisonomía, está hecha para despertar ideas terribles, y el malhadado médico que la inventó tenía un nombre predestinado.

La imagen que asocio con esta repugnante palabra es vaga, indeterminada, y por ello tanto más siniestra. Cada sílaba es como una pieza de la máquina. En mi imaginación, construyo y demuelo sin cesar este monstruoso andamiaje.

No me atrevo a hacer preguntas sobre este asunto, pero es horrible no saber cómo será, ni cómo afrontarlo. Parece que hay una báscula y que a uno lo acuestan boca abajo... ¡Ah! ¡Mis cabellos se pondrán blancos antes de que caiga mi cabeza!

XXVIII

Sin embargo, ya la he vislumbrado una vez.

Pasaba por la plaza de la Grève, en coche, un día hacia las once de la mañana. De repente, el coche se detuvo.

Había una multitud en la plaza. Saqué la cabeza por la portezuela. El populacho llenaba la Grève y el muelle, y mujeres, hombres y niños estaban de pie sobre el parapeto. Sobre las cabezas se veía una especie de estrado de madera roja que tres hombres levantaban.

Un condenado iba a ser ejecutado ese mismo día, y estaban construyendo la máquina.

Me di la vuelta antes de verlo. Junto al coche había una

mujer que le decía a un niño:

—¡Mira, mira! La cuchilla no corta bien, van a engrasar la ranura con un trozo de vela.

Eso es probablemente lo que hacen ahora mismo. Acaban de sonar las once. Sin duda están engrasando la ranura.

¡Ah! Esta vez, infeliz, no me daré la vuelta.

XXIX

¡Oh, el indulto, el indulto! Quizá me concedan el indulto. El rey no tiene nada que reprocharme. ¡Que vayan a buscar a mi abogado! ¡Rápido, el abogado! Acepto con gusto las gale-ras. Cinco años de galeras, y en paz..., o veinte años, o a per-petuidad con el hierro rojo. Pero ¡que me concedan la gracia de la vida!

Un galeote, al menos, camina; viene y va, puede ver el sol.

XXX

El sacerdote ha vuelto.

Tiene cabellos blancos, aspecto amable, una figura buena y respetable; es, en efecto, un hombre excelente y caritativo. Esta mañana lo he visto vaciar su bolsa sobre las manos de los prisioneros. ¿Cómo es que en su voz no hay nada que conmueva

ni que parezca conmovido? ¿Cómo es que no me ha dicho nada todavía que me afecte la inteligencia o el corazón?

Esta mañana, yo estaba perdido. Apenas he alcanzado a escuchar lo que me decía. Sin embargo, sus palabras me han parecido inútiles, y me han dejado indiferente; me han resbalado como esta lluvia fría sobre el vidrio escarchado.

Y sin embargo, cuando, hace un rato, ha entrado y se ha acercado a mí, el solo hecho de verlo me ha sentado bien. Entre todos estos hombres, me dije, es el único que sigue siendo un hombre para mí. Y he sentido una sed intensa de palabras buenas y consoladoras.

Nos hemos sentado, él en la silla, yo en la cama. Me ha dicho:

—Hijo mío...

Esta palabra me ha abierto el corazón. Enseguida, él ha dicho:

—Hijo mío, ¿crees en Dios?

—Sí, padre —le he respondido.

—¿Crees en la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana?

—De buen grado —le he dicho.

—Hijo mío —ha continuado—, parece que tienes dudas.

Entonces se ha puesto a hablar. Ha hablado un buen rato; ha dicho muchas palabras; después, cuando ha dado por finalizado su discurso, se ha levantado y me ha mirado por primera vez, interrogándome:

—¿Y bien?

En son de protesta, le he dicho que lo había escuchado con avidez primero, después con atención, después con devoción.

Yo también me he levantado.

—Señor —le he dicho—, le ruego que me deje solo. Me ha preguntado:

—¿Cuándo he de volver?

—Se lo haré saber.

Entonces ha salido, sin cólera, pero negando con la cabeza, como diciéndose a sí mismo: «¡Un impío!».

No: por más bajo que haya caído, no soy un impío, y Dios es testigo de mi fe en él. Pero ¿qué me ha dicho este viejo? Nada sentido, nada enternecedor, nada que le saliera del alma, nada que viniese de su corazón para entrar en el mío, nada que viajase entre él y yo. Al contrario, no sé qué cosas vagas, átonas, aplicables a todo y a todos; enfático donde hubiese debido ser profundo, llano donde hubiese debido ser simple; una especie de sermón sentimental y elegía teológica^[46]. Aquí y allá, una cita latina. San Agustín, san Gregorio, ¿qué sé yo? Además parecía que recitara una lección ya recitada veinte veces, que repasara un tema inutilizado en su memoria a fuerza de conocerlo. Ni una mirada a los ojos, ni un acento en la voz, ni un gesto de las manos.

Y ¿cómo podría ocurrir de otra forma? Este sacerdote es el capellán titular de la prisión. Su misión es consolar y exhortar, y de eso vive. Es a los galeotes y a los condenados a muerte a

⁴⁶ Se trata de una obra cuyo tema es el lamento del hombre en respuesta de la no intervención de Dios en sus desgracias, tema eminentemente romántico y que en España llega a su apogeo con el plante a la divinidad del *Don Juan Tenorio* de Zorrilla. (N. del E.)

quienes incumbe su elocuencia. Él los confiesa y los asiste porque tiene que cumplir con su trabajo. Ha envejecido llevando a los hombres a la muerte. Desde hace mucho tiempo se ha acostumbrado a lo que estremece a los demás; su pelo, empolvado de blanco, ya no se pone de punta; las galeras y el cadalso son para él cosas cotidianas. Está hastiado. Probablemente tenga su cuaderno: en tal página, los galeotes; en tal página, los condenados a muerte. La víspera le advierten que habrá que consolar a alguien al día siguiente; pregunta de qué se trata, ¿galeote o condenado?, relee la página correspondiente; y entonces viene. De esta manera sucede que los que van a Toulon y los que van a la Grève son para él un lugar común, y él es un lugar común para ellos.

¡Oh! Que me vayan a buscar, a cambio de esto, un vicario joven o un sacerdote viejo, al azar, en la primera parroquia que aparezca; que lo sorprendan frente al fuego, leyendo su libro y totalmente desprevenido, y que le digan:

—Hay un hombre que va a morir, tiene que ser usted quien lo consuele. Tiene usted que estar allí cuando le aten las manos, cuando le corten el pelo; tiene usted que subirse en su carreta con su crucifijo para ocultarle al verdugo; tiene usted que sentir junto a él el traqueteo del camino hasta la Grève; tiene usted que atravesar con él la horrible multitud sedienta de sangre; tiene usted que abrazarlo al pie del cadalso, y quedarse hasta que la cabeza esté aquí y el cuerpo más allá.

Que me lo traigan, entonces, palpitante y tembloroso de la cabeza a los pies; que me arrojen entre sus brazos, a sus rodillas; y llorará, y lloraremos, y será elocuente, y me consolará, y mi corazón se desinflará en el suyo, y tomará mi alma y yo tomaré su Dios.

Pero ¿qué significa este buen hombre para mí? ¿Qué soy yo para él? Un individuo de la especie desgraciada, una sombra como tantas que ha visto ya, un número que añadir a la cifra de las ejecuciones.

Quizá me equivoque al rechazarlo así; él es el bueno y yo soy el malo. Por desgracia, eso no es culpa mía. Es mi aliento de condenado el que lo arruina y lo marchita todo.

Acaban de traerme algo para comer; han pensado que debía de necesitarlo. Una comida delicada y fina, un pollo, me parece, e incluso algo más. Pues bien, he intentado comer; pero al primer bocado, todo se me ha caído de la boca, tan amargo y fétido me ha parecido.

XXXI

Acaba de entrar un señor con su sombrero bien puesto sobre la cabeza que apenas si me ha mirado, y enseguida ha abierto una cinta medidora y se ha puesto a medir de abajo arriba las piedras de la pared, hablando en voz muy alta para de vez en cuando decir: «Eso es»; y de vez en cuando: «No, eso no».

Le he preguntado al gendarme quién era el hombre. Parece que es una especie de subarquitecto que trabaja en la prisión.

A él, por su lado, se le ha despertado la curiosidad acerca de mí. Ha intercambiado algunas medias palabras con el llavero que lo acompañaba; después, ha clavado un instante sus ojos en mí, ha sacudido la cabeza con aire despreocupado, y ha vuelto a ponerse a hablar en voz alta y a tomar medidas.

Terminada su tarea, se me ha acercado diciéndome con su voz estrepitosa:

—Mi buen amigo, en seis meses ésta será una prisión mucho mejor.

Y su gesto parecía añadir: «Es una lástima que usted no vaya a disfrutarla».

Casi sonreía. He creído ver el momento en que se mofaría amablemente de mí, como bromea uno sobre la recién casada en la noche de bodas.

Mi vigilante, un viejo soldado con galones, se ha encargado de la respuesta.

—Señor —le ha dicho—, en la habitación de un muerto no se habla tan alto. El arquitecto se ha marchado.

Y yo, yo estaba allí, como una de las piedras que el hombre medía.

XXXII

Después me ha sucedido algo ridículo.

Han venido a relevar al bueno de mi vigilante, al cual, ingrato egoísta que soy, ni tan siquiera le he estrechado la mano. Lo ha reemplazado otra persona: un hombre de frente deprimida, ojos de buey, cara inepta.

Por lo demás, no le he prestado la menor atención. Sentado frente a mi mesa, le daba la espalda a la puerta; intentaba refrescarme la frente con la mano, y los pensamientos me turbaban el espíritu.

Un golpe ligero sobre mi hombro me ha hecho girar la cabeza. Era el nuevo gendarme, con quien me encontraba solo.

He aquí de qué suerte, más o menos, me ha dirigido la palabra.

—Criminal, ¿tiene usted buen corazón?

—No —le he dicho.

Al parecer, la brusquedad de mi respuesta lo ha desconcertado. Sin embargo, ha continuado, vacilante:

—Nadie es malo por el gusto de serlo.

—¿Por qué no? —he replicado—. Si es para decirme esto, déjeme. ¿Adónde quiere llegar?

—Perdone usted —ha respondido—. Sólo dos palabras. Se trata de esto: si pudiera usted hacer feliz a un pobre hombre, y no le costara nada, ¿lo haría usted?

He levantado los hombros.

—¿Acaso viene usted de Charenton?^[47] Ha escogido un terreno muy particular para cultivar la felicidad. ¡Yo, hacer feliz a alguien!

El hombre ha bajado la voz y ha tomado un aire misterioso, que no se adecuaba en absoluto a su cara de idiota.

—Sí, criminal: sí, felicidad; sí, fortuna. Todo eso me llegará de usted. Mire usted: soy un pobre gendarme. El servicio es pesado; mi caballo me pertenece y me está arruinando. Ahora bien, juego a la lotería para compensar. Alguna astucia se ha de tener. Hasta ahora, para ganar no me ha faltado más

⁴⁷ Célebre hospital psiquiátrico situado en el sureste de París. (*N. del E.*)

que tener un buen número. Por todas partes los busco que sean seguros; siempre fallo por muy poco. Pongo el setenta y seis; sale el setenta y siete. Por más que los alimento, no se me acercan... (Un poco de paciencia, por favor, que ya termino). Ahora bien, aquí hay una buena oportunidad para mí. Parece, perdón, criminal, que hoy es su turno. Es un hecho que los muertos que son suprimidos de esta forma son capaces de ver de antemano la lotería. Prométame venir mañana por la noche, ¿qué le cuesta? A darme tres números, tres números buenos, ¿eh? Tranquilícese: no me dan miedo los espectros. Ésta es mi dirección: Cuartel Popincourt, escalera A, n.º 26, al fondo del corredor. Me reconocerá, ¿verdad? Puede venir esta noche, si le va mejor.

Habría desdeñado responder a este imbécil si una loca esperanza no me hubiera atravesado el espíritu. En la posición desesperada en la que estoy, uno cree a veces que sería capaz de romper una cadena con un pelo.

—Escucha —le he dicho fingiendo tanto como está en disposición de hacerlo quien va a morir—, yo puedo, en efecto, volverte más rico que el rey, hacer que ganes millones. Con una condición.

Él abría unos ojos estúpidos.

—¿Cuál es? ¿Cuál es? Haré cuanto esté en mi mano para complacerlo, señor criminal.

—En lugar de tres números, te prometo cuatro. Cámbiate la ropa conmigo.

—¡Si no es más que eso! —ha exclamado al tiempo que deshacía los primeros broches de su uniforme.

Yo me había levantado de mi silla. Observaba todos sus

movimientos, y el corazón me palpitaba. ¡Ya podía ver las puertas abrirse ante el uniforme de gendarme, y la plaza, y la calle, y el Palacio de Justicia tras de mí!

Pero el hombre se ha dado la vuelta con aire indeciso.

—¡Ah! ¿No será para salir de aquí?

He comprendido que todo estaba perdido. Sin embargo, he hecho un último

esfuerzo, completamente inútil e insensato.

—Así es —le he dicho—, pero tu fortuna está asegurada... Me ha interrumpido.

—¡No, no! ¡Nada de eso! Y ¿mis números? Para que sean buenos, tiene usted que estar muerto.

He vuelto a sentarme, mudo y más desesperado tras la esperanza que había tenido.

XXXIII

He cerrado los ojos, me los he cubierto con las manos, y he tratado de olvidar, de olvidar el presente en el pasado. Mientras sueño, los recuerdos de mi infancia y mi juventud vuelven a mí, uno por uno, suaves, tranquilos, risueños, como islas de flores sobre este remolino de negros y confusos pensamientos que gira en mi cerebro.

Me veo de niño, colegial alborozado y fresco, jugando, corriendo, gritando con mis hermanos en la alameda verde de ese jardín salvaje donde transcurrieron mis primeros años, antiguo

cercado de religiosos que domina, con su cabeza de plomo, la sombría cúpula del Val-de-Grâce^[48].

Después, cuatro años más tarde, allí estoy de nuevo, niño aún, pero ya soñador y apasionado. Hay una jovencita en el jardín solitario.

La españolita^[49], con sus grandes ojos y sus largos cabellos, su piel morena y dorada, sus labios rojos y sus mejillas rosadas, la andaluza de catorce años, Pepa.

Nuestras madres nos han dicho que vayamos juntos a correr: hemos venido a pasearnos.

Nos han dicho que vayamos a jugar, y hablamos; somos niños de la misma edad, pero no del mismo sexo.

Sin embargo, hace apenas un año corríamos, luchábamos juntos. Me disputaba con Pepita la manzana más bella del manzano; la golpeaba por un nido de pájaro. Ella lloraba; yo decía: «¡Te está bien empleado!». Y ambos íbamos a quejarnos a nuestras madres, que nos reñían en voz alta y nos daban la razón en voz baja.

Ahora ella se apoya en mi brazo, y me siento orgulloso y conmovido. Caminamos lentamente, hablamos en voz baja. Ella deja caer su pañuelo; yo se lo recojo. Nuestras manos tiemblan al tocarse. Ella me habla de los pajaritos, de la estrella que vemos a lo lejos, del ocaso rojo tras los árboles, o bien de sus amigos de pensión, de su vestido y de sus cintas. Decimos

⁴⁸ Antiguo monasterio clausurado por la Revolución para ser convertido en hospital militar y orfanato. (*N. del E.*)

⁴⁹ Recuerdo autobiográfico de Victor Hugo, quien viajó a España para reencontrarse con su padre en 1811, militar a las órdenes de José Bonaparte. (*N. del E.*)

cosas inocentes y ambos nos ruborizamos. La pequeña se ha vuelto una jovencita.

Esa tarde —era una tarde de verano—, estábamos bajo los castaños, al fondo del jardín. Después de uno de esos largos silencios que llenaban nuestros paseos, se apartó de repente de mi brazo, y me dijo: «¡Corramos!».

Aún puedo verla, iba vestida de negro, de luto por su abuela. Una idea de niña le pasó por la cabeza, Pepa volvió a ser Pepita, y me dijo: «¡Corramos!».

Se puso a correr delante de mí con su talle fino como el corsé de una abeja y sus pies pequeños que le alzaban hasta media pierna el vestido. Yo la perseguía, ella escapaba; el viento de su carrera levantaba por momentos su esclavina negra y me dejaba ver su espalda morena y fresca.

Yo estaba extasiado. La alcancé cerca del viejo sumidero en ruinas; la tomé por la cintura, usando el derecho de la victoria, e hice que se sentara sobre un banco de hierba; ella no se resistió. Estaba sin aliento, y reía. Yo estaba serio; miraba sus negras pupilas a través de sus pestañas negras.

—Síntese aquí —me dijo—. Todavía hay luz, leamos algo. ¿Lleva usted un libro?

Yo llevaba conmigo el segundo tomo de los *Viajes* de Spallanzani^[50]. Lo abrí al azar, me acerqué a ella, ella apoyó su hombro contra el mío, y nos pusimos a leer cada uno por su cuenta, en voz baja, la misma página. Antes de pasar a la siguiente, ella siempre tenía que esperarme. Mi inteligencia era

⁵⁰ Lázaro Spallanzani fue un naturalista italiano (1729-1799) que realizó una serie de viajes científicos por el Mediterráneo y que plasmó en varias obras que fueron lectura de infancia del joven Hugo. (*N. del E.*)

menos rápida que la suya.

—¿Ha terminado? —me decía, y yo no había hecho sino comenzar.

Y mientras nuestras cabezas se tocaban y nuestras respiraciones se acercaban poco a poco, nuestras bocas se acercaron, de repente.

Cuando quisimos continuar con nuestra lectura, el cielo ya estaba estrellado.

—¡Oh, mamá, mamá! —dijo ella al volver a casa—. ¡Si supieras cuánto hemos corrido!

Yo guardaba silencio.

—No dices nada —me dijo mi madre—, parece triste. En mi corazón estaba el paraíso.

Es una tarde de la que me acordaré toda la vida.

¡Toda la vida!

XXXIV

Acaban de dar la hora. No sé cuál: oigo mal el martillo del reloj. Me parece tener un ruido de órgano en las orejas; es el zumbido de mis últimos pensamientos.

En este supremo instante en que me recojo dentro de mis recuerdos, veo con horror mi crimen; pero quisiera arrepentirme más todavía. Tenía más remordimientos antes de mi condena; desde entonces, parece que no hay espacio más que para mis pensamientos de muerte. Y, sin embargo, quisiera arrepentirme mucho más.

Cuando, después de soñar unos minutos con lo que hay de pasado en mi vida, regreso al hachazo que dentro de poco debe terminar con ella, me estremezco como ante una cosa nueva. ¡Mi bella infancia! ¡Mi bella juventud! Tela dorada de extremo ensangrentado. Entre el entonces y el ahora hay un río de sangre, la sangre del otro y la mía.

Si un día leen mi historia, después de tantos años de inocencia y de felicidad, no querrán creer en este año execrable que se abre con un crimen y se cierra con un suplicio; mi historia tendrá un aspecto desparejo.

Y sin embargo, leyes miserables, hombres miserables, ¡no he sido un hombre malvado!

¡Oh! ¡Morir en pocas horas, y pensar que hace un año, un día como hoy, era libre y puro, daba mis paseos de otoño, erraba bajo los árboles, caminaba sobre las hojas!

XXXV

Hay en este mismo instante, muy cerca de mí, en estas casas que forman un círculo alrededor del Palacio de Justicia y de la Grève, y en París entero, hombres que van y vienen, conversan y ríen, leen el periódico, se ocupan de sus asuntos; comerciantes que venden; jovencitas que preparan sus vestidos de baile para esta noche; madres que juegan con sus hijos.

XXXVI

Recuerdo que un día, siendo niño, fui a ver la campana mayor de Notre- Dame.

Me sentía aturdido ya, tras subir la oscura escalera en caracol, tras haber recorrido la endeble galería que une las dos torres, tras haber tenido a París bajo mis pies, cuando entré en la caja de piedra y maderaje donde cuelga la campana con su badajo, que pesa un millar^[51].

Avancé temblando sobre las tablas mal ajustadas, mirando a corta distancia aquella campana tan famosa entre los niños y el pueblo de París, y percatándome, no sin espanto, de que los tejadillos cubiertos de pizarras cuyos planos inclinados rodean el campanario estaban al nivel de mis pies. En los intervalos veía, a vuelo de pájaro, en cierto modo, la plaza de Notre- Dame, y los transeúntes como hormigas.

De repente, tañó la enorme campana, una vibración profunda removi6 el aire e hizo oscilar la pesada torre. El suelo saltaba sobre las vigas. El ruido estuvo a punto de derribarme; me tambaleé, a punto de caer, a punto de deslizarme sobre los tejadillos de pizarras inclinadas. Aterrorizado, me acosté sobre las tablas, me abracé fuertemente a ellas, sin palabras, sin aliento, con ese formidable tañido en mis oídos y ese precipicio bajo los ojos, esa plaza profunda donde se cruzaban tantos caminantes apacibles y envidiados.

Pues bien, me parece que estoy todavía en la torre de la campana mayor. Todo es a la vez un aturdimiento y un

⁵¹ Mil libras, es decir, quinientos kilos. (*N. del E.*)

deslumbramiento. Hay como un ruido de campana que sacude las cavidades de mi cerebro; y a mi alrededor ya no puedo ver esa vida plana y tranquila que he dejado (y por la cual los demás hombres aún deambulan) más que de lejos y a través de las grietas de un abismo.

XXXVII

El ayuntamiento es un edificio siniestro.

Con su techo agudo y rígido, su pequeño campanario curioso, su gran reloj blanco, sus pisos de columnas cortas, sus mil ventanas, sus escaleras gastadas por los pasos, sus dos arcos a derecha e izquierda, se encuentra al mismo nivel que la Grève; sombrío, lúgubre, la fachada carcomida por la vejez, y tan negro que se ve negro a la luz del sol.

Los días de ejecución, vomita gendarmes por todas sus puertas, y observa al condenado con todas sus ventanas.

Y en la noche, el reloj, que ha marcado la hora, permanece luminoso sobre la fachada tenebrosa.

XXXVIII

Es la una y cuarto.

Esto es lo que siento ahora: Un violento dolor de cabeza.

Los riñones fríos, la frente hirviendo. Cada vez que me levanto o me inclino, me parece que hay un líquido en mi cerebro que golpea mis sesos contra las paredes del cráneo.

Tengo estremecimientos convulsivos, y de vez en cuando la pluma se me cae de las manos como por una sacudida galvánica.

Los ojos me escuecen como si me encontrara en medio del humo. Me duelen los codos.

Dos horas y cuarenta y cinco minutos más, y estaré curado.

XXXIX

Dicen que no es nada, que uno no sufre, que es un fin dulce, que la muerte, de esta forma, se simplifica mucho.

¡Eh! Y ¿qué significa entonces esta agonía de seis meses y el estertor de un día entero? ¿Qué significan las angustias de este día irreparable, que corre tan lento y tan veloz? ¿Qué significa esta escalera de torturas que desemboca en un cadalso?

Aparentemente, a eso no lo llaman sufrir.

¿Acaso no siento ahora el mismo estremecimiento que cuando la sangre se consume gota a gota o cuando la inteligencia se apaga pensamiento a pensamiento?

Y además, ¿cómo pueden estar seguros de que no se sufre? ¿Quién se lo ha dicho? ¿O es que quizá alguna vez han visto levantarse una cabeza cortada, bañada en sangre, que desde el borde del cesto haya gritado al pueblo: «¡Esto no duele!»?

¿Acaso algún guillotinado ha regresado, agradecido asegurando: «Qué buen invento. Sigán adelante. La mecánica es magnífica»? ¿Robespierre? ¿Luis XVI?

¡Nada de eso! En menos de un minuto, en menos de un segundo, la cosa se termina. ¿Acaso se han puesto jamás, cuando menos de pensamiento, en el lugar de quien está allí, en el momento en que el pesado filo que cae muerde la piel, rompe los nervios, destroza las vértebras...? ¡Nada! ¡Medio segundo! El dolor es escamoteado... ¡Qué horror!

XL

Es extraño que piense sin cesar en el rey. Por más que in-
tente evitarlo, por más que sacuda la cabeza, hay una voz que
me dice al oído:

—Hay en esta ciudad, a esta misma hora y no lejos de aquí,
en otro palacio, un hombre que tiene también guardias en todas
sus puertas, un hombre único entre el pueblo, como tú, con la
diferencia de que este hombre está arriba del todo, mientras
que tú estás abajo. Su vida entera, minuto a minuto, no es más
que gloria, grandeza, delicias, embriaguez. Todo a su alrededor
es amor, respeto, veneración. Las voces más altas se convierten
en susurros para hablarle y las frentes más orgullosas se incli-
nan. Ante sus ojos, no hay más que oro y seda. A esta misma
hora, celebra algún consejo de ministros en el cual todos son
de su parecer, o bien piensa en la caza de mañana, en el baile
de esta noche, seguro de que la fiesta llegará puntual y dejando
a los demás el trabajo de sus placeres. Pues bien, este hombre

es de carne y hueso, como tú. Y para que en este mismo instante se derrumbara el cadalso, para que todo te fuera devuelto, vida, libertad, fortuna, familia, bastaría con que ese hombre escribiese con esta pluma las siete letras^[52] de su nombre sobre un trozo de papel, o que su carroza se topara con tu carreta. ¡Y es un hombre bueno, y quizá no exigiría más, aunque nada de eso sucederá!

XLI

¡Pues bien! Tengamos coraje frente a la muerte, tomemos esta espantosa idea con ambas manos y mirémosla a la cara. Pidámosle cuentas de lo que es, sepamos lo que nos reclama, démosle la vuelta en todos los sentidos, deletreemos el enigma, y miremos de antemano nuestra tumba.

Me parece que, en cuanto se cierren mis ojos, veré una inmensa claridad y abismos de luz por los cuales mi espíritu rodará sin fin. Me parece que el cielo será luminoso por su propia esencia, que los astros serán en él manchas oscuras, y que en lugar de ser, como son para los ojos vivos, lentejuelas de oro sobre terciopelo negro, parecerán puntos negros sobre un telón dorado.

O acaso, miserable de mí, será un horrible abismo, profundo, con paredes tapizadas de tinieblas, por el cual caeré sin

⁵² El condenado espera que el rey Carlos X (Charles) escriba las siete letras de su nombre, lo cual significará que ha firmado la medida de gracia. (*N. del E.*)

cesar mientras veo formas removerse en la sombra.

O bien me despertaré tras el golpe, y me encontraré quizá sobre una superficie plana y húmeda, arrastrándome en la oscuridad y girando sobre mí mismo como una cabeza que rueda. Me parece que habrá un viento fuerte que me estremecerá, y que me hará chocar aquí y allá contra otras cabezas rodantes. Habrá en ciertos lugares charcas y riachuelos de un líquido desconocido y tibio; todo estará oscuro. Cuando mis ojos, en su rotación, giren hacia arriba, no verán más que un cielo de sombras cuyas capas espesas pesarán sobre ellos, y lejos, al fondo, grandes arcos de humo más negros que las tinieblas. Verán también pequeños destellos rojos revolotear en la noche, los cuales, al acercarse, se transformarán en pájaros de fuego. Y así será por toda la eternidad.

Es también posible que en ciertas fechas los muertos de la Grève se reúnan sobre esta plaza que les pertenece. Será una multitud pálida y ensangrentada, y yo no faltaré. No habrá luna, y hablaremos en voz baja. El ayuntamiento estará allí, con su fachada carcomida, su techo desmenuzado, y su reloj que no habrá tenido piedad de nadie. Habrá sobre la plaza una guillotina del infierno con la que un demonio ejecutará a un verdugo; aquello será a las cuatro de la mañana. En cuanto a nosotros, esta vez seremos el público.

Es probable que así ocurra. Pero si esos muertos regresan, ¿bajo qué forma lo hacen? ¿Qué conservan de su cuerpo incompleto y mutilado? ¿Qué escogen? ¿Es la cabeza o el tronco el espectro?

¡Ay! ¿Qué hace la muerte con nuestra alma? ¿Qué naturaleza le deja? ¿Qué puede darle, qué puede quitarle? ¿Dónde la pone? ¿Le presta ojos de carne de vez en cuando, para mirar

hacia la tierra y llorar?

¡Ah! ¡Un sacerdote! ¡Un sacerdote que lo sepa! ¡Quiero un sacerdote y un crucifijo para besarlo!

¡Dios mío, siempre lo mismo!

XLI

Le he pedido en mis rezos que me dejase dormir, y me he echado sobre mi cama.

En efecto, tenía un flujo de sangre en la cabeza que me ha hecho dormir. Es mi último descanso de esta clase.

He tenido un sueño^[53].

He soñado que era de noche. Me parecía que estaba en mi despacho con dos o tres de mis amigos, no recuerdo cuáles.

Mi mujer estaba acostada en nuestra habitación, justo al lado, y dormía con su niña.

Mis amigos y yo hablábamos en voz baja, y lo que decíamos nos asustaba.

De repente, me pareció oír un ruido que venía de alguna de las otras estancias del piso. Un ruido débil, extraño, indeterminado.

Mis amigos también lo habían oído. Escuchamos: era como

⁵³ Nueva referencia autobiográfica recogida por su hija Adèle en su diario.
(*N. del E.*)

una cerradura que se abre lentamente, como un pestillo que alguien levanta sin hacer ruido.

Algo nos paralizaba: teníamos miedo. Pensábamos que quizá se tratara de ladrones que se habían introducido en mi casa a esa hora tan avanzada de la noche.

Resolvimos ir a echar un vistazo. Me levanté, cogí la vela. Mis amigos me seguían, uno detrás del otro.

Atravesamos la habitación de al lado. Mi mujer dormía con su niña.

Enseguida llegamos al salón. Nada. Los retratos estaban inmóviles en sus marcos dorados y sobre la colgadura roja. Me pareció que la puerta que daba del salón al comedor no estaba en su posición habitual.

Entramos al comedor; lo cruzamos lentamente. Yo iba delante. La puerta de la escalera estaba bien cerrada, también las ventanas. Al llegar cerca de la estufa, vi que el ropero estaba abierto, y que la puerta de este armario estaba cubriendo la esquina, como para esconderla.

Eso me sorprendió. Pensamos que había alguien detrás.

Acerqué la mano a la puerta e intenté cerrarla; se resistió. Asombrado, tiré con más fuerza, la puerta cedió bruscamente, y descubrimos a una viejecita, inmóvil, de pie, con las manos colgando y los ojos cerrados, y como adherida a la esquina.

Aquello tenía algo de espantoso, y los pelos se me pusieron de punta con tan sólo pensarlo.

Pregunté a la vieja:

—¿Qué hace usted ahí? Ella no respondió.

Le pregunté:

—¿Quién es usted?

Ella no respondió, no se movió, y permaneció con los ojos cerrados. Mis amigos dijeron:

—Seguramente es la cómplice de los que entraron con malas intenciones; habrán escapado al oírnos venir; ella no ha podido huir y se ha escondido aquí.

La he interrogado de nuevo, ella continuaba sin voz, sin movimiento, sin mirada.

Uno de nosotros la ha empujado, y la vieja ha caído.

Ha caído de una pieza, como un pedazo de madera, como algo muerto.

La hemos sacudido con el pie, y después dos de nosotros la hemos levantado y apoyado de nuevo contra la pared. Ella no ha dado ninguna señal de vida. Le hemos gritado al oído, y ella ha permanecido muda, como si estuviera sorda.

Mientras tanto, íbamos perdiendo la paciencia, y había algo de cólera en nuestro terror. Uno de ellos me ha dicho:

—Acérquele la vela a la barbilla.

Le he puesto la mecha encendida bajo la barbilla. Entonces, ella ha abierto un ojo a medias, un ojo vacío, apagado, horrible, que no miraba.

He retirado la llama y le he dicho:

—¡Ah, por fin! ¿Ahora vas a responder, vieja bruja? ¿Quién eres? El ojo se ha vuelto a cerrar como por sí solo.

—Una vez no basta —han dicho los otros—. ¡De nuevo la vela! ¡De nuevo!

Tendrá que hablar.

He vuelto a poner la vela bajo la barbilla de la vieja.

Entonces, ella ha abierto los dos ojos lentamente, nos ha mirado uno por uno, y enseguida, inclinándose bruscamente, ha apagado la vela con un soplo helado. En el mismo instante he sentido, en las tinieblas, tres dientes agudos clavándose en mi mano.

Me he despertado tembloroso y bañado en sudor frío.

El buen capellán estaba sentado al pie de mi cama, y me leía oraciones.

—¿He dormido mucho tiempo? —le he preguntado.

—Hijo mío —me ha dicho—, has dormido una hora. Te han traído a tu hija. Está en la estancia contigua, y te espera. No he querido que te despertasen.

—¡Oh! —he exclamado—. ¡Mi hija, que me traigan a mi hija!

XLIII

¡Ella es fresca, sonrosada, tiene unos ojos grandes, es hermosa! Le han puesto un vestidito que le queda bien.

La he cogido, la he levantado en mis brazos, la he sentado sobre mis rodillas, he besado sus cabellos.

¿Por qué no ha venido con su madre? Su madre está enferma, también su abuela. Muy bien.

Me miraba con cara de asombro; yo la acariciaba, la abrazaba, la devoraba a besos, y ella me dejaba hacer pero echaba de vez en cuando dirigida una mirada inquieta a su ama, que lloraba en la esquina.

Por fin he podido hablar.

—¡Marie! —le he dicho—. ¡Mi pequeña Marie!

La he estrechado con violencia contra mi pecho inflamado de suspiros. Ella ha soltado un gritito.

—¡Oh! Me hace usted daño, señor —me ha dicho.

¡«Señor»! Va a cumplir un año sin haberme visto, la pobre niña. Me ha olvidado: rostro, voz, acento; además, ¿quién me reconocería con esta barba, estos andrajos, esta palidez? ¡Me han borrado ya de esta memoria, la única en la que me hubiese gustado vivir! ¡Ya no soy padre! Ser condenado a no escuchar jamás esa palabra, esa palabra de la lengua de los niños, tan dulce que no puede permanecer en la lengua de los hombres: ¡«Papá»!

Y sin embargo, oírla de esta boca una vez más, una tan sólo, eso es todo lo que hubiese pedido a cambio de los cuarenta años de vida que me quitan.

—Escucha, Marie —le he dicho juntando sus pequeñas manos entre las mías—, ¿acaso no me reconoces?

Ella me ha mirado con sus ojos bellos y ha respondido:

—¡Pues no!

—Mírame bien —he repetido—. ¿No sabes quién soy?

—Sí —ha dicho—. Un señor.

¡Ay! ¡Amar con tanto ardor a un solo ser en el mundo,

amarlo con todo el amor, tenerlo enfrente, que te vea y te observe, que te hable y te responda, y no te reconozca! ¡No querer más consolación que la suya, y que sólo él ignore cuánto lo necesitas porque vas a morir!

—Marie —he continuado—, ¿tienes un papá?

—Sí, señor —ha dicho la niña.

—Pues bien, ¿dónde está?

Ella ha levantado sus ojos grandes y asombrados.

—¿Acaso usted no lo sabe? Está muerto.

Después ha gritado; he estado a punto de dejarla caer.

—¡Muerto! —decía yo—. Marie, ¿sabes lo que es estar muerto?

—Sí, señor —ha respondido—. Él está en la tierra y en el cielo. Y enseguida:

—En las mañanas y en las noches, sobre las rodillas de mamá, ruego a Dios por él.

La he besado en la frente.

—Marie, dime tu oración.

—No puedo, señor. Las oraciones no se dicen durante el día. Venga esta noche a casa, se la diré entonces.

Eso era demasiado para mí. La he interrumpido:

—Marie, tu papá soy yo.

—¡Ah! —me ha dicho ella. He añadido:

—¿Quieres que sea tu papá?

La niña se ha vuelto.

—No, mi papá era mucho más guapo.

La he cubierto de besos y de lágrimas. Ella ha intentado apartarse de mis brazos mientras gritaba:

—Me hace daño con su barba.

Entonces la he acomodado sobre mis rodillas, sin quitarle los ojos de encima, y después la he interrogado:

—Marie, ¿sabes leer?

—Sí —ha respondido—. Sé leer muy bien. Mamá me hace leer mis cartillas.

—Veamos, lee un poco —le he dicho mostrándole un papel que llevaba arrugado en una de sus manitas.

Ella ha negado con su bella cabecita.

—¡Ah! Sólo sé leer fábulas.

—Inténtalo de todas formas. Vamos, lee.

Ella ha extendido el papel y se ha puesto a deletrear con el dedo:

—Ese, e, ene, sen; te, e, ene, ten; ce, i, a... Sentencia...

Se lo he arrancado de las manos. Era mi sentencia de muerte lo que me leía. Su ama había conseguido el papel por un cuarto. A mí, en cambio, me resultaba mucho más caro.

No tengo palabras para describir lo que siento. Mi violencia la había asustado; Marie estaba a punto de llorar. De repente, me ha dicho:

—¡Devuélvame mi papel! Es para jugar... Se lo he devuelto a su ama.

—Llévesela.

Y de nuevo he caído sobre mi silla, vacío, melancólico, desesperado. Es ahora cuando deberían venir; ya nada me importa; se ha roto la última fibra de mi corazón. Estoy dispuesto para lo que van a hacerme.

XLIV

El sacerdote es un buen hombre, también el gendarme. Creo que han derramado una lágrima cuando he dicho que se llevarsen a mi niña.

Ya está. Ahora es preciso que me endurezca, que piense con fuerza en el verdugo, en la carreta, en los gendarmes, en la multitud sobre el puente, en la multitud del muelle, en la multitud en las ventanas, y en aquello que ha sido puesto especialmente para mí sobre la lúgubre plaza de la Grève, que bien podría estar adoquinada con las cabezas que ha visto caer.

Creo que todavía me queda una hora para acostumbrarme a todo eso.

XLV

Todo el pueblo reirá, tocará palmas, aplaudirá. Y entre todos los hombres, libres y desconocidos para los carceleros, que corren llenos de alegría a ver la ejecución, en esa multitud que cubrirá la plaza, habrá más de una cabeza predestinada que

tarde o temprano sucederá a la mía en la canasta roja. Más de uno de los que vienen por mí vendrá por sí mismo.

Para estos seres fatales hay, en cierto punto de la plaza de la Grève, un lugar fatal, un centro de gravedad, una trampa. Giran a su alrededor hasta que caen en él.

XLVI

¡Mi pequeña Marie! Se la han llevado a jugar; ella observa a la multitud a través del coche, y ya no piensa más en «ese señor».

Tal vez tenga todavía tiempo de escribir algunas páginas para ella, para que un día las lea, para que en quince años lllore por el día de hoy.

Sí, es preciso que sepa mi historia por mi boca, que sepa por qué está ensangrentado el apellido que le dejo.

XLVII

MI HISTORIA

Nota del editor: Aún no se han podido encontrar los folios que acompañaban a éste. Quizá, como parecen indicarlo los siguientes, el condenado no ha tenido tiempo de escribirlos. Cuando se le ocurrió la idea, era demasiado tarde.

XLVIII

En una habitación del Ayuntamiento

¡Del Ayuntamiento! Así que aquí estoy. El execrable trayecto ya está hecho. Ahí está la plaza, y bajo la ventana el pueblo horrible que ladra, y me espera, y ríe.

Por más que me haya endurecido, por más crispado que esté, el corazón me ha flaqueado. He solicitado hacer una última declaración. Me han dejado aquí, y han ido a buscar a uno de los procuradores del rey. Lo espero: al menos eso he ganado.

Ha ocurrido así:

Cuando daban las tres, han venido a advertirme de que ya era la hora. He temblado como si hubiera pensado en otra cosa en las últimas seis horas, seis semanas, seis meses. Esas palabras han producido en mí el efecto de algo inesperado.

Me han hecho atravesar sus corredores y descender por sus escaleras. Me han empujado entre dos calabozos de la planta baja, hacia un salón sombrío, estrecho, abovedado, apenas iluminado por un día de lluvia y de niebla. Había una silla en el centro. Me han dicho que me sentara; me he sentado.

Cerca de la puerta y a lo largo de los muros había gente de pie, además del sacerdote y el gendarme, y había tres hombres también.

El primero, el más grande y viejo, era gordo y tenía la cara colorada. Llevaba un redingote y un sombrero deforme de tres picos. Era él.

Era el verdugo, el mozo de la guillotina. Los otros dos eran

sus lacayos.

Tan pronto como me he sentado, los otros dos se me han acercado por detrás, como gatos, y después, de repente, he sentido un frío de acero entre mi pelo, y las tijeras han chirriado junto a mis orejas.

Mi pelo, cortado al azar, caía en grandes mechassobre mis hombros, y el hombre del sombrero de tres picos las sacudía suavemente con su gruesa mano.

Alrededor se hablaba en voz baja.

Había mucho ruido fuera, como un estremecimiento que ondulaba en el aire. He creído al principio que era el río; pero, ante el estallido de las carcajadas, me he dado cuenta de que era la multitud.

Un joven, que escribía con un lápiz sobre una carpeta, cerca de la ventana, ha preguntado a uno de los carceleros cómo se llamaba lo que estaban haciendo.

—La limpieza del condenado —ha respondido el otro.

He comprendido que todo esto saldría mañana en el periódico.

De repente, uno de los mozos me ha quitado la chaqueta y el otro ha tomado mis manos laxas, me las ha llevado detrás de la espalda, y he sentido los nudos de una cuerda enrollarse lentamente sobre mis muñecas. Al mismo tiempo, el otro me deshacía la corbata. Mi camisa de batista, el único jirón que me quedaba del yo de antaño, le ha hecho, de algún modo, dudar un instante; enseguida se ha puesto a cortarla por el cuello.

Ante esta precaución horrible, ante el sobrecogimiento producido por el acero que me tocaba el cuello, mis codos se han

estremecido, y he dejado escapar un gemido ahogado. La mano de mi ejecutor ha temblado.

—¡Perdón, señor! —me ha dicho—. ¿Le he hecho daño? Estos verdugos son hombres muy dulces.

Fuera, la multitud gritaba con más fuerza.

El gordo de rostro granujiento me ha dado a respirar un pañuelo empapado en vinagre.

—Gracias —le he dicho, con la voz más fuerte que he podido—, pero es inútil; me encuentro bien.

Entonces, uno de ellos se ha agachado y me ha atado ambos pies por medio de una cuerda fina y floja que no me permitía dar más que pasos muy cortos. Esta cuerda ha venido a unirse a la de mis manos.

Enseguida, el gordo me ha echado la chaqueta sobre los hombros y ha anudado las mangas bajo mi mandíbula. Su trabajo allí había concluido.

Sólo entonces el sacerdote se ha acercado con su crucifijo.

—Vamos, hijo mío —me ha dicho.

Los mozos me han tomado por las axilas. Me he levantado, he caminado. Mis pasos blandos se doblaban como si tuviera dos rodillas en cada pierna.

En ese momento, la puerta exterior se ha abierto de par en par. Un clamor furioso y el aire frío y la luz blanca han irrumpido en la sombra donde yo estaba. Desde el fondo del calabozo oscuro, a través de la lluvia, he visto, bruscamente y a la vez, las mil cabezas vociferantes del pueblo amontonadas en desorden sobre la rampa de la escalera principal del Palacio; a la derecha, al mismo nivel del umbral, una fila de caballos de

gendarmes, de los cuales la puerta baja no me dejaba ver más que las patas delanteras y el pecho; enfrente, un destacamento de soldados en línea de combate; a la izquierda, la parte trasera de una carreta, a la cual se apoyaba una escalera raída. Era un cuadro espantoso, convenientemente enmarcado por una puerta de prisión.

Era para ese temido instante que yo había guardado todo mi coraje. He dado tres pasos y he aparecido en el umbral del calabozo.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —ha gritado la multitud—. ¡Ya sale! ¡Por fin!

Y los que estaban más cerca de mí aplaudían. Por más amado que fuera un rey, no habría tanta fiesta.

Era una carreta ordinaria, con un caballo hético y un carretero de blusón azul con dibujos rojos como los que llevan los hortelanos de los alrededores de Bicêtre.

El gordo del sombrero de tres picos ha subido el primero.

—¡Buenos días, señor Sanson!^[54] —gritaban los niños, colgados de las rejas. Un mozo lo ha seguido.

—¡Bravo, Martes! —han gritado de nuevo los niños.

Los dos se han sentado en la banqueta delantera. Era mi turno. He subido con paso bastante firme.

—¡El hombre está de buen ver! —ha dicho una mujer junto a los gendarmes.

⁵⁴ Célebre apellido de una familia de verdugos. Ver nota en el *Prefacio de 1832*. (N. del E.)

Este atroz elogio me ha dado valor. El sacerdote ha venido a ubicarse cerca de mí. Me habían sentado sobre la banqueta trasera, de espaldas al caballo. Esta última atención me ha estremecido.

Esta gente emplea mucha humanidad en lo que hace.

He querido mirar a mi alrededor. Gendarmes delante, gendarmes atrás; después, multitud, multitud y multitud; un mar de cabezas sobre la plaza.

Un piquete de gendarmes a caballo me esperaba en la puerta de la reja del Palacio.

El oficial ha dado la orden. La carreta y su cortejo se han puesto en movimiento, como empujadas hacia delante por el grito del populacho.

Hemos franqueado la reja. Tan pronto como la carreta ha girado hacia el Pont-au-Change, la plaza ha estallado en gritos, de los adoquines a los tejados, y los puentes y los muelles han respondido imitando un terremoto.

Es allí donde se ha unido a la escolta el piquete que aguardaba.

—¡Abajo los sombreros! ¡Abajo los sombreros! —gritaban mil bocas a la vez. Como si fuese el rey.

Entonces también yo he reído horriblemente, y le he dicho al sacerdote:

—Ellos los sombreros, yo la cabeza. Íbamos al paso.

El muelle de las Flores olía a lavanda; era día de mercado. Los comerciantes abandonaban sus ramos por mí.

Al frente, poco antes de la torre cuadrada que forma la

esquina del Palacio, había tabernas cuyos entresuelos estaban llenos de espectadores contentos de estar tan bien situados. Mujeres, sobre todo. Debe de ser un buen día para los taberneros.

Se alquilaban mesas, sillas, andamios, carretas. Todo estaba invadido de espectadores. Los mercaderes de sangre humana gritaban a voz en grito:

—¿Quién quiere un sitio?

Me he sentido lleno de rabia contra esta gente. He tenido ganas de gritarles:

—¿Quién quiere el mío?

Mientras tanto, la carreta avanzaba. A cada paso que daba, la multitud se dispersaba tras ella; y yo, con mis ojos extraviados, la veía recomponerse más lejos, sobre otros puentes por los que habría de pasar.

Al entrar en el Pont-au-Change, he echado una mirada azarosa a la derecha, detrás de mí. Mi mirada se ha detenido en el otro muelle, encima de las casas, sobre una torre negra, aislada, erizada de esculturas, en cuya cúspide podía ver dos monstruos de piedra sentados de perfil. No sé por qué le he preguntado al sacerdote de qué lugar se trataba.

—Saint-Jacques de la Degollina^[55] —ha respondido el verdugo.

Ignoro cómo es que me sucedía aquello; en medio de la

⁵⁵ Se hace referencia al campanario gótico de la iglesia de Saint-Jacques. Le viene el nombre de la antigua carnicería que había junto a ella y que fue demolida en 1803 con motivo de la construcción de la Place du Châtelet. (*N. del E.*)

bruma, y a pesar de la lluvia fina y blanca que rayaba el aire como una red de telarañas, nada de lo que ocurría a mi alrededor se me escapaba. Cada uno de esos detalles me aportaba su tortura. Las emociones carecían de palabras.

Hacia la mitad de aquel Pont-au-Change, tan grande y atestado que apenas podíamos avanzar, el horror se ha apoderado de mí con violencia. He tenido miedo de desfallecer, ¡vanidad última! Entonces me he adormecido para no escuchar nada salvo las palabras del sacerdote, que a duras penas me llegaban entrecortadas de rumores.

He cogido el crucifijo y lo he besado.

—¡Ten piedad de mí, Dios mío! —he dicho.

Y he intentado hundirme en este pensamiento.

Pero cada tumbo de la tosca carreta me sacudía. Enseguida he sentido un súbito frío intenso. La lluvia había atravesado mis vestidos, y a través de mi pelo corto me mojaba la piel de la cabeza.

—¿Tiemblas de frío, hijo mío? —me ha preguntado el sacerdote.

—Sí —he contestado.

¡Ay de mí! No sólo de frío^[56].

A la vuelta del puente, unas mujeres me han compadecido por ser tan joven.

Entonces, hemos tomado el muelle fatal. Yo empezaba a

⁵⁶ Según el anecdotario histórico, Malesherbes, el abogado de Luis XVI, habría respondido a preguntas de su verdugo que si temblaba, era de frío. (*N. del E.*)

dejar de ver, a dejar de oír. Todas esas voces, todas esas cabezas en las ventanas, en las puertas, en las rejas de los almacenes, en los brazos de los faroles; esos espectadores ávidos y crueles; esa multitud que me conoce y de la que no conozco a nadie; esta calle adoquinada y emparedada con rostros humanos... Me sentía ebrio, estupefacto, insensible. Es algo insoportable, el peso de tantas miradas apoyadas sobre uno mismo.

Así pues, vacilaba sobre el banco, y ni siquiera al sacerdote ni al crucifijo les prestaba atención.

En medio del tumulto que me envolvía, ya no distinguía los gritos de piedad de los de alegría, las risas de los lamentos, las voces del ruido; todo era un rumor que resonaba en mi cabeza como el eco en una marmita.

Mis ojos leían mecánicamente los rótulos de las tiendas.

En un momento dado, he sentido la extraña curiosidad de girar la cabeza y mirar hacia dónde avanzaba. Era una última bravata de la inteligencia. Pero el cuerpo no me ha obedecido; mi nuca ha permanecido paralizada, como muerta de antemano.

Tan sólo he podido entrever, de lado, a mi izquierda, más allá del río, la torre de Notre-Dame, la cual, vista desde ese punto, esconde la otra. Es aquella en la que está la bandera. Había mucha gente; debían de tener una buena vista.

Y la carreta seguía, seguía, y las tiendas pasaban, y los rótulos se sucedían, escritos, pintados, dorados, y el populacho reía y pataleaba en el barro, y me he abandonado, como se abandonan al sueño quienes se adormecen.

De repente, la serie de tiendas que ocupaba mi mirada se ha cortado en la esquina de una plaza; la voz de la multitud se

ha vuelto más vasta, más vocinglera, más alegre todavía; la carreta se ha detenido súbitamente, y he estado a punto de caer de bruces contra el tablado. El sacerdote me ha sostenido.

—¡Valor! —ha murmurado.

Entonces han traído una escalera a la parte trasera de la carreta; el sacerdote me ha ofrecido su brazo, he bajado, enseñuida he dado un paso, me he dado la vuelta para dar otro, pero no lo he logrado. Entre los dos faroles del muelle, he visto una cosa siniestra.

¡Era la realidad!

Me he detenido, como si ya me tambaleara por el golpe.

—¡Quiero hacer una última declaración! —he gritado frágilmente. Me han subido aquí.

He pedido que me dejasen escribir mis últimas voluntades. Me han desatado las manos, pero la cuerda está aquí, muy cerca, y el resto está más abajo.

XLIX

Un juez, un comisario, un magistrado, no sé de qué especie, acaba de venir. Le he solicitado mi indulto juntando ambas manos y arrastrándome de rodillas. Me ha preguntado, con una sonrisa fatal, si eso es todo lo que tenía que decirle.

—¡El indulto! ¡El indulto! —he repetido—. ¡O cinco minutos más, por piedad!

¿Quién sabe? ¡Tal vez me lo concedan! ¡A mi edad es tan

horrible morir así! A menudo se han visto indultos que llegan en el último momento. Y ¿quién merece el indulto, señor, más que yo?

¡Este execrable verdugo! Se ha acercado al juez para decirle que la ejecución debe hacerse a cierta hora, que la hora se acerca, que él es el responsable, y que además llueve y aquello podría oxidarse.

—¡Eh, por piedad! ¡Un minuto^[57] para esperar mi indulto!
¡O me defiende! ¡Muerdo!

El juez y el verdugo han salido. Estoy solo. Solo con dos gendarmes.

¡Oh! El pueblo horrible con sus gritos de hiena. ¿Quién sabe si no podré escapar de él? ¿Si no seré salvado? ¿Si mi indulto...? ¡Es imposible que no me indulten!

¡Ah, miserables! Me parece que suben por la escalera...
LAS CUATRO.

⁵⁷ Se trata de una alusión a los gritos desesperados de madame du Barry, vieja cortesana de Luis XVI, guillotizada durante la Revolución: «¡Un minutito más, señor verdugo!». (*N. del E.*)

UNA COMEDIA
A PROPÓSITO DE UNA TRAGEDIA [58]

Personajes

MADAME DE BLINVAL

EL CABALLERO

ERGASTE

UN POETA ELEGÍACO

UN FILÓSOFO

UN SEÑOR GORDO

UN SEÑOR FLACO

MUJERES

UN LACAYO

⁵⁸ Hemos considerado oportuno reproducir a continuación esta especie de prefacio dialogado, y que acompañaba la tercera edición de *Último día de un condenado a muerte*. Es preciso recordar, al leerla, en medio de qué objeciones políticas, morales y literarias fueron publicadas las primeras ediciones de este libro

UN SALÓN

UN POETA ELEGÍACO, *leyendo*

Al día siguiente, unos pasos atravesaban el bosque,
un perro erraba a lo largo del río entre ladridos:
y cuando la doncella llorosa
volvió a sentarse, preso el corazón de zozobra,
sobre la vieja torre del antiguo castillo,
oyó a la corriente gemir, la triste Isaura,
más nunca más pudo oír
la mandora del trovador gentil.

EL AUDITORIO EN PLENO

¡Bravo! ¡Fascinante! ¡Arrebatador!

Aplausos

MADAME DE BLINVAL

Hay en este final un misterio indefinible que hace brotar las
lágrimas de los ojos.

EL POETA ELEGÍACO, *modestamente*

La catástrofe queda disimulada.

EL CABALLERO, *moviendo la cabeza*

¡Mandora, trovador, eso es romanticismo!

EL POETA ELEGÍACO

Sí, señor, pero un romanticismo razonable, el verdadero romanticismo. ¿Qué quiere? Hay que hacer algunas concesiones.

EL CABALLERO

¡Concesiones, concesiones! Así es como se pierde el gusto. Regalaría todos los versos románticos a cambio sólo de esta cuarteta:

En nombre del Pindo y de Citera
Se le hace saber a Gentil Bernardo
que el Arte de Amar debe el sábado
cenar en casa del Arte de Agradar^[59].

¡He aquí la verdadera poesía! ¡«El Arte de Amar que cena el sábado en casa del Arte de Agradar»! ¡Magnífico! Pero hoy se habla de «la mandora, el trovador». Ya no se hacen «poesías fugitivas». Si yo fuese poeta, haría «poesías fugitivas». Pero no soy poeta, yo.

⁵⁹ J. P. Bernard, más conocido como Gentil-Bernard, poeta francés (1708-1775) nacido en Grenoble, autor de, entre otros poemas, *L'Art d'Aimer*. (*N. del E.*)

EL POETA ELEGÍACO

Sin embargo, las elegías...

EL CABALLERO

«Poesías fugitivas», señor. (*Aparte. A la señora de Blinval*). Y además, «castillo» no es francés, se dice *castel*.

ALGUIEN, *al poeta elegíaco*

Una observación, señor. Usted dice el «antiguo castillo», ¿por qué no el «gótico»?

EL POETA ELEGÍACO, *prosiguiendo*

Preste atención, señor, hay que limitarse. Yo no soy de esos que quieren destruir el verso francés y retrotraerse a la época de los Ronsard y Brébeuf⁶⁰. Yo soy un romántico, aunque moderado. Pasa como con las emociones. Las deseo dulces, soñadoras, melancólicas, pero jamás sangrientas u horripilantes. Ocultar las catástrofes. Sé que hay cierta gente, locos, imaginaciones en delirio que... Miren, señoras, ¿han leído la novela que acaba de aparecer?

⁶⁰ Pierre de Ronsard (1524-1585) y George de Brébeuf (1617-1661). Poetas franceses. El primero tiñe sus primeras obras de referencias horacianas, anacreónticas y petrarquistas hasta evolucionar a una poesía más personal. Brébeuf es sobre todo conocido por dos libros de poesía burlesca. (*N. del E.*)

LAS DAMAS

¿Qué novela?

EL POETA ELEGÍACO

Último día...

UN SEÑOR GORDO

¡Basta, caballero! Ya sé lo que queréis decir. El título solo ya me enerva.

MADAME DE BLINVAL

Y a mí también. Es un libro horrible. Lo tengo aquí.

LAS DAMAS

Veamos, veamos.

Se pasan el libro de mano en mano

ALGUIEN, *leyendo*

Último día de...

EL SEÑOR GORDO

¡Por favor, señora!

MADAME DE BLINVAL

En efecto, se trata de un libro abominable, un libro que provoca pesadillas, que pone enfermo.

UNA MUJER, *aparte*

Habrá que leerlo.

EL SEÑOR GORDO

Estarán de acuerdo conmigo en que las costumbres van deprav ndose día a día.  Dios mío!, pero qué idea tan horrible la de desarrollar, profundizar, analizar, uno tras otro, sin dejar ninguno de lado, todos los sufrimientos físicos, todas las torturas mentales que debe padecer un condenado a muerte el día de la ejecución.  No es atroz?  Ustedes entienden, señoras m as, que haya podido existir alguien que escribiera sobre esta idea y además un público para su autor?

EL CABALLERO

He aquí, en efecto, algo soberanamente impertinente.

MADAME DE BLINVAL

 Qui n es su autor?

EL SEÑOR GORDO

No consta el nombre en la primera edición.

EL POETA ELEGÍACO

Es uno que ya ha escrito dos novelas con anterioridad... A femía que he olvidado los títulos. La primera empieza en la morgue y acaba en la Grève. En cada capítulo aparece un ogro comiéndose a un niño.

EL SEÑOR GORDO

¿Usted la ha leído, señor?

EL POETA ELEGÍACO

Sí, señor. La acción tiene lugar en Islandia.

EL SEÑOR GORDO

¡En Islandia! ¡Es espantoso!

EL POETA ELEGÍACO

Ha compuesto además odas, baladas y no sé qué más, donde aparecen monstruos de cuerpos azules.

EL CABALLERO, *riendo*

¡Pardiez! La rima debe de resultar espantosa.

EL POETA ELEGÍACO

También ha publicado un drama, a eso se le llama drama,

donde encontramos este bonito verso: Mañana veinticinco de junio de mil seiscientos cincuenta y siete^[61].

ALGUIEN

¡Ah, ese verso!

EL POETA ELEGÍACO

También puede escribirse en cifras, vean, señoras: Mañana, 25 de junio 1657.

Ríe. Ríen

EL CABALLERO

Algo particular la poesía de hoy en día...

EL SEÑOR GORDO

¡Ah, eso! Ese hombre no sabe versificar. ¿Cómo se llama pues, de una vez?

EL POETA ELEGÍACO

Tiene un nombre tan difícil de recordar como de pronunciar. Tiene parte de godo, de visigodo y de ostrogodo. *Ríe*

⁶¹ El verso al que se hace referencia es del drama *Cromwell* (1827). Al año siguiente aparecieron compilados sus primeros poemas en *Odas y baladas*. Las dos primeras novelas a las que también se hace referencia en este fragmento son *Bug-Jargal* (1818) y *Han de Islandia* (1823)

MADAME DE BLINVAL

Es un villano.

EL SEÑOR GORDO

Es un hombre abominable.

UNA JOVEN

Alguien que lo conoce me ha dicho...

EL SEÑOR GORDO

¿Sabe usted de alguien que lo conoce?

LA JOVEN

Sí, y dice que es un hombre dulce, sencillo, que vive retirado y que pasa los días jugando con sus hijos.

EL POETA

Y sueña entre sombras con obras tenebrosas. Es curioso, me acaba de salir un verso de una forma completamente natural. Pero lo cierto es que aquí está el verso:

Y sueña entre sombras con obras tenebrosas.

Y con una buena cesura. Sólo queda encontrar la otra rima. ¡Pardiez! «Luctuosas».

MADAME DE BLINVAL

Quidquid tentabat dicere, versus erat^[62].

EL SEÑOR GORDO

Decía usted, pues, que el autor en cuestión tenía hijos pequeños. Imposible, señora, si ha escrito una obra así, ¡una novela tan atroz!

ALGUIEN

Pero, esta novela, ¿con qué fin la ha escrito?

EL POETA ELEGÍACO

¿Lo sé yo acaso?

UN FILÓSOFO

Según parece, con el fin de promover la abolición de la pena de muerte.

EL SEÑOR GORDO

¡Un horror, ya se lo digo yo!

⁶² *Quidquid tentabam dicere, versus erat*, «Todo lo que intentaba decir, me salía en verso». Ovidio, *Tristia*, IV, 10, 26. (*N. del E.*)

EL CABALLERO

¡Ah, eso! ¿Se trata entonces de un duelo con el verdugo?

EL POETA ELEGÍACO

Está terriblemente en contra de la guillotina.

UN SEÑOR FLACO

Yo me he fijado en esto de aquí: declamaciones.

EL SEÑOR GORDO

No. Apenas hay dos páginas en este texto sobre la pena de muerte. El resto son sólo sensaciones.

EL FILÓSOFO

He aquí el error. La materia exigía razonamiento. Un drama, una novela no demuestra nada. Y además, he leído el libro, y es malo.

EL POETA ELEGÍACO

¡Detestable! ¿Qué es lo que hay de arte en eso? Pasarse de la raya, armar un escándalo. ¿Que si conozco encima a ese criminal? Pues claro que no. ¿Qué ha hecho? Nadie sabe nada. Posiblemente sea un bribón. No tengo por qué interesarme por alguien que no conozco.

EL SEÑOR GORDO

No hay por qué someter a sus lectores a tormentos psíquicos. En las tragedias, se mata, ¡y qué! Eso no me importa. Pero esa novela hace que se erice el pelo, pone la carne de gallina, provoca pesadillas. Tuve que estar dos días en cama por haberla leído.

EL FILÓSOFO

Añada usted a eso que es un libro frío y calculado.

EL POETA

¡Un libro! ¡Un libro...!

EL FILÓSOFO

Sí. Y como decía usted hace un momento, señor, no hay nada en él de verdadera estética. No me interesan las abstracciones, las entidades puras. No veo por ningún lado una personalidad que pueda adecuarse a la mía. Y además, el estilo no es ni sencillo ni claro. Huele a arcaísmo. Está muy bien eso que decía usted, ¿no es cierto?

EL POETA

Sin duda, sin duda. No hacen falta individualidades.

EL FILÓSOFO

El condenado no es interesante.

EL POETA

Y ¿cómo podría interesar? Ha cometido un crimen y no siente remordimientos. Yo hubiese hecho todo lo contrario. Yo hubiese contado la historia de mi propio condenado: nacido de padres honrados. Una buena educación. Amor. Celos. Un crimen que no lo sea en realidad. Y además remordimientos, muchos remordimientos. Pero las leyes humanas son implacables: hace falta que muera. Y entonces hubiera tratado de mi idea de la pena de muerte. ¡Magnífico!

MADAME DE BLINVAL

¡Sí, sí!

EL FILÓSOFO

Perdón. El libro, tal y como lo entiendo, no demostraría nada. La particularidad no gobierna sobre la generalidad.

EL POETA

¡Y qué! Mejor aún; ¿por qué no haber elegido como héroe, por ejemplo a Malesherbes⁶³], al virtuoso Malesherbes, su último día, su suplicio? ¡Oh, qué espectáculo tan bello y noble! Yo hubiese llorado, me hubiese estremecido, hubiera querido subir

⁶³ Chrétien Guillaume de Lamoignon de Malesherbes, político ilustrado francés (París 1721-*id.* 1794), hijo del canciller Lamoignon. Secretario de la casa del rey con Luis XVI. Intentó mejorar el régimen policíaco y penitenciario, y la condición jurídica de protestantes y judíos. Tras la revolución, se encargó de la defensa de Luis XVI. Finalmente fue hecho preso y ejecutado. (*N. del E.*)

al patíbulo con él.

EL FILÓSOFO

Pues yo no.

EL CABALLERO

Ni yo. En el fondo, su señor de Malesherbes era un revolucionario.

EL FILÓSOFO

La decapitación de Malesherbes no demuestra nada en contra de la pena de muerte en general.

EL SEÑOR GORDO

¡La pena de muerte! ¿Por qué ocuparse de eso? ¿Qué les importa a ustedes la pena de muerte? Hace falta ser un mal nacido para venir con un libro así sobre la pena de muerte a provocarnos pesadillas.

MADAME DE BLINVAL

¡Sí, es un corazón malvado!

EL SEÑOR GORDO

Nos obliga a mirar en los calabozos, en los presidios, en Bicêtre. Es muy desagradable. Ya sabemos que son cloacas. Pero

¿eso qué le importa a la sociedad?

MADAME DE BLINVAL

Los que hicieron las leyes no eran precisamente niños.

EL FILÓSOFO

Sin embargo, presentando los hechos tal y como son en la realidad...

EL SEÑOR FLACO

Eso es justamente lo que falta, la verdad. ¿Qué pretende usted que sepa un poeta acerca de semejante materia? Habría que ser por lo menos procurador del rey. Miren: he leído en una reseña de ese libro que publicó un periódico que el condenado no dice nada cuando le leen su condena de muerte. Pues bien, yo mismo pude ver a un condenado que, en el momento en cuestión, lanzó un grito descomunal.

EL FILÓSOFO

Permítame...

EL SEÑOR FLACO

Piensen, señores, en la guillotina, en la Grève... Eso es de mal gusto. La prueba es que parece un libro que corrompe el gusto, y que les imposibilita para sentir las emociones puras, frescas, cándidas. ¿Cuándo, pues, se alzarán los defensores de la

literatura sana? A mí me gustaría ser, y mis informes requisitorios me darían quizá ese derecho, miembro de la Academia francesa... ¡Pero he aquí al señor Ergaste, uno de ellos! ¿Qué piensa usted de *Último día de un condenado a muerte*?

ERGASTE

A fe mía, señor, que no lo he leído ni lo leeré. El caso es que cenaba yo ayer en casa de la señora de Sénange y la marquesa de Morival le hablaba de ello al duque de Melcour. Se dice que despotrica de la magistratura y sobre todo del presidente de Alimont. El abad de Floricour también se mostraba indignado. Parece que hay un capítulo en contra de la religión, y otro en contra de la monarquía. ¡Si yo fuera procurador del rey...!

EL CABALLERO

Pues sí, ¡procurador del rey! ¡Y la constitución! ¡Y la libertad de prensa! Sin embargo, convendrá en que es odioso que un poeta quiera suprimir la pena de muerte. ¡Seguro que durante el antiguo régimen iban a permitir publicar un libro contra la tortura...! Pero después de la toma de la Bastilla, se puede escribir de todo. Los libros hacen un mal terrible.

EL SEÑOR GORDO

Terrible. Estábamos tan tranquilos sin pensar en nada... Es cierto que de vez en cuando se cortaba alguna cabeza en algún que otro lugar de Francia, a lo sumo dos por semana. Nadie decía nada. Nadie pensaba en ello. De ningún modo. Y he aquí un libro... ¡Un libro que da unos dolores de cabeza terribles!

EL SEÑOR FLACO

¡La causa que un jurado condena después de haberlo leído!

ERGASTE

¡Y que confunde a las conciencias!

MADAME DE BLINVAL

¡Ah, los libros, los libros! ¿Quién hubiera dicho eso de una novela?

EL POETA

Es cierto que los libros son muy a menudo un veneno subversivo del orden social.

EL SEÑOR FLACO

Sin contar el idioma, que ustedes los románticos también revolucionan.

EL POETA

Distingamos, señor mío, que hay románticos y románticos.

ERGASTE

Tiene usted razón. El mal gusto.

EL SEÑOR FLACO

No hay nada que responder a ello.

EL FILÓSOFO, *apoyado sobre el sillón de una dama*

Se dicen ahí cosas que ya ni siquiera en la calle Mouffetard se oyen.

ERGASTE

¡Ah! ¡Libro abominable!

MADAME DE BLINVAL

¡Eh! No lo arrojen al fuego. Es de la casa de alquiler.

EL CABALLERO

Hábleme de nuestra época. ¡Cómo se han depravado el gusto y las costumbres! ¿Se acuerda de nuestros tiempos, madame de Blinval?

MADAME DE BLINVAL

No, señor, no me acuerdo.

EL CABALLERO

Éramos el pueblo más dulce, el más alegre, el más espiritual. Siempre bellas fiestas y bellos versos. Era encantador. ¿Hay

algo más galante que el madrigal del señor de La Harpe en el gran baile que la señora del mariscal Mailly dio en mil setecientos... el año de la ejecución de Damiens?^[64]

EL SEÑOR GORDO

¡Tiempos felices aquéllos! Ahora las costumbres son horribles, y los libros también. Como dice el bello verso de Boileau:

Y a la caída de las artes le sigue la decadencia de las costumbres.

EL FILÓSOFO, *aparte, al poeta*

¿Cena usted en esta casa?

EL POETA ELEGÍACO

Sí, pronto.

EL SEÑOR FLACO

Ahora quieren abolir la pena de muerte, y por eso se escriben novelas crueles, inmorales y de mal gusto, como *Último día de un condenado a muerte*, qué sé yo...

⁶⁴ Robert François Damiens (Ticuloy, Arras 1715-París 1757), autor de un atentado contra Luis XV, a quien decidió herir ligeramente para que cumpliera sus deberes como soberano. Llevó a cabo su propósito el 5 de enero de 1757 y fue ajusticiado, tras terribles tormentos, el 28 de marzo. Este atentado provocó una fuerte reacción política. (*N. del E.*)

EL SEÑOR GORDO

Escuche, querido, dejemos ya de hablar de ese libro atroz; y, ya que os encuentro aquí, decidme, ¿qué haréis con ese hombre, cuyo recurso hemos rechazado hace tres semanas?

EL SEÑOR FLACO

¡Ay, un poco de paciencia! Estoy aquí de vacaciones. Déjeme respirar. Cuando vuelva. Pero si está tardando demasiado, escribiré a mi sustituto...

UN LACAYO, *entrando*

Señora, todo está dispuesto.



Prefacio de 1832

Las primeras ediciones de esta obra, publicadas en un principio sin el nombre de su autor, se abrían con el siguiente encabezamiento:

Hay dos maneras de explicar la existencia de este libro. O hubo, en efecto, un fajo de hojas amarillas de tamaño desigual en las que se encontraban, registrados uno por uno, los últimos pensamientos de algún desventurado; o existió un hombre, un soñador, que se dedicó a observar la naturaleza en provecho del arte, un filósofo, un poeta, qué sé yo, cuya fantasía fue la presente idea, y que lo atrapó o, más bien, se dejó atrapar por ella, y que sólo pudo desembarazarse de ésta vertiéndola en un libro. De estas dos explicaciones, que el lector elija la que quiera.

Como hemos visto, entonces, en la época en que este libro fue publicado, el autor no juzgó oportuno dar explicaciones de todo lo que pensaba. Prefirió esperar a que su idea fuese entendida y comprobar que así era. Y así ha sido. El autor puede hoy desenmascarar la idea política, la idea social, que había querido popularizar bajo esta inocente y cándida forma literaria. Declara, pues, o más bien reconoce abiertamente, que *Último día de un condenado a muerte* no es otra cosa que un alegato, directo o indirecto, como se quiera, a favor de la abolición de la pena de muerte. Lo que lo ha llevado a escribirlo, lo que quisiera que la posteridad viese en su obra, si alguna vez se ocupa de algo tan simple, no es la defensa especial, y siempre fácil, y

siempre transitoria, de tal o cual acusado en concreto, sino la defensa general y permanente de todos los acusados presentes y futuros; es la cuestión de derecho más importante para la humanidad, alegada y defendida a viva voz ante la sociedad, que constituye la gran corte de casación; es este fin supremo de no recibir, *abhorrescere a sanguine*^[65], establecido para siempre ante cualquier proceso criminal; es la sombra y la cuestión fatal que palpita oscura en el fondo de todas las causas capitales bajo el triple espesor del *pathos*, con los que se cubre la sangrienta retórica de las gentes del rey; es la cuestión de vida y muerte, digo yo, desvestida, desnuda, despojada de los sonoros enredos del tribunal, brutalmente actualizada, y colocada donde es necesario verla, donde es necesario que esté, donde está de verdad, en su verdadero ámbito, en su ámbito de horror, no en el tribunal, sino en el patíbulo, no entre los jueces, sino con los verdugos.

He aquí lo que el autor quiso hacer. Si el futuro le concede un día la gloria por haberlo hecho, algo que no osa esperar, no querría otra corona.

Lo declara, pues, y lo repite: se hace cargo de la defensa en nombre de todos los acusados posibles, inocentes o culpables, delante de todos los tribunales, de todas las audiencias, de todos los jurados, de todas las justicias. Este libro está dirigido a cualquiera que juzgue. Y para que el alegato resulte tan extenso como la causa, y por ello *Último día de un condenado a muerte* se hizo así, tuvo que podar por doquier del asunto que trataba lo contingente, lo particular, lo especial, lo relativo, lo modificable, el episodio, la anécdota, el acontecimiento, el nombre propio y limitarse —sí, hay limitaciones— a defender la causa

⁶⁵ «Sentir horror a la sangre». (*N. del T.*)

de un condenado cualquiera, ejecutado un día cualquiera por un crimen cualquiera. Feliz si él, sin más herramienta que su pensamiento, ha podido excavar lo suficiente para hacer sangrar al corazón que se esconde bajo el *aes triplex*⁶⁶ del magistrado; feliz si, a fuerza de ahondar en el corazón del juez, ha logrado alguna vez que vuelva a ser un hombre.

Hace tres años, cuando se publicó este libro, algunas personas consideraron que valía la pena refutar la idea a su autor. Los unos supusieron que era un libro inglés, los otros un libro americano. ¡Singular manía la de buscar en mil lugares el origen de las cosas, y de hacer que fluya de las fuentes del Nilo el arroyo que lava vuestra calle! ¡Ay! Ni libro inglés, ni libro americano, ni libro chino que valga. El autor tomó la idea de *Último día de un condenado a muerte*, no de un libro, no tiene la costumbre de ir a buscar sus ideas tan lejos, sino allí de donde todos vosotros la podríais haberla tomado —pues ¿quién no ha formado o imaginado en su espíritu *Último día de un condenado a muerte*?—, simplemente en la plaza de la Grève. He aquí que un día, al pasar por allí, el autor recogió esta idea fatal, que yacía en un mar de sangre bajo los rojos muñones de la guillotina.

Entonces, cada vez que al capricho de los fúnebres jueves de la corte de casación, llegaba uno de aquellos días en que el grito de una condena a muerte se cernía sobre París, cada vez que el autor sentía pasar bajo su ventana aquellos aullidos enronquecidos de los alborotados espectadores de la Grève, cada una de esas veces, aquella dolorosa idea le volvía a la mente, se apoderaba de él, le llenaba la cabeza de gendarmes, de

⁶⁶ *Illi robur et aes triplex / circa pectus erat*, «Tenía un corazón de roble envuelto por una triple coraza». Horacio, *Odas*, I, 3, 8. (*N. del T.*)

verdugos y de gentío, relatándole cada hora los últimos sentimientos del desdichado que agonizaba —en el momento de la confesión, en el momento de cortarles el pelo, en el momento de atarle las manos—, le conminaba, pobre poeta, a decirle todo aquello a la sociedad, que seguía ocupada con sus asuntos mientras aquel acto monstruoso se llevaba a cabo, le presionaba, le empujaba, le arrancaba los versos del espíritu, si en ese momento estaba componiendo, y los mataba apenas esbozados, tachaba todos sus trabajos, obstaculizaba todo, le bloqueaba, le importunaba, le asediaba. Era un suplicio, un suplicio que empezaba con el día y que duraba, como el del desdichado al que estaban torturando en aquel mismo momento, hasta que daban las cuatro. Entonces, solamente cuando la siniestra voz del reloj gritaba el *ponens caput expiravit*^[67], el autor volvía a respirar y a encontrar algo de libertad de espíritu. Un día, en fin —cree que era el siguiente a la ejecución de Ulbach^[68]—, se puso a escribir este libro. Desde entonces se ha sentido más aliviado. Cuando se cometía uno de aquellos crímenes públicos que llaman ejecuciones sumarias, su conciencia le decía que no era solidario. Ahora ya no sentía en su frente aquella gota de sangre que salpicaba desde la Grève sobre cada una de las cabezas de los miembros de la comunidad social.

Sin embargo, no era suficiente. Lavarse las manos está bien,

⁶⁷ Y bajando la cabeza, expiró. Frase relativa a la muerte de Cristo recogida en el Evangelio según San Juan (*N. del T.*)

⁶⁸ Louis Ulbach fue ejecutado a los veinte años acusado de haber asesinado a su amante por celos. Victor Hugo accede a la noticia a través de la revista *La Gazette des Tribunaux*, publicación progresista, órgano principal de expresión de los abolicionistas. Sin embargo, otros testimonios como el del diario de su hija Adèle señalan que fue el choque provocado por la ejecución de un tal Martin y que no pudo contemplar hasta el final lo que le llevó a escribir esta obra. (*N. del T.*)

impedir que la sangre corra estaría mejor.

Por eso no conocería un fin más elevado, más santo, más augusto que éste: promover la abolición de la pena de muerte. Por ello, desde el fondo de su corazón, se adhiere a los esfuerzos y a las voces de los hombres generosos de todas aquellas naciones que trabajan desde hace tantos años en echar abajo el árbol patibulario, el único árbol que las revoluciones no desarraigan. Con alegría se acerca el momento en que, a pesar de su debilidad, se dispone a darle un golpe con su hacha, para agrandar todo lo posible el corte que le diera Beccaria^[69], sesenta años atrás, al viejo cadalso que se yergue sobre la cristiandad desde hace tantos siglos.

Acabamos de decir que el patíbulo es la única construcción que las revoluciones no demuelen. Es extraño, efectivamente, que las revoluciones se muestren sobrias de sangre humana. Nacidas para podar, para desramar, para desmochar la sociedad, apenas logran desembarazarse de una de sus serpientes más peligrosas: la pena de muerte.

Reconocemos, sin embargo, que si alguna revolución nos pareció alguna vez digna y capaz de abolir la pena de muerte, ésta es la Revolución de Julio^[70]. Parece, en efecto, que le correspondía al movimiento popular más clemente de los tiempos modernos el borrar definitivamente la barbarie penal de Luis

⁶⁹ Cesare Bonesana, marqués de Beccaria, jurisconsulto y economista italiano (Milán 1738-*id.* 1794), autor de una obra, *De los delitos y las penas*, cuyos principios renovaron el derecho penal. (*N. del T.*)

⁷⁰ Carlos X (1757-1836) favoreció una política autoritaria de tintes absolutistas. Cuando el 25 de julio de 1830 intentó promulgar unas ordenanzas que suspendían la libertad de prensa y modificaban la ley electoral para reducir el censo de votantes, la ciudadanía parisina se sublevó y le hizo abdicar. (*N. del T.*)

XI^[71]], de Richelieu y de Robespierre, y de inscribir en el frontispicio de la ley la inviolabilidad de la vida humana. Mil ochocientos treinta debería haber hecho añicos la cuchilla del 1793.

Lo estuvimos esperando durante un tiempo. En 1830 había tanta generosidad y piedad en el aire, tal espíritu de dulzura y de civilización flotaba sobre las masas, sentíamos el corazón tan alegre por la llegada un futuro prometedor, que nos pareció que la pena de muerte se aboliría por decreto, de golpe, con un consentimiento tácito y unánime, como el resto de calamidades que nos habían hostigado. El pueblo acababa de encender un fuego de alegría con los despojos del antiguo régimen. Aquélla era el despojo más sangriento. La creímos en la pira. Creímos que ardería como el resto. Y durante algunas semanas, confiados y crédulos, tuvimos fe en el porvenir de la inviolabilidad de la vida tanto como en el de la inviolabilidad de la libertad.

Y en efecto, apenas habían transcurrido dos meses cuando se produjo una tentativa para convertir en realidad legal la sublime utopía de Cesare Bonesana.

Desgraciadamente, esta tentativa resultó torpe, desafortunada, casi hipócrita, y fue llevada a cabo en aras de otro interés que no era el general.

Recordamos que, en el mes de octubre de 1830, algunos días después de haber descartado en el orden del día la proposición de enterrar a Napoleón bajo la columna^[72], la Cámara entera rompió en gritos y lamentaciones. Se puso sobre el tapete la cuestión de la pena de muerte; diremos unas líneas más

⁷¹ Rey de Francia (1423-1483). Inteligente y sin escrúpulos, fue extremadamente autoritario en su política interior. (*N. del T.*)

⁷² Célebre columna que se erige en la Place de la Vendôme, en París. (*N. del T.*)

abajo en ocasión de qué; entonces fue como si un súbito y maravilloso sentimiento de misericordia se hubiera apoderado de las entrañas de aquellos legisladores: del que hablaría, del que gemiría, del que elevaría las manos al cielo. La pena de muerte, ¡Dios Todopoderoso! ¡Qué horror! Aquel viejo procurador general, pálido, con su vestimenta encarnada, que había comido toda su vida pan mojado en la sangre de los requisitorios, se rodeaba de repente de un aura de piedad y daba testimonio ante los dioses de su indignación por la guillotina. Durante diez días la tribuna se llenó de llorosos arengadores. Fue un lamento infinito, un concierto de salmos lúgubres, un *Super flumina Babylonis*^[73], un *Stabat mater dolorosa*, una gran sinfonía en do, con coros, ejecutada por toda esta orquesta de oradores que ocupaban los primeros bancos de la Cámara, y que emitía tan bellos sonidos en los días grandes. Éste llegó con su voz de bajo, aquél con el falsete. No faltaba nada. La cosa no podía ser más patética y piadosa. La sesión de la noche fue sobre todo tierna, almibarada y desgarrada como un quinto acto de La Chaussée^[74]. El buen público, que no entendía nada, tenía los ojos llenos de lágrimas^[75].

¿De qué se trataba, pues? ¿De abolir la pena de muerte? Sí

⁷³ «A orillas de los ríos de Babilonia / nos sentamos a llorar de nostalgia».

Libro de los Salmos, 137. (N. del T.)

⁷⁴ Pierre-Claude Nivelles de La Chaussée, comediógrafo francés (París 1692-*id.* 1754), autor de diecinueve comedias de tipo sentimentaloides llamado «comedia lacrimosa». (N. del T.)

⁷⁵ No pretendemos cubrir con el mismo desprecio *todo* lo que se dijo sobre aquel asunto en la Cámara. Aquí y allá se oyeron bellos y dignos parlamentos. Aplaudimos, como todo el mundo, el discurso grave y sencillo del señor de Lafayette y, con otros matices, la extraordinaria improvisación del señor Villemain. (N. del A.)

y no. He aquí los hechos:

Cuatro hombres de la alta sociedad, cuatro hombres como Dios manda, de aquellos a los que podemos encontrar en un salón, y con quienes quizá hayamos intercambiado un par de frases amables alguna vez; cuatro hombres, decía, habían intentado cometer, en las altas esferas políticas, uno de esos golpes audaces que Bacon denomina «crímenes» y que Maquiavelo llama «empresas». Ahora bien, crimen o empresa, la ley, brutal para todos, los condenó a morir. Los cuatro infortunados estaban allí, prisioneros, cautivos de la ley, custodiados por trescientas divisas tricolores bajo las bellas ojivas de Vincennes^[76]. ¿Qué hacer y cómo? ¿No entienden que es imposible enviar a la Grève, en una carreta, atados innoblemente con gruesas cuerdas, espalda con espalda, con aquel funcionario al que no hace falta ni nombrar, a cuatro hombres como ustedes y yo, cuatro señores de la alta sociedad? ¡Si al menos hubiera guillotinas de caoba!

¡Bien! ¡No hay más remedio que abolir la pena de muerte! Y en eso, la Cámara se pone manos a la obra.

Veán, señores, que ayer aún tachaban esta abolición de utopía, de teoría, de sueño, de locura, de poesía. Veán que no es la primera vez que intentamos llamar su atención sobre la carreta, sobre las gruesas cuerdas y sobre la horrible máquina es-carlata, y que es extraño que ese horrendo artilugio les salte de repente a la vista.

¡Bah! ¡Es de eso de lo que se trata! No es por vuestra causa, pueblo, por lo que abolimos la pena de muerte, sino por

⁷⁶ Castillo de Vincennes, al este de París, primitiva residencia real transformada en prisión estatal por Luis XI. (*N. del T.*)

nosotros, diputados que podemos llegar a ministros. No queremos que la maquinaria de Guillotin muerda a las clases altas. La rompemos. Tanto mejor si eso le viene bien a todo el mundo, pero hemos pensado solamente en nosotros. Ucalegón arde^[77]. Apaguemos el fuego. Rápido, suprimamos al verdugo, borremos el código.

Y así es como una aleación de egoísmo altera y desnaturaliza las más bellas combinaciones sociales. Es la veta negra en el mármol blanco; circula por doquier, y aparece a cada momento de improviso bajo el cincel. Vuestra escultura tiene que hacerse de nuevo.

En verdad, no hace falta declararlo aquí, no somos nosotros los que reclamamos las cabezas de los cuatro ministros. Una vez arrestados estos infortunados, la indignada cólera que nos había inspirado su atentado, se transformó, aquí como en todo el mundo, en una profunda piedad. Pensamos en los prejuicios de la educación de algunos de ellos, en el poco desarrollado cerebro del jefe, fanático reincidente y obstinado de las conspiraciones de 1804, envejecido antes de tiempo bajo las húmedas sombras de las prisiones estatales^[78], en las fatales necesidades de su posición común, en la imposibilidad de echar el freno en esa rápida pendiente a la que la propia monarquía, espoleándose, se lanzó aquel 8 de agosto de 1829^[79], en la

⁷⁷ *Jam proximus ardet Ucalegon*, «Ucalegón arde cerca de aquí». Virgilio, *Eneida*, II, 311, 12. (*N. del T.*)

⁷⁸ Se hace referencia aquí a las conspiraciones antirrevolucionarias que llevó a cabo en 1804 George Cadoudal, que acabaría guillotinado, y en la que participó Jules Auguste Polignac, cuya pena conmutada por cadena perpetua, logrando finalmente evadirse en 1814. (*N. del T.*)

⁷⁹ Polignac fue nombrado ese día Ministro de Asuntos Exteriores y presidente del Consejo. Se hizo muy impopular: la opinión pública le

influencia, minusvalorada por todos, de la persona del rey, y sobre todo en la dignidad que desprendía uno de ellos como un manto de púrpura sobre su desgracia.

Nosotros somos de aquellos que les deseaban sinceramente que salvaran su vida, y que estaban dispuestos a sacrificarse por ello. Si jamás, por imposible, su cadalso hubiera sido levantado un día en la Grève, no lo dudamos, y si es una ilusión, queremos conservarla, no dudamos de que hubiera habido un motín para echarlo abajo y el que escribe estas líneas hubiese sido uno de los participantes de ese bendito motín. Pues, es necesario decirlo así, en las crisis sociales, de todos los cadalsos, el cadalso político es el más abominable, el más funesto, el más necesario de extirpar. Aquella guillotina echa sus raíces en el empedrado y en poco tiempo extiende sus esquejes por todo el suelo.

En tiempos de revolución, prestad atención a la primera cabeza que caiga. Es la que hace despertar el apetito al pueblo.

Estábamos, pues, personalmente de acuerdo con aquellos que querían perdonar a los cuatro ministros, y de acuerdo completamente tanto por razones sentimentales como por razones políticas. Sólo que hubiésemos preferido que la cámara hubiera elegido otra ocasión para proponer la abolición de la pena de muerte.

Si hubiesen propuesto esa abolición tan deseable, no a propósito de los cuatro ministros caídos de las Tullerías a Vincennes, sino a propósito de cualquiera de los ladrones de los caminos reales, a propósito de uno de esos desgraciados que miráis con pena cuando pasan cerca de vosotros por la calle, cuyo

reprochaba su sumisión a Gran Bretaña y a la Iglesia. (*N. del T.*)

trato polvoriento evitáis instintivamente; un infortunado cuya harapienta infancia corrió con pies descalzos por el lodo de los cruces de caminos, que tiritaba de frío en el invierno al borde de las carreteras, que se calentaba junto al tragaluz de las cocinas del señor Véfour, en cuya casa cenáis, desenterrando aquí y allá mendrugos de pan de los montones de basura, quitándoles el polvo antes de comérselos, removiendo todo el día la cuneta con un clavo para encontrar algún ochavo, sin otro entretenimiento que el espectáculo gratis de la fiesta del rey y las ejecuciones en la Grève, el otro espectáculo gratis; pobres diablos, a los que el hambre empuja al robo, y el robo a todo lo demás; hijos desheredados de una sociedad madrastra, que el calabozo acoge a los doce años, el presidio a los dieciocho, el patíbulo a los cuarenta; infortunados a los que con una escuela y un taller hubierais podido hacer buenos, morales, útiles; con los que no sabéis qué hacer, arrojándolos, como un fardo inútil, tan pronto en el hormiguero de Tolón, como en el mudo recinto de Clamart, cercenándoles la vida después de haberles robado la libertad; si a propósito de alguno de estos hombres hubieseis propuesto abolir la pena de muerte, ¡oh!, entonces vuestra sesión plenaria hubiese sido realmente digna, grande, santa, majestuosa, venerable. Desde los augustos padres de Trento, que invitaron a los heréticos al concilio en nombre de las entrañas de Dios, *per viscera Dei*, porque se esperaba su conversión, *quoniam sancta synodus sperat haereticorum conversionem*, jamás una asamblea de hombres hubiera presentado ante el mundo un espectáculo más sublime, más ilustre y más misericordioso. Siempre fue propio de los verdaderamente fuertes y verdaderamente grandes, preocuparse del débil y del pequeño. Sería bonito que un consejo de brahmanes hiciese suya la causa del paria. Y aquí, la causa del paria era la causa del pueblo. Al

abolir la pena de muerte, por su causa y sin esperar a que estuviérais interesados por la cuestión, hacíais más que una obra política, hacíais una obra social.

Pero no habéis llevado a cabo ni siquiera una obra política aboliendo la pena de muerte, no para abolirla, ¡sino para salvar a cuatro desdichados ministros, pillados con las manos en la masa de los golpes de estado!

¿Qué ocurrió? Que como no erais sinceros, recelamos. Cuando el pueblo vio que se le quería tomar el pelo, se disgustó con toda la cuestión en bloque y, ¡cosa extraordinaria!, tomó partido por la muerte, cuyo peso sin embargo ha de soportar. Fue vuestra torpeza lo que lo condujo hasta aquí. Al abordar la cuestión de forma sesgada y sin franqueza, la habéis comprometido para mucho tiempo. Representabais una comedia. Y os la abuchearon.

A pesar de la farsa, algunas almas tuvieron la bondad de tomársela en serio. Inmediatamente después de la célebre sesión, un honrado ministro de justicia dio a los procuradores generales la orden de suspender indefinidamente todas las ejecuciones. Era en apariencia un gran paso. Los enemigos de la pena de muerte respiraron. Pero su ilusión duró poco.

El proceso a los ministros llegó a su fin. No sé cuál fue la sentencia. Los cuatro salvaron la vida. Se eligió el castillo de Ham como el justo medio entre la vida y la muerte. Una vez hechos los diferentes arreglos, se desvaneció todo miedo en el espíritu de los dirigentes del Estado y, junto con el miedo, se fue la humanidad. Ya no hacía falta abolir el suplicio capital; y una vez que no hubo necesidad de plantearse más, la utopía volvió a convertirse en utopía, la teoría en teoría, la poesía en poesía.

Seguía habiendo, sin embargo, en las prisiones, algunos desdichados, vulgares condenados que se paseaban por los patios desde hacía cinco o seis meses, respirando el aire, tranquilos a partir de ese momento, seguros de vivir, tomando el suspenso de su sentencia como una medida de gracia. Pero escuchad.

El verdugo, a decir verdad, había tenido mucho miedo. El día que oyó a los hacedores de la ley hablar de humanidad, filantropía, progreso, se vio perdido. Se escondió, el desgraciado, se agazapó bajo su guillotina, molesto al sol de julio como ave nocturna al mediodía, tratando de que lo olvidaran, tapándose los oídos y no osando ni respirar. No se le veía desde hacía seis meses. No daba señales de vida. Entretanto, poco a poco, en sus tinieblas, se había ido calmando. Había estado escuchando a las Cámaras y no había oído pronunciar su nombre. Tampoco aquellas palabras sonoras y grandiosas a las que tenía tanto pavor. Ni comentarios declamatorios acerca del *Tratado de los delitos y las penas*. Se ocupaban de algo bien distinto, de importante interés social, de un camino vecinal, de una subvención a la Ópera cómica, o de una sangría de cien mil francos de un apoplético presupuesto de mil quinientos millones. Nadie se acordaba ya de él, del cortacabezas. Viendo, esto, el hombre que se tranquiliza, asoma la cabeza fuera de su agujero y mira hacia todos lados; da un paso, luego dos, como aquel ratoncito de La Fontaine, luego se atreve a salir completamente de aquel andamiaje, después se encarama sobre él, lo repasa, lo restaura, lo acondiciona, lo acaricia, lo hace funcionar, lo hace relucir, vuelve a ensebar el viejo mecanismo que la ociosidad estaba estropeando; y de repente regresa, agarra al azar por los cabellos en la primera prisión que se le ocurre a uno de aquellos infortunados que contaban con seguir viviendo, tira

de él, le quita la ropa, lo ata, lo anilla, y hete aquí que las ejecuciones comienzan de nuevo.

Todo esto resulta horroroso, pero es parte de la historia.

Sí, se acordó una suspensión de seis meses para los desdichados cautivos, cuya pena se vio agravada al serles devuelta de esta forma la vida; luego, sin razón, sin necesidad, sin saber demasiado el porqué, por placer, un buen día se revocaron las suspensiones y con frialdad volvieron a imponer sus privaciones a todas aquellas criaturas humanas. ¡Oh! ¡Dios mío! Yo os lo pregunto, ¿qué más nos daba que vivieran estos hombres? ¿Es que no hay en Francia aire suficiente para que todo el mundo respire?

Para que un día un desdichado funcionario de la chancillería, a quien todo le daba igual, se levantara de su asiento diciendo: «¡Venga, que nadie piense más en la pena de muerte. Es hora de volver a guillotinar!», tuvo que engendrarse en el corazón de aquel hombre algo realmente monstruoso.

Por lo demás, digámoslo, jamás las ejecuciones fueron acompañadas de circunstancias más atroces que aquellas de después de la revocación de las suspensiones de julio, jamás el espectáculo de la Grève resultó más indignante ni ha demostrado mejor lo execrable de la pena de muerte. Este redoble de horror es el justo castigo de los hombres que han vuelto a poner en vigor el código de la sangre. Que sean castigados por su obra. Está bien hecho.

Es necesario citar aquí dos o tres ejemplos de lo impías y espantosas que resultaron algunas ejecuciones. Hay que enervar a las mujeres de los procuradores reales. A veces, una mujer es una conciencia.

En el sur, hacia finales del pasado mes de septiembre —no recordamos bien ni el lugar, ni el día, ni el nombre del condenado, pero lo averiguaríamos si nos discuten los hechos y creemos que sucedió en Pamiers—, hacia finales de septiembre, pues, fueron a buscar a un hombre a su celda, donde jugaba tranquilamente a las cartas: se le notifica que va a morir en el plazo de dos horas, lo cual le provoca temblores en todo el cuerpo, pues, tras seis meses sin que se acordaran de él, éste ya no contaba con morir. Lo rasuran, rapan, lo agarrotan, hacen que se confiese. Luego, cuatro gendarmes lo arrastran entre la multitud hasta el lugar de la ejecución. Hasta aquí, nada más sencillo. Así es como se hace. Ya en el patíbulo, el verdugo lo toma de manos del sacerdote, se lo lleva, lo ata sobre la báscula, lo *empaqueta* —utilizo aquí un término del argot—, y deja caer la cuchilla. El pesado triángulo de hierro se suelta penosamente, cae rebotando entre las ranuras y, aquí comienza el horror, golpea al hombre sin matarle. El hombre lanza un grito terrible. El verdugo, desconcertado, vuelve a levantar la cuchilla y la deja caer de nuevo. La cuchilla muerde el cuello del condenado una segunda vez sin cortárselo. El condenado aúlla, la multitud también. El verdugo vuelve a izar la cuchilla una vez más, esperando que el tercer golpe vaya mejor. Nada. El tercer golpe hace brotar un tercer arroyo de sangre de la nuca del condenado, pero no hace caer su cabeza. Abreviemos. El cuchillo subió y cayó cinco veces, cinco veces hirió al condenado, ¡cinco veces el condenado aulló bajo el golpe y sacudió la cabeza viva suplicando la gracia! El pueblo indignado cogió entonces piedras y, tomándose la justicia por su mano, intentó lapidar al infortunado verdugo. El verdugo se refugió bajo la guillotina y se ocultó tras los caballos de los gendarmes. Pero aún no habíais acabado. El torturado, viéndose solo en el

patíbulo, se había levantado sobre la plancha, y allí, de pie, espantoso, chorreando sangre, sosteniendo la cabeza a medio cortar y que colgaba sobre su hombro, pedía con débiles gritos que vinieran a soltarlo. La multitud, piadosa, estaba a punto de forzar a los gendarmes y de acudir en ayuda del desdichado que había padecido cinco veces su condena de muerte. En ese momento, un ayudante del verdugo, un hombre joven de unos veinte años sube al cadalso, le dice al condenado que se vuelva para que pueda desatarlo y, aprovechando la postura del moribundo que se entregaba a él sin desconfianza, salta sobre su espalda y se pone a cortarle penosamente lo que le quedaba de cuello con una especie de cuchillo de carnicero. Así se hizo. Así se vio. De este modo.

En términos legales, un juez tuvo que asistir a la ejecución. Con una señal podía haberlo parado todo. ¿Qué hacía este hombre, pues, metido en su coche, mientras que se masacraba a un hombre? ¿Qué hacía este castigador de asesinos, mientras que se asesinaba a plena luz del día, ante sus ojos, ante los resoplidos de sus caballos, ante el cristal de su portezuela?

¡Y al juez no lo han llevado a juicio! ¡Y al verdugo no lo han llevado a juicio! ¡Y ningún tribunal ha investigado este monstruoso exterminio de todas las leyes sobre la sagrada persona de una criatura de Dios!

En el siglo XVII, en la época de la barbarie del código criminal, con Richelieu, con Christophe Fouquet, cuando el señor de Chalais fue llevado a la muerte delante del Bouffay de Nantes por un soldado torpe que, en lugar de un golpe con la espada, le dio treinta y cuatro^[80] golpes con una doladera de

⁸⁰ La Porte habla de veintidós, pero Aubery de treinta y cuatro. El señor de Chalais gritó hasta el que hacía veinte. (*N. del A.*)

tonelero, al menos esto le pareció irregular al parlamento de París: hubo una investigación y un proceso, y si Richelieu no fue castigado, si Christophe Fouquet no fue castigado, sí lo fue el soldado. Injusticia, sin duda, pero en el fondo de la cual había justicia.

Aquí, nada. Aquello tuvo lugar después de julio, en un tiempo de dulces costumbres y de progreso, un año después del célebre lamento de la Cámara por la pena de muerte. ¡Y bien! Los hechos han pasado absolutamente inadvertidos. Los periódicos de París lo publicaron como una anécdota. Nadie se inquietó. Se supo solamente que la guillotina había sido manipulada adrede por alguien «que quería perjudicar al ejecutor de tan altas misiones». Se trataba de un sirviente del verdugo quien, para vengarse, le había cometido esa maldad.

No era más que una travesura. Continuemos.

En Dijon, hace tres meses, una mujer —¡una mujer!— fue llevada al suplicio. También esta vez, el cuchillo del doctor Guillotin hizo mal su cometido. La cabeza no fue cortada de golpe. Entonces, los ayudantes del ejecutor se engancharon a los pies de la mujer y, entre los aullidos de la desdichada, y a fuerza de tirones y de sobresaltos, lograron arrancarle la cabeza del cuerpo.

En París, regresamos al tiempo de las ejecuciones secretas. Como ya no se atreven a decapitar en la Grève después de julio, como tienen miedo, como son unos cobardes, he aquí lo que hacen. Hace poco tomaron en Bicêtre a un hombre, un condenado a muerte de nombre Désandrieux, creo; lo introdujeron en una especie de cesta arrastrada sobre dos ruedas, cerrada por todas partes, encadenado y con cerrojos. Luego, con un genarme a la cabeza y otro al final, sin apenas ruido y sin

multitud, depositaron el paquete en la barrera desierta de Saint-Jacques. Cuando llegaron allí eran las ocho de la mañana, apenas había amanecido, había una guillotina acabada de levantar y un público de una docena de niños agrupados sobre los montones de piedras que había alrededor del inesperado artilugio. Rápidamente, sacaron al hombre de la panera, y, sin darle ni tiempo para respirar, furtivamente, de un modo vergonzoso, le escamotearon la cabeza. A eso le llaman un acto público y solemne de elevada justicia. ¡Infame escarnio!

¿Cómo entienden las gentes del rey el término civilización? ¿Dónde hemos ido a parar? ¡La justicia envilecida por las estratagemas y las supercherías! ¡La ley con artimañas! ¡Monstruoso!

¡No debe de haber nada más temible que un condenado a muerte para que la sociedad lo trate con una deslealtad así!

Pero seamos justos, la ejecución no fue llevada a cabo completamente en secreto. Por la mañana se pregonó como era habitual la condena de muerte por las calles de París. Parece ser que hay gente que vive de ello. ¿Lo oís? Del crimen de un infortunado, de su castigo, de sus torturas, de su agonía, se hace mercadería, un papel que se vende por un céntimo. ¿Concebís algo más espantoso que ese céntimo teñido de sangre? ¿Quién se lo gana?

Ya hay de sobra con estos hechos. ¿No es todo esto horrible? ¿Qué tenéis que alegar a favor de la pena de muerte?

Planteamos muy seriamente esta cuestión, y lo hacemos para que se nos responda, se la hacemos a los criminalistas, no a charlatanes letrados. Sabemos que hay personas que toman la excelencia de la pena de muerte, como cualquier otro tema, como texto para la paradoja. Hay otros que aman la pena de

muerte sólo porque odian a éste o aquél que la atacan. Para ellos se trata de cuestión casi literaria, una cuestión de personas, una cuestión de nombres propios. Son los envidiosos, los que no echan en falta ni a los buenos jurisconsultos ni a los grandes artistas. Los Joseph Grippa, los Torregiani o los Miguel Ángel no son más añorados que los Filangieri, los Scudéry o los Corneille.

No nos dirigimos a ellos, sino a los hombres de ley propiamente dichos, a los dialécticos, a los razonadores, a aquellos que aman la pena de muerte por la pena de muerte, por su belleza, por su bondad, por su gracia.

Veamos, que den sus razones.

Aquellos que juzgan y condenan afirman que la pena de muerte es necesaria. En principio, porque es necesario cercenar de la comunidad social a un miembro que ya la ha herido y que podría hierirla aún más. Si sólo se trata de eso, la cadena perpetua bastaría. ¿Por qué, entonces, la pena de muerte? ¿Objetáis que uno puede escapar de una prisión? Pues mejorad la vigilancia. Si no confiáis en la solidez de los barrotes de hierro, ¿cómo osáis tener casas de fieras?

Sobra el verdugo donde basta el carcelero.

Prosigamos. Es preciso que la sociedad se vengue, que la sociedad castigue. Ni lo uno ni lo otro. Vengarse es propio del individuo; castigar, de Dios.

La sociedad se encuentra entre ambos. El castigo está por encima de ella, la venganza por debajo. Nada tan grande o tan pequeño le conviene. No debe «castigar para vengarse»; debe «corregir para mejorar». Transformad de este modo la fórmula de los criminalistas, nosotros la comprendemos y nos

adherimos a ella.

Falta la tercera y última de las razones, la teoría del ejemplo. ¡Hay que dar ejemplo! ¡Hay que espantar con el espectáculo de la suerte reservada a los criminales que se vean tentados a imitarlos! He aquí reproducida casi textualmente la eterna frase, cuyas variantes más o menos sonoras constituyen las acusaciones que se escuchan en los quinientos tribunales de Francia. Sin embargo, nosotros negamos de entrada que haya aquí ejemplo alguno. Nosotros negamos que el espectáculo de los suplicios produzca el efecto que se espera. Lejos de edificar al pueblo, lo desmoraliza, arruina en él toda sensibilidad y por tanto, toda virtud. Las pruebas son abundantes, y recargaríamos nuestro razonamiento si nos paráramos a citarlas. Señalaremos, por tanto, un hecho entre mil, puesto que es el más reciente. En el momento en que escribimos esto, no han transcurrido ni diez días desde el último. Hoy es cinco de marzo, último día del carnaval. En Saint-Pol, inmediatamente después de la ejecución de un incendiario llamado Louis Camus, un tropel de máscaras vino a bailar alrededor del cadalso que todavía humeaba.

¡Dad, pues, ejemplo! El martes de carnaval se reirá en vuestra cara.

Si, a pesar de la experiencia, os obstináis en vuestra teoría del ejemplo, entonces retornadnos al siglo XVI, sed verdaderamente formidables, retornadnos la variedad de suplicios, retornadnos a Farinacci^[81], retornadnos a los torturadores jurados, retornadnos el patíbulo, la rueda, las hogueras, la

⁸¹ Próspero Farinacci, Farinacius. Jurisconsulto romano (1544-1618), autor de *Praxis et teorica criminalis* (1616), que sentaron autoridad en Italia hasta el siglo XVIII. (*N. del T.*)

garrucha, las orejas cortadas, los huesos descoyuntados, la fosa para enterrar a los vivos; retornadnos, en cada cruce de París, como una tienda más abierta entre las otras, el espantoso puesto del verdugo al que nunca le falta la carne fresca. Retornadnos Montfaucon, sus dieciséis pilares de piedra, sus brutales salas de audiencia, sus mazmorras de osamentas, sus vigas, sus ganchos, sus cadenas, sus broquetas de esqueletos, su eminencia de yeso manchada por los cuervos, sus horcas anejas, y el olor del cadáver que el viento del norte extiende a densas tufaradas por los alrededores del templo. Retornadnos íntegro y poderoso este gigantesco cobertizo del verdugo de París. ¡En buena hora sea! He aquí el gran ejemplo. He aquí la pena de muerte bien entendida. He aquí un sistema de suplicios que guarda alguna proporción. Y he aquí que es horrible, y terrible.

O bien haced como en Inglaterra. En Inglaterra, país de comerciantes, se atrapa a un contrabandista en la costa de Dover, se le cuelga para que dé *ejemplo*, para que dé *ejemplo* se le deja colgado de la horca; pero, como las intemperies del aire podrían deteriorar el cadáver, lo envuelven cuidadosamente con una tela empapada en alquitrán a fin de no tener que renovarlo tan a menudo. ¡Oh, tierra de economía! ¡Alquitranar a los ahorcados!

Sin embargo, eso todavía tiene algo de lógica. Es el modo más humano de entender la teoría del ejemplo.

Pero vosotros, ¿creéis seriamente que dais ejemplo cuando degolláis miserablemente a un pobre hombre en el rincón más desierto de los bulevares exteriores? En la Grève, a plena luz del día, pase. Pero ¡en la barrera de Saint-Jacques! ¡A las ocho de la mañana! ¿Quién pasa por allí? ¿Quién va allí? ¿Quién sabe que allí estáis matando a un hombre? ¿Quién piensa que

estáis dando ejemplo con ello? ¿Ejemplo para quién? Para los árboles del bulevar seguramente.

¿No veis que vuestras ejecuciones públicas se hacen de tapadillo? ¿No veis que os estáis escondiendo? ¿Que sentís miedo y vergüenza de vuestra obra? ¿Que balbuceáis ridículamente vuestro *discite justitiam moniti*[⁸²]? ¿Que en el fondo os sentís trastornados, sobrecogidos, inquietos, poco seguros de tener razón, invadidos por la duda general, cortando cabezas por rutina y sin saber demasiado

lo que hacéis? ¿No sentís en el fondo de vuestro corazón que habéis perdido al menos el sentimiento moral y social de la misión de sangre que vuestros predecesores, los viejos parlamentarios, cumplían con la conciencia tranquila? Por la noche, ¿no le dais más vueltas a la cabeza que ellos sobre la almohada? Otros antes de vosotros ordenaron ejecuciones capitales, pero creían actuar conforme a la ley, conforme a lo que es justo, conforme a lo que está bien. Jovenel des Ursins[⁸³] se creía un juez; Laubardemont, La Reynie y Laffemas también se creían ellos mismos jueces; ¡vosotros, en vuestro fuero interno, no estáis seguros de no ser unos asesinos!

Abandonáis la Grève por la barrera de Saint-Jacques, la multitud por la soledad, el día por el crepúsculo. Ya no hacéis con firmeza lo que hacéis. ¡Os ocultáis, os lo digo yo! Todas las razones para la pena de muerte quedan pues demolidas.

⁸² Aprended la justicia con este ejemplo», Virgilio, *Eneida*. Hace referencia al rey de Beocia, quien fue condenado a repetir eternamente la frase tras haber saqueado el templo de Delfos y ser arrojado a los infiernos. (*N. del T.*)

⁸³ Prelado e historiador francés (1388-1473). Desempeñó un importante papel en el proceso de Jacques Coeur y en la revisión del de Juana de Arco. (*N. del T.*)

Todos los silogismos de los tribunales reducidos a la nada. Todas esas virutas de acusaciones, barridas y reducidas a ceniza. Un simple roce de la lógica y se disuelve el mal razonamiento.

Que las gentes del rey no vengan a pedirnos cabezas a nosotros, los jurados, los hombres, suplicándonos con voz acariiciadora en nombre de la sociedad indefensa, que aseguremos la vindicta pública y los ejemplos. ¡Retórica, ampulosidad y nada es lo que es eso! Una punzada con un alfiler en esas hipóboles y se desinflan. En el fondo de esa dulce verborrea, no encontráis sino dureza de corazón, crueldad, barbarie, ganas de demostrar su celo, necesidad de ganarse los honorarios. ¡Callaos, mandarines! Bajo la pata de terciopelo del juez asoman las garras del verdugo.

Es difícil pensar con sangre fría que un procurador real sea un criminal. Es un hombre que se gana la vida enviando a los demás al cadalso. Es el proveedor titular de los puestos de la Grève. Por lo demás, es un señor que resulta pretencioso en el estilo y en las cartas, que es un buen orador o cree serlo, que recita si hay necesidad un verso o dos en latín antes de concluir con la muerte, que procura dar golpes de efecto, que provoca su amor propio, que tiene sus propios modelos, tipos desesperantes a los que imita, sus clásicos, su Bellart, su Marchangy, como aquel poeta tiene a Racine, o tal otro a Boileau. En el debate, se posiciona junto a la guillotina, es su función, es su oficio. Sus acusaciones son obras literarias, floridas de metáforas, perfumadas de citas. Es preciso que la audiencia las encuentre hermosas, que gusten a las damas. Lleva una maleta de tópicos, todavía desconocidos en provincia, elocuciones elegantes, rebuscamientos, refinamientos de escritor. Odia la palabra limpia casi tanto como nuestros poetas trágicos de la

escuela de Delille^[84]. No tengáis miedo de que llame las cosas por su nombre. ¡En absoluto! Tiene para todas aquellas ideas cuya desnudez os desagradaría, disfraces completos de epítetos y adjetivos. Es capaz de hacer presentable al señor Sanson^[85]. Hace flamear la cuchilla. Disimula la báscula. Envuelve la cesta roja con una perífrasis. No se sabe ya ni lo que es. Es dulzón y decente. ¿Os lo imagináis de noche en su despacho elaborando sin prisas, a gusto, la arenga que hará levantar un cadalso en seis semanas? ¿Lo veis sudando sangre y agua para encajar la cabeza de un acusado en el más nefasto de los artículos del código? ¿Lo veis cortar con una ley mal hecha el cuello de algún desdichado? ¿No es verdad que, mientras que él escribe, bajo su mesa, en la sombra, tiene probablemente al verdugo agazapado a sus pies, y que de vez en cuando deja de escribir para decirle, como el amo a su perro: «Tranquilo, tranquilo, tendrás tu hueso»?

Por lo demás, en la vida privada, este hombre del rey podrá ser un hombre honesto, un buen padre, un buen hijo, un buen marido, un buen amigo, como rezan todos los epitafios de Père-Lachaise^[86].

Esperemos que esté próximo el día en que la ley logre abolir estas fúnebres funciones. Dentro de algún tiempo, el aire puro de nuestra civilización hará desaparecer la pena de muerte.

⁸⁴ Jacques Delille, poeta francés (1738-1813), profesor de poesía en el Colegio de Francia. Traductor de Virgilio y de Milton y autor de una serie de poemas denominados «descriptivos». (*N. del T.*)

⁸⁵ Jacques Delille, poeta francés (1738-1813), profesor de poesía en el Colegio de Francia. Traductor de Virgilio y de Milton y autor de una serie de poemas denominados «descriptivos». (*N. del T.*)

⁸⁶ Cementerio de París. (*N. del T.*)

A veces nos sentimos tentados de creer que los defensores de la pena de muerte no han reflexionado en profundidad sobre el tema. Pero pesad un poco en la balanza de cualquier crimen ese derecho exorbitante, que la sociedad se arroga, de quitar aquello que no ha dado, esa pena, ¡la más irreparable de las penas irreparables!

Una de dos:

O el hombre al que perjudicáis no tiene familia, ni padres, ni allegados en este mundo. Y en este caso, no ha recibido ni educación, ni instrucción, ni protección para su espíritu ni para su corazón. Y entonces, ¿con qué derecho matáis a este infortunado huérfano? ¡Lo castigáis porque su infancia trepó desde el suelo sin tronco ni tutor! ¡Le imputáis el aislamiento en el que vosotros mismos lo habéis dejado! ¡De su desgracia hacéis su crimen! Nadie le ha enseñado a saber lo que hacía. Ese hombre lo ignora. La culpa es de su destino, no suya. Hacéis daño a un inocente.

O ese hombre tiene una familia. Y entonces, ¿creéis que el golpe con que lo degolláis sólo lo hiere a él? ¿Que su padre, que su madre, que sus hijos, no sangrarán? No. Matándolo, decapitáis a toda su familia. Aquí también estáis haciendo daño a inocentes.

¡Torpe y ciega penalidad que, se vuelva del lado que se vuelva, hiere al inocente!

Secuestrad, pues, a ese hombre, a ese culpable que tiene una familia. En la prisión podrá seguir trabajando para los suyos. Pero ¿cómo podrá sacarlos adelante desde el fondo de la tumba? Y ¿pensáis sin estremecimientos qué es lo que será de sus hijos, de sus hijas, aquellos a quienes les arrebatáis el padre, o lo que es lo mismo, el pan? ¿Es que contáis, dentro de

quince años, con aprovisionar con ellos el presidio y con ellas el cabaret? ¡Oh, pobres inocentes!

En las colonias, cuando la pena de muerte mata a un esclavo, hay mil francos de indemnización para su propietario. ¡Eso! ¡Compensáis al amo y no indemnizáis a la familia! ¿Es que aquí no le quitáis un hombre a los que lo poseen? ¿No es él, de manera diferente, aunque igualmente sagrada si lo comparamos con el esclavo y su amo, la propiedad de su padre, el bien de su mujer, el siervo de sus hijos?

Ya hemos convencido a vuestra ley de que asesina. Ahora la convencemos de que roba.

Pero aún hay más. ¿Pensáis en el alma de ese hombre? ¿Sabéis en qué estado se encuentra? ¿Osáis despacharlo con tanta ligereza? Antes, al menos, circulaba por el pueblo algo de fe. En el momento supremo, un soplo de religión flotando por el aire podía ablandar a los más endurecidos; un condenado era al mismo tiempo un penitente; la religión le abría un mundo en el momento en que la sociedad le cerraba otro; toda alma tenía conciencia de Dios; el patíbulo no era sino la frontera del cielo. Pero ¿qué esperanza infundís en el patíbulo ahora que la gente ya no cree? ¿Ahora que todas las religiones son atacadas por la carcoma, como esos viejos barcos que se pudren en nuestros puestos, y que antaño quizá descubrieron nuevos mundos? ¿Ahora que los niños se burlan de Dios? ¿Con qué derecho lanzáis hacia algo que vosotros mismos ponéis en duda las almas oscuras de vuestros condenados, las mismas almas que fabricaron Voltaire y el señor Pigault- Lebrun?^[87] Las entregáis

⁸⁷ Charles-Antoine-Guillaume Pigault de l'Épinoy, llamado Pigault-Lebrun. Comediógrafo francés (1753-1835). Escribió comedias y obras de carácter desenfadado y licencioso, y un opúsculo de naturaleza antirreligiosa

al capellán de vuestra prisión, un anciano excelente sin duda. Pero ¿cree él y hace creer? ¿No ejecuta molesto su sublime misión? ¿Es que tomáis como un sacerdote a ese individuo que acompaña al verdugo en la carreta? Un escritor lleno de alma y de talento ya lo expresó así antes que nosotros: «¡Es algo horrible conservar al verdugo después de haber quitado al confesor!».

Sin duda, son «razones sentimentales», como dicen algunos desdeñosos que sólo encuentran la lógica en sus propias mentes. A nuestros ojos, son las mejores. Preferimos con frecuencia las razones del sentimiento a las razones de la razón. Además las dos series van siempre unidas, no lo olvidemos. *El tratado de los delitos* está injertado en *El espíritu de las leyes*. Montesquieu engendró a Beccaria.

La razón está con nosotros, el sentimiento está con nosotros, también la experiencia está con nosotros. En los estados modélicos, donde la pena de muerte está abolida, el conjunto de crímenes capitales va disminuyendo progresivamente año tras año. Sopesadlo.

No pedimos por el momento una abolición brusca y completa de la pena de muerte, como aquella con la que se comprometió tan torpemente la Cámara de diputados. Nosotros deseamos, al contrario, todos los intentos, todas las precauciones, todos los tanteos de la prudencia. Además, no queremos solamente la abolición de la pena de muerte, queremos una transformación completa de la penalidad en todas sus formas, de arriba abajo, desde el cerrojo hasta la cuchilla, y el tiempo es uno de los ingredientes que deben participar en una labor de

titulado *El citador* (*Le citateur*, 1803). (N. del T.)

este estilo para que se lleve a cabo bien. Contamos asimismo con desarrollar, con respecto a este asunto, el sistema de ideas que creemos aplicable. Pero, independientemente de las aboliciones parciales en los casos de falsificación de monedas, de incendios, de robos cualificados, etc., pedimos que, desde ahora en adelante, en todos los asuntos capitales, el presidente tenga que plantear al jurado la siguiente pregunta: «¿Ha actuado el acusado movido por la pasión o por el interés?». Y que, en el caso de que el jurado responda: «El acusado ha actuado movido por la pasión», no haya condena a muerte. Al menos así nos ahorraríamos algunas ejecuciones indignantes. Ulbach y Debacker se hubieran salvado. Ya no guillotinarían a Oteló.

Por lo demás, que nadie se equivoque, esta cuestión de la pena de muerte madura cada día. Dentro de poco, la sociedad entera la resolverá como nosotros.

Que los criminalistas más tercos pongan atención: la pena de muerte va en retroceso desde hace siglos. Se va suavizando. Es signo de decrepitud. Signo de debilidad. Signo de muerte próxima. La tortura ha desaparecido. La rueda ha desaparecido. La horca ha desaparecido. ¡Cosa extraña! La guillotina es en sí misma un progreso.

El señor Guillotin era un filántropo.

Sí, la horrible Temis dentada y voraz de Farinace y de Vouglans, de Delancre y de Isaac Loisel, de d'Oppède y de Machault, languidece. Se debilita. Se muere.

Tampoco la Grève quiere más. La plaza de la Grève se rehabilita. La vieja bebedora de sangre se comportó bien en julio. Quiere llevar una vida mejor de ahora en adelante y ser digna de su última y más hermosa acción. A ella, que se había estado

prostituyendo desde hacía tres siglos sobre el cadalso, le ha entrado pudor. Siente vergüenza de su antiguo oficio. Quiere perder su vil nombre. Repudia al verdugo. Lava su empedrado.

A la hora que es, la pena de muerte está ya fuera de París. Y, digámoslo bien, salir de París es salir de la civilización.

Todos los síntomas nos son favorables. También parece que esa máquina espantosa rechina y se desanima o, más bien, que ese monstruo de madera y hierro es a Guillotin lo que Galatea a Pigmalión. Vistas desde cierta perspectiva, las horribles ejecuciones que hemos detallado anteriormente son signos excelentes. La guillotina duda. Está a punto de fallar su golpe. El viejo andamiaje de la pena de muerte se descompone.

La máquina infame saldrá de Francia, contamos con ello, y, si Dios quiere, saldrá cojeando, pues intentaremos golpearla con rudeza.

Que vaya a pedir hospitalidad fuera, a algún pueblo bárbaro, no a Turquía, que se civiliza, no a los salvajes, que no querrían nada de ella^[88]; sino que descienda algunos peldaños más en la escala de la civilización, que se vaya a España o a Rusia.

El edificio social de los tiempos pasados reposaba sobre tres columnas: el sacerdote, el rey, el verdugo. Hace ya tiempo que una voz dijo: «¡Los dioses se van!». Recientemente se elevó otra voz y gritó: «¡Los reyes se van!». Ya es hora de que una tercera voz se levante y diga: «¡El verdugo se va!».

Así la vieja sociedad caerá piedra a piedra, así la providencia habrá completado el derrumbamiento del pasado.

⁸⁸ El «parlamento» de Tahití acaba de abolir la pena de muerte. (*N. del A.*)

A aquellos que echaron de menos a los dioses pudimos decirles: «Queda Dios». A aquellos que echan de menos a los reyes les podemos decir: «Queda la patria». A aquellos que echen de menos al verdugo no les diremos nada.

Y el orden no desaparecerá con el verdugo. No lo creáis. La bóveda de la sociedad futura no se desplomará por no contar con esa piedra angular. La civilización no es más que una serie de transformaciones sucesivas. ¿A qué vais a asistir? A la transformación de la penalidad. La dulce ley de Cristo penetrará por fin en el código y radiará sobre él. Se contemplará el crimen como una enfermedad, y esta enfermedad tendrá sus propios medicamentos que reemplazarán a vuestros jueces, y sus propios hospitales, que reemplazarán a vuestras prisiones. La libertad y la salud se parecerán. Se verterá el bálsamo y el aceite allí donde se aplicaba el hierro y el fuego. Trataremos con caridad ese mal que se trataba con cólera. Será sencillo y sublime. La cruz sustituirá al patíbulo. Eso es todo.

15 de marzo de 1832